

# Juan del Val Parece mentira



# Índice

Portada
Sinopsis
Dedicatoria
Cita
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15

Capítulo 16  
Capítulo 17  
Capítulo 18  
Capítulo 19  
Capítulo 20  
Capítulo 21  
Capítulo 22  
Capítulo 23  
Capítulo 24  
Capítulo 25  
Capítulo 26  
Capítulo 27  
Capítulo 28  
Capítulo 29  
Capítulo 30  
Capítulo 31  
Capítulo 32  
Capítulo 33  
Capítulo 34  
Capítulo 35  
Capítulo 36  
Capítulo 37  
Capítulo 38  
Capítulo 39  
Capítulo 40  
Capítulo 41  
Capítulo 42

Capítulo 43  
Capítulo 44  
Capítulo 45  
Capítulo 46  
Capítulo 47  
Capítulo 48  
Capítulo 49  
Capítulo 50  
Capítulo 51  
Capítulo 52  
Capítulo 53  
Capítulo 54  
Capítulo 55  
Capítulo 56  
Capítulo 57  
Capítulo 58  
Agradecimientos  
Créditos

# Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

## PlanetadeLibros

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

# Sinopsis

Esta es la historia de un chico de barrio que, desde la distancia de sus 46 años, sale al encuentro del adolescente problemático, el joven perdido y el hombre en busca de destino que fue. A partir de capítulos muy cortos e intensos, que demuestran una capacidad de autoanálisis y de observación muy poco comunes y un sentido del humor sobresaliente, Juan del Val nos va contando cómo ha sido «madurar», nos relata sin tapujos las veces que se ha perdido, y compartimos su alegría y su asombro cada vez que siente que ha aprendido una lección.

Desinhibido y audaz, su relato va desde cómo fue crecer en un barrio humilde madrileño, buscarse la vida en el periodismo de principios de los noventa sin estudios, ir triunfando en su profesión y, sobre todo, nos cuenta lo que ha aprendido de las mujeres, su auténtica vocación.

*A Nuria*



*Se miente más de la cuenta por falta  
de fantasía.  
También la verdad se inventa.*

ANTONIO MACHADO

**E**stoy en la mitad de mi vida, supongo. Con suerte me queda un poco más de lo que llevo y si no hay tanta fortuna me quedará un poco menos. El cálculo es aproximado teniendo en cuenta que tengo cuarenta y seis años. Podría haber empezado diciendo la edad sin más, pero los escritores tendemos a menudo a complicar las cosas para darnos importancia.

Me llamo Claudio y soy escritor. Es lo que soy y en parte es la manera en la que me gano la vida. También trabajo en un programa de radio y colaboro en otro de tele como comentarista de actualidad, aunque eso de la radio y la tele es lo que hago, pero no lo que soy. También soy alto, moreno y de pies grandes, aunque eso ahora no tiene tanta trascendencia.

Yo nunca quise ser escritor, eso no era algo que quisiera ser ningún niño de mi barrio. En mi barrio todos los niños queríamos ser futbolistas. O casi todos. Había uno muy raro que aspiraba a ser árbitro y otro que se

llamaba Alfonsito al que no le gustaba el fútbol, algo que sólo podía explicarse teniendo en cuenta que Alfonsito era marica. Yo, además de futbolista, quería ser policía como *Los hombres de Harrelson*, una serie de televisión que nos encantaba a los niños de mi barrio y después de echarla por la tele, quedábamos en la calle para jugar haciendo operaciones policiales arriesgadísimas destinadas a acabar con los malos. Yo no me acuerdo de nada de aquella serie, salvo que siempre me pedía ser T. J., que era uno de los hombres de Harrelson al que el jefe siempre espetaba antes de empezar cualquier asalto: «¡T. J., al tejado!». A lo mejor no era exactamente de esa forma, pero así es como lo recuerdo como si fuera ahora mismo. En realidad, poco importa si nuestros recuerdos son rigurosos o no con los hechos. Si son recuerdos, son verdad.

En todo caso, tratándose ésta de una novela sobre mi vida, intentaré contar la verdad hasta donde el pudor me lo permita, avisando de antemano de que nadie ha destacado entre mis características la de ser pudoroso.

La novela trata sobre mí, esencialmente, porque no se me ocurría ninguna trama brillante sobre la que escribir, así que decidí contar mi historia. Considerar mi vida digna de interés como argumento para una novela puede sonar prepotente, por lo que diré en mi descargo que fue una recomendación de las personas que mejor me conocen y también de mis editoras, que creen que mi

biografía puede gustar a los lectores y a las lectoras, que, al parecer, son las que realmente leen novelas.

Después de no encontrar una idea brillante para construir una trama, visto que las editoras consideraban que la mía podría ser una historia interesante y después de haberme animado Julia a hacerlo —este hecho es definitivo porque Julia es mi mujer—, quedaba lo más importante antes de sentarme a escribir: decidir si iba a atreverme a contar lo que pasó. No me voy a alargar compartiendo todos los miedos a los que me he enfrentado antes de hacerlo. A decir verdad, a pesar de la frase que acabo de escribir, no se trata de muchos miedos, ese plural no tiene sentido. Se trata de miedo, un único miedo tan potente que no admite más miedos. Miedo a que escribir duela. Y miedo a saber que va a doler.

La primera vez que besé en la boca a una mujer yo tenía catorce años. Fue en una discoteca y no recuerdo ni el nombre ni la cara de aquella chica. Sólo que era morena y que llevaba unos pantalones blancos muy ajustados. Aquella tarde, y en el mismo momento, fue también la primera vez que toqué una teta —en concreto la derecha de aquella adolescente— y un culo: obviamente el que portaba aquella chica cubierto por aquel pantalón blanco ajustadísimo. Quise aprovechar para tocar de paso el único sitio que me faltaba, pero cuando separé mi mano de su glúteo para intentar rozar su entrepierna me paró en seco dejando claro que no estaba dispuesta a tal cosa. Insistí, por supuesto, pero, cuando llegaba al lugar en cuestión, ella volvía a frenarme. Así lo hizo hasta tres veces antes de zafarse de mí y dar por concluido nuestro encuentro. No volví a verla en toda la tarde ni en toda mi vida... Soy consciente de que el hecho que acabo de relatar no es gran cosa, pero sí resulta relevante, pues

aquél fue mi primer encuentro sexual —por definirlo de manera benévola— y porque gracias a él descubrí dos cosas que serían esenciales a lo largo de mi vida. Una, lo mucho que me gustaban las chicas. Y otra, la más importante, que ser pesado no sirve de nada.

Tardé mucho tiempo en perder el miedo a aquel lugar. Me doy cuenta ahora, pasados tantos años, de que a lo mejor nunca llegué a conseguirlo. Me cuesta mucho describirlo. Recuerdo más que nada sensaciones sin demasiado sentido, miradas que nunca te miraban. Y frío. Si tuviera que definir con una sola palabra lo que sentía cuando estuve allí, sería frío. Daba igual que hiciese calor en la calle porque aquellas paredes de pintura gris siempre estaban heladas. Las noches que pasé en el manicomio siempre me tapaba con varias mantas, aunque acabase sudando. No me tapaba, me escondía.

La cama tenía ochenta centímetros de ancho, que era la medida que antes tenían las camas individuales. La colcha era de ganchillo *beige* y las mantas rosa pálido estaban llenas de pelotillas. En la pared había un crucifijo de escayola y la mesilla estaba empotrada en la pared para que no pudiera moverse. Podría parecer una modesta habitación de algún hostel de carretera, con un baño de

azulejo verde clarito y el suelo de sintasol, pero lamentablemente no era un hostel de carretera. Entre otras diferencias, por el precio: los manicomios son carísimos. Un préstamo tuvieron que pedir mis padres para que no tuviese que ir a uno público que nos recomendaron como primera opción, pero que mi madre descartó después de ir a verlo. Cuando volvió a casa, escuché cómo le decía a mi padre que su niño no podía ir a un lugar así y decidieron buscar uno de pago, que es en el que acabé. Años después le pregunté a mi madre por qué no quiso que yo ingresara en aquel lugar si era mucho más barato: «Porque estaba lleno de locos», me contestó. Mi madre a menudo tiene respuestas que no admiten réplica.

La ventana de mi habitación no podía abrirse del todo, claro, y pegada a la pared había una silla de plástico blanca y endeble, de esas de terraza que se venden ahora en los chinos y en la que nunca llegué a sentarme. En la habitación pasaba muy poco tiempo. Prefería pasear o sentarme en algún banco del jardín hasta que fuese la hora de consulta, o de talleres, o de comer o cenar. En los talleres se dibujaba o se hacían cosas con barro, algo que yo no soportaba. Me ponía muy triste la imagen de cinco o seis adultos dibujando o haciendo figuras con arcilla. Y era desolador que yo fuese uno de ellos. Cuando estás ingresado en un sitio así sólo hay una forma de que la pena no te consuma y es imaginar que ése no eres tú o al menos que esa situación no durará demasiado. Es el único



consuelo, además, claro está, de la medicación.

A los manicomios ya no se los llama así, sino hospitales psiquiátricos o unidades de internamiento. No es importante el nombre, pero yo prefiero llamarlo manicomio porque suena peor.

Ahora estoy casado, tengo tres hijos y llevo una vida bastante cercana a la que siempre he querido. Así escrito puede parecer que todo lo que van a leer forma parte del pasado, pero olviden esa idea. Todavía no saben quien soy ni lo que hago. Les falta mucho por saber y no descarto que al final de estas páginas sea yo el que lo descubra.

Esta novela es un poco distinta a las anteriores. Lo sé porque mantengo con el ordenador una relación extraña desde que decidí ponerme a escribir. Lo primero, se trata de un ordenador nuevo. Hasta ahora todo lo que había escrito lo había hecho en un portátil muy antiguo que padecía demasiados achaques. El más característico era que la tecla del espacio sólo funcionaba —y no siempre— cuando se la golpeaba de forma contundente. Así pues, para no hacer distinciones entre unas y otras teclas, las golpeaba a todas con la misma fuerza. Y más aún cuando cogía carrerilla construyendo esos párrafos que sabes que

te están llevando a alguna parte. Aquel ordenador portátil antiguo me hizo escribir a porrazos, una manía que no se me ha quitado todavía con éste, de momento tan nuevo y reluciente.

Además del ordenador, compré una mesa pequeña y una silla con el asiento y el respaldo duros que instalé en un rincón del dormitorio principal para poder escribir alejado del ruido del resto de la casa, en la que siempre hay demasiada gente. Mucha gente. Gente de sobra. Más gente de la conveniente para concentrarse escribiendo o haciendo cualquier cosa que requiera cierta atención. En casa vivimos los tres niños, mi mujer y Carlota, la señora que trabaja interna con nosotros desde hace años. Siempre procuré que mis hijos no tuvieran problemas a la hora de relacionarse, pero llegados a este punto es posible que me haya excedido en tal empeño. Cada uno de los tres habitualmente trae a casa a otros tantos amigos de la urbanización en la que vivimos, así que no es extraño tener en casa a ocho o diez niños de distintas edades, a mi mujer haciendo ejercicios con la música puesta, a Carlota cantando copla —ella dice que canta como Marifé de Triana, pero yo les aseguro que no es verdad— y a las perras ladrando sin parar.

Estaba hablando de mi relación con mi ordenador nuevo, que he instalado encima de mi mesa nueva delante de mi nueva silla para escribir mi nueva novela. He pasado meses con todo dispuesto para sentarme delante y

comenzar a aporrear las teclas. Y nada. Ni una línea. Así he pasado casi un año, buscando excusas para no escribir, más o menos reales, pero que yo sé que son mentira. Trabajo mucho, los niños me quitan demasiado tiempo, dedico bastantes horas al deporte... Todo eso es cierto, pero no es verdad. Ninguno de éstos ha sido el motivo para tardar tanto en tener fuerzas para sentarme a escribir y, sobre todo, fuerzas para no abandonar el teclado con cualquier excusa.

Me he pasado un año arrastrando la culpa por no escribir y sin el alivio de poder engañarme. Soy incapaz de engañarme. A veces envidio a la gente que lo hace, pero yo no puedo. Me maltrato cuando lo intento y soy muy cruel delante del espejo cuando me pillo haciéndome trampas. Sé que es un logro después de tantos años de tratamiento psiquiátrico, pero no poder ponerte excusas es una gran putada.

—¿Qué es eso? —oigo gritar a Julia.

—¿Qué? —digo aturdido, creyendo que es el despertador.

—Es el teléfono. ¡Cógelo! —me pide Julia a voces—. Seguro que ha pasado algo.

El teléfono fijo nunca suena en casa. Lo tenemos para internet y las pocas personas que conocen el número saben que prefiero que me llamen al móvil.

—¿Diga?

—¡Claudio!

—¿Qué pasa, mamá?

—¡Papá se ha muerto!

\* \* \*

La vida seguramente será distinta después de esas cuatro palabras: «Papá se ha muerto». No existe, con toda certeza, ninguna otra manera, ni distinta ni mejor, de darte

una noticia así, pero hay algo en la sencillez de esa frase de sólo cuatro palabras que me provoca una tristeza insoportable. Lo sucedido está muy por encima de la frase. Ya no podría darle un beso, ya no podría escucharle más veces repetir una y otra vez la misma cosa, ya no le vería nunca más sentado en su sillón orejero viendo el fútbol a todo volumen, ni llamaría a destiempo a mi móvil, ya no se comería más veces los restos de todos los postres que se quedaban en los platos en las comidas familiares... Papá ya no volvería a hacer ninguna de esas cosas. Y lo peor es que tampoco podría volver a sentirse orgulloso de mí, con todo lo que nos había costado lograrlo. A los dos.

\* \* \*

Cuando llego a casa, ya están allí mis hermanos y un médico atiende a mi madre en la habitación. Dentro del baño, en el suelo, está el cuerpo de mi padre, esperando a que llegue el coche de la funeraria para llevárselo al tanatorio, supongo. Ya se ha encargado mi hermano de las primeras llamadas. Mi padre se había levantado a hacer pis y había caído fulminado, se supone que de un infarto, ya veremos. A su edad, pasados los ochenta, la muerte no es una sorpresa.

Mi madre está mostrando su dolor haciendo mucho ruido, para que se note que sufre mucho. Mi madre

siempre se ha sentido cómoda en medio de las desgracias. Escenifica su dolor como lo hacen las actrices de teatro, un poco forzadas y en alto para que las escuchen desde la última fila. Creo que cuando termine de llorar, gritar y maldecir será cuando se pondrá triste de verdad.

Mi padre es una de las personas a las que más he querido, que más me ha influido y que más daño me ha hecho, aunque fuera sin querer.

Siendo sincero, que es de lo que se trata, mi padre nunca tuvo razón en aquello que nos distanció. Estoy seguro de que cualquier otra frase de reconocimiento sobre su labor de padre me dejaría en mejor lugar, pero sería mentira. Él lo único que hizo bien fue quererme mucho, pero en todo lo demás se equivocó.

El día que entré por primera vez en la redacción del diario *El Independiente* estaba completamente seguro de mí mismo. Llevaba la mentira bien aprendida y tenía la certeza de que no me iban a pillar. La chica de la recepción me miró con algún interés y eso me hizo venirme aún más arriba. Ella también era muy joven.

—¿Sabes dónde es?

—No. Es la primera vez que vengo.

—Yo es que no le puedo acompañar, pero entre por esta puerta... pasa a una redacción —mezclaba el tú y el usted sin coherencia alguna— y al final cruza una habitación y luego hay otra redacción... Allí le espera Antonio Moreno.

A medida que iba atravesando aquel piso enorme en el centro de Madrid que servía como redacción de *El Independiente*, sentía cómo un montón de miradas me analizaban. Seguramente no era así y cada uno de aquellos y aquellas periodistas, maquetadoras, secretarias,



correctores y fotógrafos estaban a lo suyo y ni percibieron mi presencia, pero yo necesitaba impresionar para tener aún más seguridad en aquella mentira, que por aquel entonces me parecía la mayor mentira jamás contada.

Hacía sólo un mes que había llevado mi última carretilla repleta de hormigón. La última vez que mi jefe me llamó en aquella caseta prefabricada con techo de uralita mientras limpiaba de cemento seco los moldes de acero de las probetas en las que se secaba el hormigón. Las estaba rascando con una espátula, como siempre antes de darles un poco de aceite con una brocha para que quedasen listas para la próxima vez. Terminé la última y fui hasta mi jefe, que seguía llamándome a voces.

—¿Qué quieres? —le dije, interrumpiendo su grito con el mío.

—Lo primero que quiero es que me llames de usted, que me tienes hartos.

—¿Que qué coño quieres?

—Mira, niño, o me hablas de usted o vas a tener un problema.

—Me dices lo que quieres o sigo currando.

—¡Eres un chulo!

—¡No me insultes que te calzo una hostia!

—¡Ah, sí! ¿No me digas?

Y se la calcé.

Recordando ahora aquel incidente en el que pegué a mi jefe, podría decir en mi descargo que aquel hombre no

me soportaba, que yo le provocaba un rechazo que no me merecía y que durante meses me había querido hacer la vida imposible. Algo habría de verdad en eso, pero yo a aquel hombre le pegué de forma injusta. Lo hice porque me quería ir de allí y era la única forma de lograrlo. Eso lo sé ahora, pasado el tiempo, pero en aquel momento le pegué porque creía que le tenía que pegar.

Me echaron de aquel trabajo que odiaba, pero que era un trabajo al fin y al cabo. El primero que había tenido y el único que sabía hacer. Cuando salía de aquella obra... lo de «salir» es una forma de hablar porque las obras de carretera carecen de puertas y de techos y de paredes. Son el campo, pero lleno de máquinas, casetas prefabricadas, hombres, camiones, tierra y hormigón. No es un sitio del que se salga, simplemente es un lugar que abandonas cuando te alejas lo suficiente. El caso es que me fui de allí sin tener ni idea de lo que haría al día siguiente. Me fui con el miedo que se tiene cuando crees que no volverá a pasar ningún tren al que subirte para que tu vida mejore. Siendo un chaval, pero sintiéndote acabado, creyendo que lo que está por venir puede que sea aún peor.

Nunca había estado con una mujer rubia, ni tan mayor como era ella. Hasta ese día me había acostado sólo con Pilar, mi novia formal, y con Susana, que fue la primera mujer con la que me acosté. Y tanto mi novia como Susana eran morenas. Elisa, sin embargo, era rubia, rubia de verdad, y su piel no era tan tersa como la de mi novia y la de Susana. Fue algo que me llamó la atención, porque la juventud de Pilar y Susana hacía que a sus piernas y a sus culos no les sobrara ni un gramo de piel ni de carne y la musculatura, propia de adolescentes, era tan firme que ni haciendo ejercicio se movía nada de su sitio. Aquellas piernas y aquellos dos culos, los únicos que había tocado desnudos hasta entonces, estaban firmes y duros y así creía yo que eran todos los culos hasta que toqué el de Elisa. Supongo que estaría rondando los cuarenta, una mujer que me doblaba de sobra la edad. Creo que Elisa fue la primera mujer de mi vida y eso que lo más probable es que ni siquiera se llamara Elisa. Da lo

mismo, porque a mí me dijo que ése era su nombre y no tenía por qué dudar. Elisa era puta, se anunciaba en los periódicos y trabajaba en un piso de la calle San Bernardo, en el centro de Madrid. La llamé por teléfono, me atendió sugerente, me dio su dirección y me citó en una hora. Era la primera vez que iba a acostarme con una prostituta, quería probar cómo eran de verdad aquellas chicas que se anunciaban en el periódico de forma tan explícita. Ahora creo que esos anuncios están regulados y, además, con los portales de internet son innecesarios, pero aquéllos eran otros tiempos. Me duché y me vestí como si fuera a una discoteca, por supuesto con mi americana negra de los viernes por la noche. Cuando subía las escaleras de madera antigua y ruidosa de aquel portal de la calle San Bernardo, el aire no me llegaba a los pulmones.

—¿Quién eres? —me preguntó nada más abrir la puerta.

—¡Claudio!

—¿Has llamado antes?

—Sí, hemos hablado hace un rato.

—¡Ah, sí! Pasa.

La seguí por un larguísimo pasillo de aquel piso, que me resultó enorme, en el que había puertas, todas cerradas, que daban a otras habitaciones. Por fin llegamos a la única habitación que tenía la puerta abierta.

—Desnúdate del todo, coge esa toalla de ahí y cuando

estés listo me llamas.

Estaba muerto de miedo, pero cumplí sus órdenes al pie de la letra. La toalla era pequeña y para cubrirme mis partes tenía que sujetarla con una mano. La otra me la cogió como una madre que lleva a su hijo al colegio, para llevarme hasta el baño.

—¡Qué flaco estás, niño!

Yo no sabía qué decir, así que no decía nada.

—¡Siéntate ahí!

—¿Ahí dónde? —pregunté, como si no lo hubiera entendido.

—En el bidé.

Yo creo que nunca había utilizado un bidé porque me parecía un sanitario propio de mujeres, así que verme sentado allí me pareció bastante indigno. Elisa abrió el grifo y comenzó a lavarme. La vergüenza iba dando paso a la excitación mientras sus dedos me limpiaban con agua y jabón...

—¡Niño, tienes una polla preciosa!

—¡Gracias! —respondí al cumplido.

Después de lavarme, me llevó de nuevo a la habitación. Ella se quitó una especie de bata blanca corta que tenía. Debajo sólo llevaba unas bragas rosas finísimas que marcaban su vello púbico. Se acercó a mí y empezó a acariciarme todavía de pie... Estaba excitadísimo, nervioso, aquella mujer tan mayor me abrumaba, pero creo que estaba tan excitado como nunca lo había estado.

La empujé hasta la cama y la tumbé boca arriba. No tuve que fingir que era un gran amante porque yo tenía la certeza de que era un gran amante. Así que me puse a desplegar todo mi repertorio. Fui besándola despacio desde el cuello, deteniéndome en sus pechos y seguí bajando hasta su sexo. Le quité las bragas y comencé a comerla. Cuando no pude aguantar más las ganas de penetrarla me coloqué encima de ella. Con una destreza para mí sorprendente, estiró la mano hasta la mesilla de noche, cogió un preservativo, le quitó la funda y me lo colocó en pocos segundos. Con ella en la mano la guio para que con sólo empujar entrase dentro. Me moví yo y se movió ella debajo de mí. Yo quería aguantar todo lo posible para seguir demostrando lo capacitado que estaba para darle placer a las mujeres... pero Elisa no me dejó escapatoria y, agarrándome mis glúteos, me mantuvo dentro de ella hasta que terminé. Pocos segundos después se levantó de la cama y se puso la bata sin bragas.

—¿Te quieres duchar? —me preguntó.

—No —dije, incorporándome yo también.

—¿Me pagas?

—Sí, claro. —Le di un billete de cinco mil pesetas.

Ella esperaba con las bragas en la mano a que yo terminase de vestirme. Supongo que se las pondría después de lavarse, antes de recibir al siguiente. Mientras me ataba los cordones de los zapatos no me resistí a hacerle una pregunta.

—¿Qué tal?

—¡Ay, niño, eres un encanto! —dijo con una sonrisa condescendiente que no me sentó muy bien.

Yo también sonreí, pero no sabía por qué.

Me acompañó hasta la puerta con las bragas en la mano y me despidió con dos besos. Creo que cuando bajaba las escaleras de aquel piso en la calle San Bernardo ya estaba otra vez excitado. No sabía cuándo, pero sabía que tenía que volver a ver a aquella mujer.

No ha venido demasiada gente al tanatorio de Tres Cantos. Ya había estado antes allí, pero no es lo mismo. Siempre había ido por la muerte de alguien conocido o algún familiar más lejano, pero cuando estuve era yo el que daba el pésame y no el que lo recibía. Yo no quiero que me duelan las cosas, me da miedo ese dolor. Me costó en su día dejar de huir constantemente de la pena. Decía mi psiquiatra, el que conocí en el manicomio y que luego me siguió tratando fuera de allí, que yo era antidepresivo. A mí eso me parecía una virtud, pero Cosme, que así se llamaba, llevaba razón al decir que es una enfermedad. Por cierto, Cosme siempre me pareció un nombre un poco ridículo y mucho más para alguien que fue tan importante en mi vida. Cosme suena a diminutivo de otro nombre de mayor entidad, pero Cosme a secas no parece el nombre de un psiquiatra. Más bien, de frutero o de tendero de ultramarinos.

Mi hermano ha decidido que el ataúd esté tapado, así



que ya no se ve a mi padre. Cuando se muere alguien, hay que solventar este tipo de cosas y está siendo mi hermano el que lo está haciendo. Mi hermana no decide nada porque, como siempre, ella está más pendiente de ella misma y no tiene tiempo para minucias. La vida de mi hermana se reduce a sus dos hijos y a su marido pelirrojo, flaco y feo. Todo lo demás le sobra, aunque es verdad que bastante tiene con lo que tiene.

Hace un buen rato que no veo a mi madre. No la encuentro entre la gente ni dentro ni fuera de la sala doce, que es el número que nos ha tocado. En los tanatorios también hay categorías y creo que la sala doce no es de las mejores, es una más. Hay alguna sala que es el doble de grande y puede acoger a muertos con más tirón, con más poder de convocatoria. Yo insisto en que ha venido poca gente, aunque ahora no sería capaz de saber quiénes faltan. La verdad es que la sala doce es más que suficiente, si nos hubieran dado una más grande, habría estado todo muy desangelado.

\* \* \*

No sé escribir a mi madre, sólo sé explicarla. Definirla, pero escribirla es otra cosa. No soy capaz de emocionarme pensando en ella, de lo único que me veo capaz, de momento, es de presentárosela por encima. Y eso no es suficiente. Yo quiero escribir lo mucho que la

quiero y lo mucho que me duele que haga tanto tiempo que no me dice que me quiere... Quiero saber escribir que todavía la necesito, pero no soy capaz de hacerlo sin parecer un niño de diez años haciendo una redacción del cole. No pierdo la esperanza de que entendáis lo que me pasa con ella, pero lo único que ahora puedo decir es que quiero abrazarla y llorar en su hombro porque se ha muerto mi padre.

Mi madre siempre te hacía sentir que, estando ella, no podría pasar nada malo. Y no me refiero a cuando era niño, que en eso todas las madres son iguales, sino cuando ya fui siendo más mayor y mi vida comenzó a torcerse. Ella era el impulso que necesitaba para salir de la oscuridad que comenzaba a ocupar mi cabeza. Me daba luz y me impulsaba para salir de esa especie de dolor que se iba apoderando de mí. Me impulsaba, aunque algunas veces lo hacía directamente al abismo...

—Claudio, hijo, ¿en qué estás pensando? —me dijo, tocándome el hombro.

—¡Mamá, te estaba buscando!

—Había ido al baño. ¿Qué quieres?

—Nada, estar contigo. Apenas hemos hablado hoy.

—¿Y de qué quieres hablar?

—Nada... no sé... que... ¿Cómo estás?

—Pues cómo quieres que esté, con tu padre ahí, de cuerpo presente —De repente intuí que iba a empezar a llorar y la dejé. Creo que me gustó—. ¿Qué voy a hacer

yo ahora sin él? —Dejé que continuase. Parecía por fin vulnerable—. Y mira que últimamente estaba insoportable. Tú no sabes lo mayor que estaba y lo que tenía yo que aguantar a este hombre...

La interrumpí inventándome que me estaban llamando. Hasta en un entierro que no era el suyo, tenía que ser la protagonista.

—Pues yo no he oído el móvil —se quedó diciendo.

Me gusta mucho el cine de Woody Allen. No sé desde cuándo, ni siquiera sabría decir por qué me gusta tanto. Sé que a medida que me he ido haciendo mayor más me ha ido atrapando su manera de contar la vida. Juntando todas sus películas, saldría toda la esencia del ser humano, aunque todas parezcan la misma película. En una de ellas, *Maridos y mujeres*, el personaje de Gabe, que es un escritor en crisis —otro más—, concluye que para ser feliz lo único importante es «no pedirle demasiado a la vida»... Yo siempre me he negado a eso, siempre he sentido impotencia por no poder pedirle todo a la vida. Me pasaba cuando tenía la certeza de que la vida era un lugar hostil y mucho más cuando descubrí que a veces era un sitio maravilloso. A la vida hay que pedirle todo lo que te puede dar. No pedirle todo a la vida es vivir a medias.

Los primeros días en *El Independiente* apenas si cruzamos alguna palabra, aparte del saludo al entrar y al salir. Ella era la recepcionista y desde el primer momento en que la vi en el periódico se convirtió en una de las motivaciones para ir allí cada día. Me gustaba mucho, pero no me veía yo demasiado seguro para abordarla. Eso sí, siempre que iba al baño esperaba encontrármela para poder decirle alguna palabra distinta a «Buenos días»... Los baños de la redacción de *El Independiente* tenían una zona común para hombres y para mujeres, donde estaban el espejo y los lavabos. Tardé en cruzarme con ella, pero tarde o temprano, aunque fuera por número de probabilidades, tenía que suceder. Y sucedió.

—¡Hola! —me saludó al salir del baño de chicas y entrar en la zona común donde yo me estaba secando las manos con el secador de aire, que hacía un ruido infernal.

—¡Hola! ¿Cómo por aquí? —Nada más pronunciar esa estúpida frase me di cuenta efectivamente de que era

estúpida.

—¿Cómo dices?... ¡Hay que ver, qué ruido hace el secador! —dijo mientras abría el grifo para lavarse ella las manos.

Me sentí aliviado de que no me hubiera oído, pero con la siguiente frase no mejoré la escena.

—¡Que buenos días, que decía que buenos días!

—¡Buenos días! —Yo creo que ella también se sintió un poco tonta.

—Pues nada —rematé, antes de querer salir de allí huyendo.

—¡Perdona! —me interrumpió, ya con la mano en la puerta—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Sí, claro.

—¿Eres hijo de Antonio Moreno?

Antonio Moreno era el crítico taurino de *El Independiente* y el hombre que me había permitido hacer unas prácticas en el periódico. Más adelante lo explicaré con detalle, pero digamos que aquel hombre me dejó acudir cada día al periódico porque yo le engañé diciendo que estaba en segundo curso de la carrera de periodismo y que quería aprender cómo era el oficio realmente. Se lo creyó porque a veces la desesperación y las ganas te hacen mentir de maravilla. Yo miento bastante bien, sobre todo hace algunos años, cuando realmente necesitaba mentir.

—No, no es mi padre. Yo me llamo Claudio

Valcárcel, así que no puedo ser hijo de Antonio Moreno.

—No sabía tu apellido y era lo que se rumoreaba por el periódico...

—¿Se rumorean cosas sobre mí en el periódico? —Mi sorpresa era real.

—Que yo sepa, ésa nada más.

—Y ya que estamos, podríamos tomar algo un día de éstos.

—¿Ya que estamos? —exclamó entre sorprendida y cortante.

—Es una manera de hablar.

—Bueno, algún día.

Y se fue hacia la recepción. Yo me quedé en el baño mirándome un rato en el espejo creyendo que el encuentro no había ido tan mal. De repente, caí en la cuenta de que en ese momento no sabía el nombre de aquella chica con la que apenas un par de años después me casaría en la iglesia de los Jerónimos de Madrid.

Soy nieto de dos republicanos, el bando que perdió la Guerra Civil. No lo digo por presumir como lo hacen algunos últimamente, lo digo porque me parece importante. Hay que saber desde cuándo uno pertenece al bando de los perdedores, que suele ser mucho antes de nacer.

Mi padre era de Madrid, de un lugar cercano a Carabanchel, como lo era mi abuelo. Mi madre de un pueblo de Jaén, como sus padres. Mi abuelo Ambrosio, el paterno, fue miembro del Partido Socialista, banderillero, boxeador, mujeriego y jugador, entre otras cosas. Lo más probable es que no fuese para tanto, pero sí me consta que alguna vez boxeó, jugaba a las cartas y a menudo ganaba, alguna vez puso banderillas en alguna novillada y formó parte de alguna lucha obrera en las escasísimas veces que trabajó en su vida. En lo que sí debía de ser verdad su leyenda era en lo de las mujeres, que, al parecer, se le daban muy bien porque debía de ser físicamente atractivo



y tenía facilidad para la seducción cuando conversaba. Yo le conocí mayor, pero es cierto que su manera de hablar y su sentido del humor atrapaban... Mi padre nació en 1936, el año que empezó la guerra y, poco después de acabar, en el año treinta y nueve, mi abuelo fue encarcelado por rojo casi diez años. Por tanto, mi padre tendría doce o trece años cuando conoció al suyo. Una vez me contó que cuando se vieron se saludaron dándose la mano y nunca se llegaron a besar. Mi padre hablaba poco del suyo, pero siempre recordaré aquella frase que una vez me dijo con una frialdad que no dejaba espacio a la más mínima emoción: «Tengo que reconocer que yo a mi padre nunca le he querido».

El abuelo Claudio, el de Jaén, también perdió la guerra y fue recluido en un campo de concentración de los que hubo en Andalucía al acabar la contienda, en los que miles de presos fueron utilizados por el régimen franquista como mano de obra forzada. Con él y con mi abuela sí tuve mucha relación porque en Madrid vivíamos cerca y, todos los veranos, nada más terminar el colegio, me iba con ellos al pueblo. De junio a septiembre pasé toda mi infancia en aquel pueblo de Jaén rodeado de olivos. Montaba en burro, porque a mediados de los setenta todavía había burros y mulas que se ataban a las rejas de las casas de los pueblos. E iba al campo con algún tío mío o algún primo más o menos directo. En realidad, tenía muchísimos primos en el pueblo, hasta el

punto de no saber quién lo era y quién no. Mi abuelo tenía ocho hermanos y cada uno, entre seis y ocho hijos; un número parecido tendría mi abuela, así que la cantidad de primos o tíos de distintas edades se disparaba. Los vivos y los muertos, porque había bastantes que nacían y luego morían y el recuento de los fallecidos se hacía con una naturalidad que hoy se me antoja casi macabra: «El tío Pascual, el hermano mayor de tu abuela, tuvo nueve hijos y se le murieron tres... el Antonio, que era el hermano pequeño de tu abuelo, tuvo ocho, pero no se sabe bien por qué se le morían sólo las hembras. Se le murieron cinco antes de cumplir los diez años...». Y así un tío tras otro, una muerte tras otra. En los años cuarenta nacieron muchos más niños de los que vivieron y aquellas muertes formaban parte de la vida con una normalidad implacable.

Se morían los débiles, en una especie de selección genética natural, que todo el mundo aceptaba con resignación. Así, como ejemplo, mi madre vino al mundo el mismo día que un primo suyo al que pusieron de nombre Bernabé. Los dos nacieron en casas contiguas en la misma calle. Crecieron juntos, puerta con puerta, hasta los nueve o diez años. Bernabé era un chiquillo rubio y enclenque que se fue poniendo malo de los bronquios y se fatigaba en exceso, lo que le impedía ir al campo a trabajar, que era lo habitual cuando se llegaba a esa edad. Un buen día, Bernabé se puso más malito de lo habitual, tosía más sangre de lo normal y a los tres días se murió

sin que le hubiera visitado ningún médico. En el entierro, cuando le estaban dando el pésame a su padre, éste sentenció: «La verdad es que mi Bernabelillo no valía *pa ná*». En esa España, en ese pueblo rodeado de olivos, en esa familia de perdedores de la guerra, no había sitio para los débiles. Allí nació mi madre, que, al contrario que el pobre de Bernabé y que otros muchos primos, sí sobrevivió. Creo que sin saberlo, entre tanto niño muerto, mi madre aprendió que la debilidad es casi sinónimo de muerte. Ella es la mujer más fuerte que jamás he conocido.

Qué más da cómo se llamase la enfermedad o, mejor dicho, el cuadro de enfermedades que yo tenía en la cabeza. Ni siquiera es importante el origen de esos nervios que se me fueron instalando en el estómago cuando tenía trece o catorce años y que duraron demasiado... Me lo dijeron y el diagnóstico debe estar escrito por algún sitio, pero siempre me dio igual. Mis padres decidieron ingresarme aquellos días en la residencia porque se lo recomendó todo el mundo, y yo, que tardé algún tiempo en hablar, creo que lo estaba deseando. Ya dije que yo prefiero llamarle manicomio al sitio en el que entré sin caer en los eufemismos que suavizan el dolor. Residencia, unidad de internamiento, hospital psiquiátrico, qué más da...

Yo no estaba bien, eso era seguro. Y en esto no hay nada atractivo, nada interesante, nada poético. Hay pocas cosas que deteste, pero una de ellas es que la gente me admire, pasados los años, por haber estado mal. Los locos

sufren y eso, en el mejor de los casos, porque la mayoría de veces ni se enteran del sufrimiento. Los locos no tienen ningún mérito, no son admirables. Al menos por el hecho de estar locos. Los locos no son más creativos, los locos no son más sensibles, los locos están locos...

En la residencia había un señor entre los sesenta y los setenta años —no soy capaz de precisar— que se llamaba Pascual y al que siempre vi vestido de igual manera. Llevaba una camisa verde militar, un pantalón negro de tergal y unas zapatillas de estar por casa, de franela a cuadros. Las tres cosas, camisa, pantalón y zapatillas, eran viejas y la camisa y el pantalón le estaban grandes. Pascual era muy delgado, supongo que por la mala vida, por la cantidad de cigarrillos que fumaba y lo poco que debía de comer. Llevaba el pelo hacia atrás con algún fijador que se iba acumulando día tras día formando una especie de brillo sólido que era la mezcla del producto con la grasa del pelo sin lavar. Tenía bigote, bastante oscuro en contraste con el color cárdeno de la cabellera y, hasta que decidía afeitársela, una barba incipiente de varios días. Era entrañable por su aspecto frágil y pasaba la mayor parte del día en el banco del jardín escribiendo poemas de amor. Siempre con un cigarro en la boca, su cuaderno de espiral y un lapicero al que sacaba punta constantemente. Aunque estuvieraafiladísimo, cada pocos versos volvía a sacar punta y ésta, lógicamente, se rompía. Y así una y otra vez.

Yo tardé algunos días en hablar con él. Lo hice cuando ya me encontraba bastante mejor. Había oído que en su juventud había publicado algunos libros de poemas que le valieron alguna fama, pero que distintos desencuentros amorosos le llevaron a la depresión y ésta al alcoholismo. Aún conservaba, decían, un gran potencial como escritor y seguramente, después de muerto, sus hijos publicarían su obra de forma póstuma. Él no quería publicar, decía, porque no quería participar de la corrupción del mundo editorial en el que sólo se publicaban libros para amasar de casa sin ningún peso intelectual. En el manicomio aquel hombre era una leyenda. Y a aquella leyenda me acerqué yo pocos días antes de irme de allí para siempre.

—Te veo rondar siempre y no te sientas nunca a mi lado —me dijo cuando ya me había sentado.

—Si le soy sincero, me daba un poco de vergüenza —admití, temeroso.

—Llámame de tú.

—Me han dicho que eres escritor.

—Sí, lo soy. Y si no fuera por esta puta vida...

Se quedó callado poniendo cara de enfado.

—A mí me parece muy difícil ser escritor —le dije.

—¿Te gusta el queso? —me preguntó.

—¿El queso? —exclamé como si no lo hubiera oído.

—Sí, el queso, ¿sabes lo que es el queso?

—Claro que sé lo que es el queso.

—¿Y te gusta?

—No mucho.

—Pues es importante que te guste el queso... —Se calló un instante y retomó con una nueva pregunta—: ¿Has leído mis poesías?

—No, la verdad es que no.

—¿Tú sabes que a mí me abandonaron?

—No, no lo sabía.

—Este puto mundo... —Y rompió a llorar de repente. A llorar mucho y sonoramente. Un llanto desconsolado y real que llenó de lágrimas sus ojos y después sus mejillas.

—¿Necesitas algo? —pregunté por preguntar.

—Nada, nada. —Se fue tranquilizando—. Ahora, si no te importa, me gustaría estar solo.

Me levanté despidiéndome mientras Pascual sacaba de su bolsillo un sacapuntas para seguir sacando punta a suafiladísimo lápiz.

—¡Y come queso, muchacho, come queso! —me dijo, antes de empezar a reírse a carcajadas, todavía con los ojos húmedos después del llanto.

Eso fue todo lo que hablé con aquel poeta que decía consumirse por amor en un hospital psiquiátrico, en un manicomio, en una unidad de internamiento, en una clínica de salud mental... qué más da cómo se llame.

\* \* \*

Yo llegué hasta allí después de distintos incidentes, que dan igual a estas alturas. Todo se precipitó cuando me desperté desnudo en un parque después de que alguien me pegase una paliza. Yo no lo recuerdo. Por lo visto, destrocé con una fregona un bar de copas, derribando botellas de las estanterías y de la barra. Y luego me fui a las mesas de cristal, que también rompí con el palo de la fregona y a patadas. Poco empaque tuvo el destrozo a consecuencia del arma, que bien podría haber sido un bate de béisbol o una barra de acero... Fue una fregona con su palo, pero también con el mocho húmedo que salpicaba a la gente de aquel *pub* abarrotado... Salí de allí abriéndome paso con mi fregona y en la calle me puse a golpear coches a patadas, machacando el techo de varios de ellos después de saltar encima como si fueran camas elásticas. Tres o cuatro llevaría abollados cuando —eso sí lo recuerdo— un grupo de cinco o seis hombres vinieron hacia mí gritándome «hijo de puta»... Aquel barrio no era un buen barrio para romper coches. En cualquier otro hubiera llegado antes la policía, pero allí aparecieron primero los dueños de aquellos coches. Debieron de pegarme fuerte y después de desnudarme supongo que me llevaron hasta el parque Tierno Galván, al lado de la M-30, donde me abandonaron todavía inconsciente. No tengo ni idea de por qué provoqué aquel lío monumental, que fue el más violento, pero que no era el primero.

No me sorprendió tanto ver llorar a mi madre y a mi



hermana, pero ver destrozado a mi padre, hundido entre sollozos, me dolió más que todos los puñetazos que me dieron en esos años infernales, cuando todavía era un adolescente. Me pasé sin hablar una semana entera después de aquello y no porque me doliera muchísimo la boca, que me partieron en aquella pelea, sino por vergüenza y por rabia y por pena. No hubo denuncia por aquel incidente. Los dueños del *pub* fueron comprensivos después de que mi padre se comprometiese a pagar los destrozos que causé y los dueños de los coches tampoco denunciaron, supongo que porque algunos de ellos fueron los que me pegaron la paliza.

Es difícil tener conciencia de haber tocado fondo cuando en realidad eres sólo un niño. Yo la tuve y sentí miedo, tanto que no me atrevo a recordar. Una mañana, creo que la mañana que empezó todo a cambiar, mi madre me trajo a la cama un café con leche con galletas para que desayunase.

—¡Hijo, come algo!

Me comí las galletas mojadas en el café sobre un plato de Duralex verde en el que se apoyaba el vaso, sin brillo por tantos y tantos lavados en el friegaplatos. Ella estaba sentada a los pies de la cama y yo me sentí tan protegido y tan amado que me inundó una maravillosa sensación de bienestar. Experimenté tal paz por un momento y sentí que todo aquel sufrimiento tenía que acabar. No sé si estaba tan lúcido como para traducir en palabras todo

aquello que notaba, pero lo hice con una frase que, quizás, hasta ese momento, fue la más importante de mi vida.

—¡Mamá, necesito ayuda!

Y rompí a llorar. Por fin pude. Mi madre me abrazó y lloró un buen rato conmigo.

—¡Te quiero, mi niño! Vamos a buscar ayuda y vas a estar bien.

Ahora sé que ése fue el principio de todo, aunque después vino un proceso muy largo. Primero, aquellos días en el manicomio y, más tarde, casi seis años de psicoanálisis mientras mi vida se iba construyendo. Tuve suerte de ser tan joven aquel día en el que pedí ayuda porque la herida no era todavía demasiado profunda. Mi cabeza podía recomponerse y mi vida, lejos de estar deshecha, estaba empezando a ser vida.

\* \* \*

Algunos años después regresé de visita al manicomio y, como era de esperar, ya no estaba Pascual en su banco del jardín. Me dijeron que había muerto de algo de los bronquios. Nada raro con todo lo que fumaba y lo mayor que debía de ser ya. Me interesé por aquello que escribía en sus libretas de anillas con su afiladísimo lápiz. Busqué aquellos cuadernos y, después de encontrar a sus familiares, conseguí que me los enseñara una de sus hijas. Eran una veintena más o menos y yo los fui abriendo con

emoción, como el que abre un cofre en el que supone que hay un tesoro. Página tras página, libreta tras libreta, fui descubriendo una verdad que ya había empezado a intuir. Nada de lo que había escrito en aquellos cuadernos tenía valor. Eran una serie de incoherencias sin sentido alguno. Pascual escribía tonterías porque la locura es lo único que te permite escribir. La locura es literaria, pero la literatura es ficción. Los locos no son buenos escritores, ni siquiera buenos poetas. Y los que han escrito algo bueno siempre fue justo en su periodo de lucidez. Pascual escribía tonterías y dibujaba flores en sus cuadernos. Ni siquiera el dolor podía expresar. Nada servía de aquellas páginas enfermas e infantiles. Pascual estaba loco y su mayor preocupación era que los demás comiesen queso. Eso es todo.

«**M**ás arriba», ésa era la frase que me repitió tres o cuatro veces mientras tenía mi boca en su sexo. Yo estaba seguro de que era más abajo, pero ella me pedía que más arriba. Fue la primera vez que estuve con Silvia...

Silvia era el nombre de la primera mujer con la que me casé, la recepcionista de *El Independiente*. Aquella chica me encantaba. Era de esas mujeres que sin ser guapas pueden llegar a estarlo mucho. Delgada, no muy alta, morena, con el pelo demasiado largo, casi por la cintura. El excesivo largo de su cabello fue un error que tardó demasiados años en solucionar porque le daba un cierto aspecto antiguo que ella no merecía. Cuando se relajaba le salía un acento asturiano, que disimulaba siempre en el periódico. A mí me hacía gracia, pero a ella le daba vergüenza. Era una mujer insegura, que frente a los desconocidos sacaba a relucir su timidez y a veces podía llegar a parecer incluso un poco borde. Desde nuestro primer encuentro en el baño del periódico se hizo

bastante evidente que nos gustábamos. Yo al menos estaba seguro de que me gustaba, aunque ella intentaba que no se notara que estaba deseando que me pasase un momento por la recepción de la que casi nunca podía escaparse.

Debajo justo de la redacción de *El Independiente* estaba Archy, una de las discotecas más famosas de Madrid. No era fácil entrar porque en la puerta había un tipo enorme que a quienes no quería dejar pasar les hacía siempre la misma pregunta que hacen todos los porteros de discoteca cuando no van a dejar entrar a alguien: «¿Tienes invitación?». Resultaba complicado colarse en Archy porque en ese momento era el lugar de referencia en Madrid, pero como estaba en el mismo portal, la mayoría de la gente del periódico entrábamos cuando queríamos. Yo iba casi todas las noches aunque sólo fuese un rato para dar una vuelta y me quedaba allí embobado mirando un mundo que todavía no sentía como mío. Veía el ambiente y poco más, porque las copas eran demasiado caras para mi economía, así que casi nunca tomaba nada. Daba igual, allí estaban casi a diario modelos, cantantes, actores, periodistas... gente a la que yo jamás había tenido acceso. Hacía pocos meses que mi sitio era una obra en la que unas veces estaba salpicado de hormigón y otras, sucio de tierra. Ahora me encontraba en una redacción donde había ordenadores, bromeaba con chicas licenciadas en cosas como derecho, periodismo,

filología... Tan lejos de la EGB, el único título que yo poseía. Iba a tomarme algo a una discoteca de moda donde me saludaba el portero y tomaba café con los redactores de cultura del periódico. Yo, que nunca me había leído un libro entero.

Algunas semanas después de tontear en la recepción y tres o cuatro noches en el Archy, casi siempre acompañados de más gente del periódico, Silvia y yo nos besamos. Hasta ese momento no había tenido tantas ganas de besar a nadie. Hace ya muchos años que el Archy cerró, pero siempre recordaré la esquina de la barra en la que me abalancé sobre ella y la besé. Recuerdo el lugar exacto, recuerdo que sonaba *Don't Leave Me This Way* de The Communards, recuerdo sus ojos cerrados, su respiración y cómo se contrajo cuando al juntarnos sintió en su vientre que yo estaba muy excitado.

—¡Vámonos a otro lugar! —me dijo.

—¿Qué más da?

A mí no me importaba demasiado que nos vieran. Esa cosa que tenemos los hombres tan absurda de sentirnos triunfadores sólo cuando nuestro éxito es público.

—¡No quiero que nos vean!

Yo sabía que ella tenía novio porque alguna vez había venido a recogerla al periódico. Las mujeres suelen ser más discretas. Nos montamos los dos en mi coche y antes de arrancar volvimos a besarnos, esta vez un poco más libres. Ella situó su mano en mi entrepierna y yo hice

fuerza para que la sintiera más dura...

—¿Vamos a algún sitio? —pregunté.

—¡Sí, vamos! —contestó mientras nos secábamos los restos de saliva.

Ella vivía con su madre y yo con mis padres; yo no tenía dinero para ir a un hotel y en esa época no me planteaba que ella pudiera pagarlo. Arranqué el coche y me fui directo a un aparcamiento en la carretera del Pardo, que conocía bien porque era donde iba habitualmente con mi novia.

—¡Más arriba... un poco más arriba!

Yo tenía mi lengua moviéndose por su coño mientras con mis manos acariciaba desde abajo sus tetas. Tal y como lo hacía siempre. Me encantaba su olor, el reflejo de la luz de la luna en su cuerpo desnudo. Tenía las tetas perfectas, redondas, no demasiado grandes, el pezón del color y el tamaño justos... Me gustaba aquella chica que se movía un poco intranquila porque yo no atinaba en el asiento trasero de mi Renault 5.

—¡Más arriba... cómeme más arriba!

—¿Dónde? —pregunté confuso.

Se incorporó levemente y apartó mi cabeza de entre sus piernas. Sentada en el asiento, con los dedos de su mano abrió su sexo para mostrarme su clítoris. Con la otra mano cogió la mía, seleccionó uno de mis dedos y lo colocó encima de su clítoris.

—¡Aquí! —me dijo mientras movía mi dedo

señalándome aquel órgano del que yo no tenía conocimiento hasta esa noche.

Unos segundos tardó en apartarme la mano, se reclinó otra vez sobre el respaldo del coche y llevó mi cabeza de nuevo entre sus piernas... Busqué, ahora ya más arriba, y comencé a jugar con mi lengua en su clítoris. Tuvo que dar alguna indicación más («Más despacio, más suave...») y pronto Silvia comenzó a gemir de una manera que yo no había escuchado hasta entonces. A contraerse, a respirar como afónica, como si el aire entrara áspero por su garganta... Las piernas le temblaron, su vientre parecía latir y más aún latía su sexo en mi boca, como si tuviera vida propia. Gritó, jadeó, volvió a gritar y se corrió de una manera para mí completamente desconocida hasta ese instante. Creo que en ese momento sentí que me había enamorado de ella.

Siempre he considerado que hay fechas trascendentales en la vida de una persona que no tienen un aniversario para que las recordemos como se merecen. La gente celebra el día que se casó, el día que acabó la carrera, el día que perdió la virginidad o el día en el que compró su casa... Sin embargo, no recordamos otras fechas que tal vez sean igual de significativas porque también nos cambiaron la vida: el día que descubrimos que el vino estaba bueno, el día que comenzó a gustarnos el café, el día que escuchamos por primera vez nuestra música preferida... Para mí, el día que descubrí el clítoris



de Silvia es una fecha señaladísima.

No recuerdo de qué empezamos a hablar Cosme y yo en aquella sesión. Cosme, ya lo dije, era mi psiquiatra y por ese motivo una de las personas más importantes de mi vida. Algún tiempo después de mi paso por el manicomio, comencé a tratarme con él dos veces por semana en la consulta privada que tenía en el barrio de Chamartín. En aquella época, hace más de veinticinco años, psicoanalizarse no era algo demasiado frecuente en España. Esto no era Argentina, ni tan siquiera Estados Unidos, donde a través de las películas nos llegaban referencias de esas consultas en las que el paciente se tumba en un diván a contar sus cosas mientras el médico las apunta en un cuaderno. Hay muchas comedias americanas de esa época que hablaban de ello, pero en España ir al psiquiatra en el noventa no tenía ninguna gracia porque eso significaba que estabas loco.

Yo no tengo ninguna historia trascendente que justificase mi locura. Nada excepcional que contar para

comprender mis traumas, mis fobias, mi enfermedad... No me violaron, ni siquiera me maltrataron. No tuve un padre alcohólico, ni una madre puta, ni, en general, una familia desestructurada para poder explicar mi sufrimiento, mi miedo, mi desesperación, mi agresividad, mi pena...

Estuve seis años psicoanalizándome, pero ese día fue en el que más lloré. Después de un par de años, a dos sesiones semanales, ya le había contado a Cosme toda mi vida. Del pasado al presente, al periódico y a la radio en la que ya había empezado a trabajar. Había recordado mi trabajo en la obra, había hablado, cómo no, de mi madre y de mis hermanos y también de mi padre. O eso creía yo, que había hablado de mi padre. Ese día en concreto debería estar acordándome de él en la consulta de Cosme. No recuerdo lo que le estaría contando. Probablemente algún error de los que había cometido en mi educación o que mi padre no había comprendido realmente cómo era yo. O quizá le estaba diciendo el daño que mi padre me había hecho con su indiferencia.

—¿Indiferencia? —preguntó Cosme.

—Sí, indiferencia. Le recuerdo siempre callado, casi sin dirigirme la palabra cuando las cosas comenzaron a salir mal.

—¿Qué cosas?

—Desde que empecé a suspender, luego a salir demasiado, a no estar bien, ya sabes... Se callaba.

Aquellos silencios eternos de mi padre y una especie de mueca de desagrado que ponía cuando nos cruzábamos por la casa. Pasamos muchos años sin darnos besos, nos saludábamos con un hola y nos despedíamos con un adiós. Hubo años enteros en los que no nos dimos ni un beso...

A veces Cosme se callaba durante un buen rato. Se sentaba detrás de mi cabeza, así que yo no le veía. Al principio sentía la tentación de girarme para comprobar que seguía ahí y creo que alguna vez lo llegué a hacer. Sí, él siempre estaba ahí, dejándome hablar.

—Yo ya era más alto que mi padre.

—¿Y eso qué quiere decir?

—No sé.

—Piénsalo.

—Bueno, no sé... quiero decir que ya era mayor.

—¿Y?

—Que me hubiera gustado ser pequeño.

—¿Pequeño?

—Hubiese preferido que me regañase, que me gritase, que me pegara un par de azotes... Suena ridículo, ¿verdad?

Más o menos así estaría siendo la consulta de ese día. Una sesión más de las que había habido hasta entonces y una más de las que vendrían después, pero ese día en la consulta no lo olvidaré jamás. Nunca había llorado tanto como esa mañana cuando Cosme me hizo aquella

pregunta: una pregunta más, una pregunta lógica. Una pregunta inocente. Nada extraordinaria, pero que se me clavó en mi tripa como un puñal.

—¿Y no será que tu padre esperaba mucho de ti?

Ésa fue la pregunta que me generó un llanto incontrolable. Esa pregunta tan simple, tan normal y tan reveladora. Yo no sé qué me pasó, pero el llanto me impidió volver a hablar el resto de la consulta. Tampoco hacía falta.

Hoy ha sido el primer día que he podido llorar después de su muerte. Y me he emocionado recordándole y le he visto al fondo del pasillo abriéndome sus brazos para que corriera a abrazarle cuando llegaba de trabajar.

—¿A quién quiero yo más en el mundo? —me preguntaba mientras yo me colgaba de su cuello.

—¡A mí!

Y me llevó al fútbol a ver a su Atleti —aunque yo me hiciera luego del Madrid— y al Rayo Vallecano, que era su segundo equipo. Y me llevó a los toros, que eran su pasión cuando eso no estaba mal visto. Y me enseñó a torear de salón cuando jugábamos en casa con una toalla a dar lances imaginarios: «Mira, chaval, aprende lo que es el arte», me decía... Y me transmitió que la vida sin emociones no es vida. Y me regaló su sentido del humor, un poco cruel, que ha sido una herencia muy valiosa. Y me quiso más que a nada en el mundo cuando corría por el pasillo a sus brazos. Y esperaba muchas cosas de mí. Sí

que las esperaba, aunque yo no me diera cuenta. Eso explicaba su silencio, ese que tanto me torturaba. Debíó de sufrir él también cuando nos dejamos de dar besos. Aquellos años en los que yo me empecé a perder y él no supo qué hacer, ni qué decir... Cuando me expulsaron del instituto, cuando tuvo que acompañarme a comisaría después de destrozar la Vespa robada que un amigo me prestó y que yo conducía sin carné, cuando llegaba a casa con un labio partido... Todo eso tuvo que hacerle daño a él, que esperaba tanto de mí.

Volví a ver a Elisa, esta vez después de haber entendido con Silvia que me quedaba demasiado por aprender. El sexo ha sido una parte importante en mi vida, en algunas épocas es posible que la más importante. Yo, a Elisa, le daba igual porque Elisa era una puta que cobraba por estar conmigo antes y después que con otros dos cualesquiera. Yo creía que le caía bien, pero a lo mejor ni eso. Ella decía que tenía una polla preciosa. Me llamó mucho la atención ese calificativo con el que me la definió desde el primer día y que repetía siempre. Me decía más cosas, aunque la única verdadera debía de ser ésa, porque a lo largo de mi vida me lo han repetido varias mujeres. Sé que las hay largas y cortas, gordas y finas, pequeñas y grandes, blancas y más morenas... Pero, al parecer, también las hay feas y bonitas y la mía debe de pertenecer a estas últimas. No me preguntéis por qué, porque ninguna mujer me lo ha sabido explicar con precisión. Que si el tamaño, que si la dureza, que si la

rectitud, que si la curvatura, que si el grosor... Yo qué sé.

—¿Cuántas veces nos hemos visto? —le pregunté a la cuarta vez, como si no lo supiera.

—No lo sé —me contestó Elisa.

—¡Cuatro!

—¡Ah! ¿Y qué?

—Pues que no he aprendido nada.

—¿Pero qué dices, mi niño?

—He estado con una chica que me ha enseñado dónde estaba su clítoris.

—¡Qué bien!

—Me lo podías haber dicho tú.

—Me lo podías haber preguntado.

—¿Cómo voy a preguntar por una cosa sin saber que existe?

—¿Vas a querer follar hoy o vamos a seguir hablando?

—¡Elisa, quiero que me enseñes a ser un buen amante!

—Eso no se enseña, mi niño...

—Pero... Dime la verdad, ¿yo soy un buen amante o no?

—No.



**M**i madre nos ha llamado a todos para comer en su casa. A mis hermanos y a mí, y por supuesto a mi mujer, Julia; a Isabel, mi cuñada; y a mi cuñado Juan José. Todos iremos con los niños para que mi madre esté con sus nietos. Le hace ilusión que nos juntemos todos después de la muerte de mi padre. Y para la ocasión ha hecho cordero al horno.

Yo estoy enfadado con mi hermana y mantengo buena relación con mi hermano. De pequeños era justo al revés, pero desde hace años me fui aproximando a mi hermano y alejándome de mi hermana. Supongo que desde Caín y Abel la historia de los hermanos malavenidos no es nueva, ni siquiera interesante. No es que nosotros vayamos a acabar como aquéllos, sobre todo porque ni mi hermana ni yo somos como Caín. Al menos yo tengo esa certeza, aunque ella posiblemente crea que yo sí me parezco al hermano malo de la Biblia. Mi hermana está casada con Juan José, del que ya dije que era pelirrojo y

feo. Es muy delgado y desgarrado. De esos que parecen más altos de lo que en realidad son. También parece mejor persona de lo que es, pero de listo sí es tal y como aparenta. Le conozco desde que yo era un niño, cuando empezó a salir con mi hermana, que por aquel entonces era una chica que quería ser independiente de cualquier hombre y que había empezado la carrera de medicina siendo una estudiante brillante. De eso hace muchos años, tantos como los que hace que yo conozco a Juan José. Echando cuentas, unos treinta y cinco años y, haciendo memoria, no recuerdo que jamás le haya escuchado decir nada interesante. En todas las frases utiliza, antes o después, la expresión: «Es lo que yo digo...», tarda en contar las películas más tiempo de lo que duran y anda con los pies separados, marcando las puntas de sus zapatos siempre las dos menos diez...

—¿Juanjo, te gusta el cordero?

—¡Buenísimo...! Es lo que yo digo, que donde esté un buen cordero, que se quiten las tonterías.

—Claro que sí, Juanjo.

Mi madre está triste, así que no para de hacer cosas para tener la cabeza entretenida, como ella dice. Está cocinando mucho y no para de hacerme croquetas para que me las lleve a casa en un *tupper*. En este último mes desde que es viuda me ha hecho tantas croquetas que, de habérmelas comido todas, habría muerto con total seguridad. Y gazpacho también me ha hecho, muchísimo

gazpacho que guarda en botes herméticos que me prepara para que vaya a su casa a recogerlos un día sí y otro no. Y ha hecho puré para los niños porque a ellos les gusta más el puré de la abuela que el de mi mujer. Algo que mi madre no deja de repetir, especialmente cuando Julia está delante.

—Es lo que yo digo, que donde esté el puré de tu madre...

—Claro, Juanjo, claro.

Creo que Juanjo también le parece un pesado a mi hermano, aunque al contrario que yo, mi hermano sigue creyendo que es buena gente. Le pasa mucho a las personas a las que no les va bien, que parecen mejores de lo que son.

—Vuestro padre y yo tenemos hecho un testamento —nos cuenta mi madre nada más servir el café.

Mis padres tienen la casa de la playa, la del pueblo y ésta, en la que vive y vivirá mi madre hasta que se muera. Quiere hacer tres partes iguales con la casa en la que vive y con la del pueblo, pero la de la playa se la repartirán entre mi hermano y mi hermana.

—Tú no has ido nunca, así que no te importará —me dice mi madre.

—¡Eso es lo que yo digo! —se le escapa a mi cuñado.

Pongo cara de que no me importa porque, a decir verdad, es que no me importa. Es cierto que yo nunca he ido a la casa de la playa, sólo una vez para llevar a mis

padres y ya no volví.

—Creo que es lo más justo —termina mi madre.

Mi madre estuvo un tiempo enfadada porque yo no iba a la casa de la playa, pero es que nunca me hizo falta. Sé que suena despectivo, pero también hay que ser honesto, incluso con la familia. «La casa de la playa», así dicho, suena bien, pero en realidad, se trata de un apartamento de unos cincuenta metros cuadrados en la parte más fea de Gandía, en una calle estrecha y a dos kilómetros del mar.

—Es lo que yo digo, que tampoco hace falta más para ir de vacaciones.

—Bueno, Juanjo, la playa está un poquito lejos.

—Sí, pero para qué quieres playa, con lo fresquito que se está en la casa.

Y eso hacen él, mi hermana y sus hijos todos los veranos, quedarse en el apartamento hasta que se va el sol y salen a tomarse un heladito por el centro del pueblo. Terminan el verano más blancos de lo que lo empiezan, porque el sol no es bueno para los niños, según mi hermana. Ella es de esas madres que protegen en exceso a sus hijos para no tener que pensar demasiado en ellas, no vaya a ser que le entren dudas. Mi hermana no suele dudar.

—¡Mamá, déjate de herencias, que tú estás como una rosa y queda mucho para tener que repartir nada!

—Ya salió el optimista —me corrige, un poco

enfadada, mi madre.

—Es que es verdad, estás fenomenal —me da la razón mi hermano.

—Sí, pero es mejor dejar las cosas claritas para que luego no haya confusiones —interviene mi hermana, mirándome muy seria.

—¿Qué coño quieres decir?

—Tengamos la fiesta en paz —interrumpen mi hermano y mi madre casi al mismo tiempo.

—Que cuando se muera mamá —me insiste mi hermana—, no vengas reclamando parte de la casa de la playa.

—La casa de la playa es una mierda. Y deja de decir casa de la playa, que no es una casa. Es un piso enano y feo. Y, además, no está en la playa.

—¿Cómo que no está en la playa?

—Está a tomar por el culo de la playa... La playa ni la intuyes.

—¡Ves, mamá, si es que es un prepotente!

—¡Prepotentes, mis cojones!

Y mi madre se pone a llorar y mi hermano se enfada conmigo y yo grito más y mi hermana se sale con la suya...

Aquel mismo día había dejado de fumar. Yo era un fumador compulsivo, fumaba tres paquetes el día que menos fumaba. No era tan extraño que llegase a los cuatro y algún día recuerdo haber abierto hasta cinco paquetes. Sé que era octubre, sé que era lunes, aunque no qué día exactamente del mes, cuando salí a correr por el parque del Oeste. Llevaba un chándal de algodón, una camiseta de manga larga de franela, unos calcetines de lana gordos y unas zapatillas de fútbol sala. No era la indumentaria más apropiada para salir a correr, pero yo no lo sabía. Me situé en un extremo del paseo del parque para ponerme a correr con un entusiasmo desbordado. Puse mi cronómetro a cero y comencé. Pronto me empezaron a molestar las rodillas y los tobillos y los muslos y los gemelos... La respiración dejó de ser fluida y me di cuenta enseguida de que iba demasiado abrigado. Me dolían los pies porque las zapatillas de fútbol me estaban un poco justas y noté al instante cómo me empezaba a

arder la cara, que intuía roja como un tomate. El corazón me latía ya demasiado fuerte y respiraba con demasiada dificultad. Corrí todo lo que pude y paré cuando ya no tenía más aire. Detuve el cronómetro y lo miré: seis minutos, cuarenta y dos segundos...

Ya había pasado de los treinta y estaba claro que el tabaco había hecho estragos en mi forma física, como las copas de más y el no haber hecho nada de deporte durante tantos años. Hacía más de diez que había dejado de entrenar boxeo. Ahora boxean hasta las élites, hay gimnasios carísimos donde actores, músicos, abogados, economistas y jueces se ponen los guantes para liberar el estrés de sus ajetreadas vidas. Cuando yo me apunté al gimnasio a finales de los ochenta, no había ningún ejecutivo que boxease y esos gimnasios no estaban en los buenos barrios.

Conocí a Luis en una discoteca de Leganés cuando me salvó de que tres gitanos me partieran una botella en la cabeza. Yo ni me enteré de lo que había hecho, pero un tío se me encaró porque decía que había mirado mal a su novia, me empujó y fue a pegarme. Yo estuve más rápido y le di un puñetazo que le dejó un poco grogui, pero sólo un poco. Se mantuvo de pie y lo peor es que detrás de él tenía a un par de amigos —o familiares— que vinieron a por mí. Uno de ellos le quitó de las manos a una camarera una botella de JB y se vino a por mí y tras él los otros dos. Solté una patada para alejarle y corrí hacia atrás. Todo

sucedió en pocos segundos, pero cuando ya tenía la certeza de que iba a cobrar fuerte, aparecieron Luis y un par de gorilas que dispersaron a los tres gitanos, que juraron matarme.

Luis trabajaba como jefe de seguridad en aquella discoteca, a pesar de que su aspecto no era precisamente el de un fortachón. Ésos eran los otros dos empleados que estaban a su cargo. Luis había sido varias veces campeón de España del peso ligero a finales de los años setenta y optó al campeonato de Europa, que perdió por puntos contra un irlandés: «Fue una injusticia, Claudito —me decía siempre—, yo gané a aquel tipo, pero como estábamos en Dublín, me robaron el combate». Aquella noche de la pelea de los gitanos yo había ido a la discoteca con un amigo que, curiosamente, no apareció hasta que todo se había calmado. Luis me recomendó que yo me quedase en la discoteca con él y que mi amigo, al que los gitanos no habían visto, se fuese en el coche y me esperase en algún sitio al que Luis me llevaría con el suyo después de cerrar. Le caí en gracia desde aquella noche, no sé por qué.

—¡Menuda hostia le has metido al gitano!

—Sí, pero si no llega a ser por ti...

—Si no llega a ser por mí, te revientan.

—¿Cómo puedo agradecértelo?

—Vente un día a mi gimnasio y nos tomamos por allí una cervecita.



Luis trabajaba de seguridad en la discoteca al mando de dos gorilas y de lunes a viernes entrenaba a boxeadores en un gimnasio de Zarzaquemada, una barriada de Leganés.

Cumplí lo prometido y después de invitarle a aquella cervecita me convenció de que me apuntase a su gimnasio...

De lo fuerte que me puse y de la resistencia que llegué a tener aquellos años en los que entrené con él me iba acordando cuando volvía a casa aquel día en el que no pude correr más de seis minutos y cuarenta y dos segundos en el parque del Oeste. Ya no me apetecía boxear, pero tenía que volver a recuperar la forma, a sentir cierto dominio de mi cuerpo, a no volver a fumar, a cuidarme...

Yo nunca he sido fiel a ninguna mujer. Fiel como se entiende la fidelidad, el no acostarse con ninguna otra mientras mantienes una relación. No he sido fiel porque no he querido serlo. Ni con mi primera novia Pilar, ni con mi primera mujer Silvia, ni con Julia.

Reconozco que Pilar no me gustaba demasiado. Me caía muy bien y me gustaba estar con ella, pero físicamente nunca me convenció. Claro que los dos éramos muy jóvenes, pero yo aspiraba a chicas mucho más guapas. Así lo sentía yo, que me avergonzaba un poco cuando tenía que decir que ella era mi novia. Era demasiado bajita y no sólo era bajita ella entera, sino que el culo lo tenía más bajo aún. Era un buen culo y tenía unas piernas bonitas, pero el problema del cuerpo de Pilar era la colocación de las cosas... Era morena con un pelo pobre, por finito y poco abundante, y aunque era mona de cara, el conjunto no era para presumir de novia. A Pilar no creo que le fuera fiel ni una sola semana. Cada vez que

tenía la oportunidad me liaba con cualquiera porque me gustaban muchas otras chicas —la mayoría más que mi propia novia— y porque no era capaz de encontrar ni una sola razón para no hacerlo.

La fidelidad no se plantea, se da por hecha. Ni siquiera es una opción, sino algo impuesto en cuanto comienzas una relación de pareja. Por tanto, eso que yo hacía cada vez que no estaba con Pilar era algo prohibido. Claro que a sus oídos llegaban rumores de que yo el sábado anterior había estado con una de Coslada, que el viernes me habían descubierto con una rubia de Moratalaz y que me habían visto enrollarme con una pija el jueves en los recreativos del barrio.

—¿Qué pija, Pilar, qué pija? ¡A los recreativos no van pijas!

—¿Me prometes que es mentira? —me preguntaba.

—Te lo juro por quien quieras —mentía yo con mucha solemnidad.

Siempre se me dieron bien las chicas. En aquella época, todos los ligues eran muy menores. Besos y todo el toqueteo que se pudiera. Y se podía hasta donde se podía: las había que se dejaban tocar las tetas, otras el culo y otras incluso llegaban a permitirte tocar por dentro del pantalón o por debajo de la falda... Eran rollos de una tarde, como mucho de dos o tres viernes, porque como no había móviles y el teléfono de casa no se daba a las primeras de cambio, había que verse en la misma

discoteca a la semana siguiente. Para pasar a mayores y acabar en una cama era necesario «estar saliendo», que era una modalidad de relación que ya exigía fidelidad. De tal manera que si «estabas saliendo» con alguien, ya no podías enrollarte con nadie más. Una exclusividad que yo ni me planteaba. Con Pilar me acostaba en casa de sus padres. Yo recuerdo aquellos encuentros en la cama de los padres de Pilar como muy aburridos. A lo mejor en aquel momento no los vivía así, pero mi recuerdo es de sopor. En realidad, era todo muy monótono, con sus besos y toqueteos, con la única diferencia de que al final podías meterla, que se suponía que era el gran objetivo final. Pilar tardó muchísimo tiempo en dejarme que le comiera el coño, algo que siempre le pareció una guarrada. Y, claro, lo de comerme ella a mí no se podía ni plantear porque eso hubiera significado haberla convertido en una guarra. En aquella época era así, aunque ahora me parezca todo demasiado lejano y absurdo.

No hace demasiado tiempo que vi a Pilar en un encuentro que alguien de su barrio organizó para vernos algunos de los que nos juntábamos en aquella época en la que yo «estaba saliendo» con ella. No reconocí a casi nadie porque todos estaban muy cambiados, la mayoría para peor. Y, además, tampoco fue mi amigo ninguno de ellos, salvo la propia Pilar, que era el único vínculo con aquellos señores y señoras que yo veía tan mayores. De mí tenían más referencias por las veces que he salido en la

tele, así que mi físico no le pilló a nadie por sorpresa. Tampoco a Pilar, que me confesó que había seguido mi trayectoria y que de vez en cuando me escuchaba en la radio. Está casada y tiene una niña de siete años, la edad de Bruna, mi hija pequeña. Hablamos un rato de los hijos, de cómo nos iba y del pasado. Ninguno de los dos lo hicimos con nostalgia, pero recordamos algunas cosas con mucho cariño. Me dijo sin aparente rastro de rencor que en aquella época «yo había sido un pieza y ella demasiado inocente». Le di la razón, claro, y seguimos bromeando sobre lo poco que sabíamos siendo tan jóvenes... Se fue al servicio pasando muy cerca de mí y, al alejarse y verla de espaldas, no me pareció que tuviera el culo tan bajo...

—¡Qué bien te han sentado los años! —le dije cuando volvió.

—Gracias.

—Más tarde me apetecería tomarme algo contigo sin tanta gente...

—¿Sin gente?

—Para charlar más tranquilos.

Sonrió y apuró lo que le quedaba de *gin-tonic* mirándome sugerente.

—¿Y adónde me llevarías? —me preguntó.

—Adonde tú quieras.

Muy seductora, se fue a la barra a pedirse otro *gin-tonic*. A mí me abordó Joaquín, uno que se había puesto muy gordo, y empezó a recordarme un montón de cosas

de las que yo no me acordaba, mientras Pilar me sonreía en la distancia, mezclándose de grupo en grupo con su copa. La deseé esa tarde más que nunca mientras esperaba que el encuentro de aquellos conocidos de la adolescencia terminase de una puñetera vez para marcharme con ella a un hotel. Avisé en casa de que llegaría muy tarde. Pilar y yo esperamos a que todos se fueran y por fin nos quedamos solos.

—¡Me ha encantado verte! —me dijo.

—Y a mí... ¿Nos vamos ya?

—Yo me voy a mi casa —me dijo sin dejar de sonreír.

—¿Cómo?

—Lo que oyes.

—¿Pero ha pasado algo? —le pregunté, buscando una explicación.

—¿Qué va a pasar? Simplemente me voy a mi casa con mi marido y mi hija.

Intenté que no se notase mi decepción, pero creo que no lo logré. Nos despedimos con corrección, sin que ella dejase de ser amable en todo momento.

—¿Nos veremos en otra ocasión? —le pregunté.

—No creo.

—¡Te ha molestado mi propuesta! —protesté un poco enfadado.

—¡No! Te prometo que no —insistió en su tono cariñoso sin dejar de sonreír—. Me siento halagada, de verdad.

Le creí por el tono y porque no tenía por qué mentir.  
Ahora sí, nos dimos dos besos definitivos antes de que dijera una última frase antes de subirse a su coche.

—¡Claudio, hay cosas que nunca cambian!

Yo de pequeño creía que era subnormal. O mongólico, como decía mi madre. O retrasado, como también decía. En todas las familias hay anécdotas que se repiten a lo largo de los años y una de ellas era la obsesión que tuvo mi madre mientras estaba embarazada de mí de que yo naciese subnormal —en los años setenta nadie decía síndrome de Down—. En aquella época no se hacían ecografías, al menos a mi madre no le hicieron ninguna, por lo que el parto era siempre una enorme incógnita.

—¡Es un niño! —le comunicó el doctor en cuanto yo nací.

—¿Es subnormal? —fue la primera pregunta de mi madre.

—¿Cómo dice, señora?

—¿Que si mi niño es normal o es subnormal?

Mi madre me contó muchas veces que tuvo que comprobarlo con sus propios ojos y, aun así, tuvieron que



corroborárselo los médicos varias veces para dejarla tranquila. Esa historia, que mi madre no paraba de contar, debió de afectarme cuando comencé a tener uso de razón y descubrir que había niños subnormales a los que nunca miraba con indiferencia, sino con cierta empatía al haberme sentido yo tan cerca de ser uno de ellos. Y, como decía, llegué a dudar si lo era o no mediante una deducción que a mí se me antojaba muy lógica. Los niños subnormales no sabían que lo eran porque todo el mundo que los rodeaba les ocultaba que lo eran. Si eso era así, por qué no estarían mis padres, mis hermanos, mis amigos y mis profesores ocultando mi retraso. Yo sé que ese miedo a ser subnormal debió de significar algo importante en la formación de mi personalidad cuando era niño y tengo que reconocer que a veces fantaseaba con serlo y, además, me gustaba. Ser subnormal suponía para mí que todo el mundo te cuidaba y nadie te iba a regañar cuando te portabas mal porque no estabas bien...

—¿Claudio, tú eres tonto? —me preguntó mi madre cuando le reconocí mis dudas sobre mi subnormalidad.

—¿Y por qué no voy a serlo?

—Subnormal no, pero tonto eres hasta decir basta.

Una manera de zanjar la conversación que a mí no me dejaba muy tranquilo.

Hace mucho tiempo que no voy a la editorial. Yo llevo casi tres años sin publicar y encima, desde que se han trasladado a aquel polígono tan a las afueras, apetece menos pasarse a tomar un café con mis editoras. Escribo libros por casualidad, aunque todo lo que tiene que ver con la escritura en mi vida tiene algo de milagroso o, como mínimo, de inexplicable. Vaya por delante que soy ateo, por lo que no atribuyo a ninguna otra cosa más que a la casualidad algo que me ocurrió cuando todavía era un adolescente.

Un día, una amiga de mi madre la invitó a comer a un restaurante que regentaba una señora cubana negra de edad avanzada en el barrio de Ventas. Fumaba puros y siempre iba vestida de blanco con un turbante del mismo color en la cabeza. Aquella señora, a la que conocía la amiga de mi madre, se acercó a la mesa a saludar y se presentó. Era la primera vez que veía a mi madre.

—Usted tiene un hijo, ¿no es así?

—Tengo tres, señora.

—Ya, pero hay uno que es diferente.

—Bueno, para mí son los tres iguales...

—Sí, pero hay uno que le preocupa especialmente...

Eso era verdad. Yo ya había abandonado los estudios después de que me hubieran expulsado del instituto sin haber sido capaz de aprobar segundo de BUP y cada día daba un nuevo disgusto en casa. Mi madre se dirigió entonces a la amiga que le había llevado al restaurante.

—¿Tú qué le has contado a esta señora de mi hijo?

—Te juro por lo que más quieras que jamás he hablado con ella de Claudio —se defendió la amiga de mi madre.

—Su hijo —prosiguió la cubana— no está bien... Tengo que conocerle en cuanto sea posible.

—¿Pero se puede saber quién es usted? —se enfadó un poco mi madre.

La señora cubana negra se llamaba Jesusa y era santera. Todo el mundo la llamaba la Abuela y era una institución para muchas personas que regían su vida a través de lo que ella les predecía o les recomendaba. Ya era mayor, así que atendía y hacía rituales sólo de manera excepcional. Y yo, sin que me conociera, le desperté un gran interés para aplicar sobre mí sus poderes. La Abuela sorprendió a mi madre porque le dijo cosas sobre mí que no tenía por qué saber. La mayoría sin importancia, pero muy precisas, como que me tuvieron que operar del

ombbligo a los dos meses de vida por una especie de apéndice que me salió y que los médicos no llegaron a determinar exactamente lo que era. Se trataba de una tripa extraña y negra que me salió del ombbligo de un día para otro. El caso es que antes de extirparlo lo fotografiaron para estudiarlo en foros de medicina. Mi madre no daba crédito a los detalles que le daba la Abuela sobre mí, así que no le quedó más remedio que creerla...

—Yo ya no paso consulta a casi nadie, pero quiero conocer a su hijo.

—¡Claro, le diré que venga a verla! —le prometió mi madre.

Ya en la despedida, acompañando a mi madre y a su amiga hasta la puerta, la santera cubana soltó algo desconcertante:

—¡Su hijo será escritor!

Esa misma noche mi madre me lo contó en la cocina, evitando que mi padre y mis hermanos lo oyeran.

—¿Escritor? —me sorprendí.

—Eso ha dicho.

Imaginar en aquella época la posibilidad de que yo pudiera ser escritor era simplemente una locura; sin embargo, a mí no me extrañó tanto. No sabría explicar por qué. Me hizo ilusión aquel pronóstico de la Abuela y le pedí a mi madre que me diera la dirección de aquel restaurante.

—Pero no se lo digas a tu padre, que era lo que le

faltaba...

—¿Qué pasa? —pregunté incómodo.

—¿Tú cómo crees que se va a tomar que vas a ir a una vidente negra que dice que eres escritor?

La verdad es que a mí me daba también un poco de vergüenza. Después de mi expulsión del instituto y de demasiados incidentes de fin de semana, intentaba portarme bien, llegar a horas normales y buscar trabajo... de lo que fuera. Mi madre tenía razón en que lo de la Abuela era mejor callárselo.

\* \* \*

Llovía a cántaros cuando entré en el restaurante, más o menos a la hora de comer. No había mucha gente en las mesas que estaban al fondo y tampoco en la barra donde me pedí una Coca-Cola. En una de las mesas estaba sentada la Abuela, hablando con tres niños, que luego supe que eran sus nietos, éstos sí biológicos. Antes de dar el primer trago me llamó desde su mesa:

—¡Venga acá, mi niño!

Y eso hice. La Abuela era más o menos como me la había descrito mi madre, aunque estaba más gorda de lo que yo me había imaginado. Al llegar a su mesa le di dos besos que aceptó, pero no me devolvió.

—¡Hola, soy Claudio!

—¡Le estaba esperando! —me dijo.

—¿Le ha dicho mi madre que iba a venir?

Sonrió y le dio una calada a su enorme puro.

—No he hablado con tu madre.

—¿Y cómo me ha reconocido?

No me contestó. Se levantó de la silla y le dijo al camarero que se metía en el cuarto.

—¡Ven aquí! —me ordenó.

La seguí en silencio por entre las mesas del restaurante hasta una cortina que había al fondo del salón. Caminaba con dificultad por los años y por la gordura de sus carnes que se intuían bajo su túnica. Detrás de la cortina había un cuartito de estar lleno de vitrinas que a su vez estaban repletas de adornos pequeñitos sin la más mínima coherencia estética. Desde animalitos de plástico que convivían al lado de marcos de plata con fotos antiguas, hasta pinturas de flores mezcladas con amuletos que colgaban de las paredes. Un lugar extrañísimo con una mesa camilla y dos sillas justo en el centro. Nos sentamos, la Abuela sacó una especie de conchas y empezó un ritual que no recuerdo muy bien. De lo que sí me acuerdo es de todo lo que me dijo. La mayoría del pasado y algunas cosas sobre lo que tendría que venir. Y no, no creo en las videntes, ni en las santeras, pero todo lo que predijo se cumplió. Que iba a tener un trabajo donde siempre estaría sucio, pero que me iría de allí; que me casaría con una mujer, pero que la mujer más importante llegaría algunos años después. Afirmó que iba a tener

bastante dinero... y me dijo que alguien ya muerto me protegía.

—Alguien que murió sin poder ser escritor... — aseguró, mirando al cielo con el puro en la boca—, hace muchos años que murió, no creo que le conocieras.

—Ni idea.

—Tú vas a vivir de escribir. En periódicos, en revistas... Escribirás novelas y libros de éxito.

—Pero yo no he estudiado. ¿Cómo voy a ser escritor?

—Él te ayudará... Estará dictándote todo lo que escribas.

**E**l primer día en el que comencé a trabajar en una obra me llené de mierda hasta la cintura. No es una forma de hablar, es tal cual sucedió. Cuando me refiero a mi trabajo de aquellos años, siempre lo defino como «la obra», aunque no es del todo preciso porque no se trataba de una obra, sino de varias a las que tenía que ir a trabajar. A veces un solo día y otras durante un par de meses. La cosa consistía, más o menos, en coger hormigón de las hormigoneras con una carretilla y llenar con ese hormigón unos moldes para que los técnicos de los que yo era ayudante hicieran un control de calidad. Y lo mismo con la tierra con la que se construyen las carreteras, la que va debajo del asfalto. Aunque eso era aún peor porque para que los técnicos analizaran esa tierra yo me pasaba haciendo agujeros en el suelo con un martillo y un cincel durante ocho horas, a dos bajo cero o a más de cuarenta grados.

Odio las obras. Es la forma en la que mejor puedo



definir el tiempo que duró mi trabajo en la construcción hasta que, como ya he contado, le pegué a mi jefe y me echaron. Odio el hormigón y la tierra, el barro que se forma cuando llueve y el calor insoportable que hace en verano. Las carretillas, las grúas, los cascos y los monos de trabajo siempre sucios... Y los gritos y el ruido que hacen las radiales cortando metal. Odio las tarteras donde se guarda la comida que te comes sentado en el suelo, a la sombra de una caseta prefabricada. Odio la risa machista de esos hombres mirando a las mujeres. Y odio aún más su manera de hablar de ellas. Y el carajillo y el hurgarse los dientes con un palillo después de comer.

La cosa no empezó bien porque el primer día me llené de mierda. Fue en una depuradora que se estaba ampliando en la antigua carretera de San Martín de la Vega y había que sacar unas muestras de hormigón de ese día y recoger otras del día anterior, unas probetas con el hormigón seco que pesaban cada una unos veinte kilos. Yo acompañaba a Félix, un compañero más veterano, que me iba a explicar lo que tenía que hacer. Lo primero fue colocarme en la parte trasera de la hormigonera para que volcase parte de su contenido en la carretilla que yo sujetaba. Félix y el hormigonero se aliaron para gastarme una broma y volcar el hormigón, que venía bastante líquido, desde demasiado alto para que según golpease en la carretilla me salpicara y me pusiera perdido. Una risa para ellos.

—¡No le queda *na* por aprender al señorito este!

Acepté las risas, sumiso, porque no quedaba otro remedio. Supongo que también reiría yo por compromiso, a pesar de la humillación. Fue desagradable como lo era el olor fétido de aquella depuradora a donde iban a parar los residuos de toda la parte sur de Madrid. Pasado aquel primer trance y tras limpiarme parte de los perdigonazos de hormigón, al menos los de la cara y el pelo, recogimos las probetas de hormigón que se hicieron el día anterior para meterlas en la furgoneta y marcharnos de allí. Yo lo necesitaba porque el olor era insoportable. Félix se adelantó para colocar la furgoneta un poco más cerca de donde estábamos y yo me encargué de coger las probetas, una en cada mano, de veinte kilos cada una. El hormigonero, el de la grúa y tres o cuatro obreros miraban lo que estaba pasando. Félix situó la furgoneta cerca de una zanja de un par de metros de anchura que se podía atravesar fácilmente apoyándose en un tablón y de un saltito pasar al otro lado. La zanja, que parecía un río, estaba llena de residuos de la depuradora. Cargado con las probetas, apoyé mi pie en el tablón para cruzar y éste cedió conmigo encima con todo mi peso más los cuarenta kilos que sujetaba con mis brazos. Me hundí hasta la cintura en aquella especie de masa espesa formada por todos los residuos de todos los habitantes de la zona sur de Madrid. Conmigo sumergido en la mierda, el hormigonero, el de la grúa, los obreros y Félix se rieron a

carcajadas. Menuda risa. Salí de la zanja como pude y logré con mucho esfuerzo no llorar. En la furgoneta había un mono y unas botas de agua de no sé quién. Me desnudé al lado de la furgoneta de cintura para abajo y me limpié como pude con una manguera ante la mirada de aquellos hombres. Dejé allí tirados los pantalones, las botas, los calcetines y los calzoncillos y me puse el mono y las botas de agua sucias. Recuerdo la sensación de mis pies húmedos sin calcetines dentro de aquellas botas de agua usadas por no sé quién, que además me estaban pequeñas.

—¡Tranquilo, son gajes del oficio! —me consoló Félix antes de encenderse un porro de costo que compartimos en la M-30, camino de la siguiente obra.

**M**i hermano me ha llamado para hablar de la comida que tuvimos el otro día en casa y que acabó como acabó. Ya sabía yo que iba a trascender por aquello de mi manera de decir las cosas. Es algo que me persigue desde hace muchos años y que es una de las características que algunas personas me suelen reprochar. Se trata de «mis formas» a la hora de decir las cosas, que algunos definen como vehementes, contundentes, secas... Ha habido veces incluso que me han dicho que yo daba miedo cuando hablaba.

—¡Mamá está hecha polvo! —me reprochó mi hermano.

—¿Por qué?

—Lo que hiciste estuvo muy feo.

—Acepté la voluntad de papá y mamá de no dejarme la casa de la playa, como vosotros la llamáis.

—Dijiste que era una mierda.

—Es que es una mierda.

—Y dale.

—Si digo que me parece bien que sea para vosotros, soy un prepotente y si hubiera dicho que me parece mal, habría sido un ambicioso...

—No es necesario ofender despreciando lo que papá y mamá han comprado con mucho esfuerzo.

—No la desprecio, simplemente no la quiero. No he ido nunca y nunca voy a ir...

—¿Y por eso tienes que decir que es una mierda?

—Es al revés. Como es una mierda, no voy.

Mi hermano es cinco años mayor que yo. Cuando éramos niños me pegaba y me hacía la vida imposible, como cualquier hermano mayor, por lo que tengo entendido. Es más bien rubio con los ojos claros y el pelo rizado, pero por una especie de milagro genético, a medida que vamos cumpliendo años nos parecemos cada vez más, aunque yo sea muy moreno, tenga los ojos oscuros y el pelo liso... Sus hijas y mis hijos dicen que somos clavados. Durante un tiempo me empeñé en ser completamente distinto a él porque sentí que su presencia me dejaba sin espacio. No había forma de superarle. Era bueno haciendo deporte y un buen estudiante, además de un hijo bastante modélico y responsable que nunca fumó, ni bebió, ni llegó tarde a casa. Muchas veces he pensado que yo soy como soy por su culpa. O gracias a él. Tardé mucho tiempo en reparar en ello, pero es verdad que todas mis pasiones son distintas a las suyas, mis aficiones, mis

gustos y, por supuesto, «mis formas». Él ha sido lo que siempre quiso ser, ingeniero de caminos. Quería ser ingeniero de caminos desde que tenía cinco años y terminó siendo un buen ingeniero de caminos... Empezó a practicar judo de niño y llegó a ser cinturón negro cuarto dan... Tuvo una novia con la que luego se casó y con la que sigue y seguirá siempre. Yo nunca supe lo que quería ser, no acabé el bachillerato, empecé judo con él, pero me cansé y lo dejé. Del mismo modo que dejé a algunas novias y dejé a mi primera mujer... Y, sin embargo, mi hermano y yo nos parecemos mucho, porque los dos nos reímos de las mismas cosas. El sentido del humor ha sido la mejor herencia de mi padre, el ser capaces de reírnos de todo por duro que fuese, incluso de la muerte. La risa me unía a mis hermanos y por eso echo tanto de menos a mi hermana, que desde hace muchos años se lo toma todo demasiado en serio. Con mi hermano me sigo riendo, aunque nuestros mundos sean tan distintos.

Hubo un tiempo, sin embargo, en el que mi hermano habría de salvarme según pronosticó alguna vez mi madre. Como yo estaba trabajando en la construcción y mi hermano iba a ser ingeniero de caminos, a mí nunca me faltaría el trabajo. Y más lejos llegaron aún en sus expectativas cuando me dijeron que ojalá algún día, aunque fuera de mayor, volviera a estudiar y así podría hacer ingeniero de obras públicas, la carrera media, para

poder ser el ayudante de mi hermano, que había estudiado la superior. Entiendo la desesperación de mis padres, pero escuchar aquello me dolía hasta ponerme a llorar. Por supuesto que me escondía para hacerlo, porque antes les daba la razón sobre que eso sería lo mejor para mí, pero lo cierto es que me provocaba una angustia que me ahogaba. Mi hermano no era responsable de nada, pero la comparación con él era demoledora. Yo tenía diecisiete años y me iba en el metro con una tartera a las siete de la mañana camino de una obra y él se quedaba en casa estudiando en su escritorio. Ver a mi hermano resolviendo problemas de cálculo o dibujando en su mesa era la manera más desoladora de comprobar que yo había hecho las cosas mal. Y lo más doloroso era que lo mejor que me podría pasar si todo iba bien era ser algún día su ayudante. Me dolía, me hería el orgullo, me provocaba una tristeza infinita. Y, lo peor de todo, es que la culpa la tenía yo.

Elisa decía que yo tenía dos virtudes para convertirme en un buen amante. Era generoso y me gustaba mucho el sexo. Puede parecer que el sexo le gusta igual a todo el mundo, pero ella aseguraba que no y desde luego sabía de lo que hablaba...

Volví a verla algunas veces más y, aunque me había dicho que no se podía enseñar a ser un buen amante, lo cierto es que yo aprendí mucho con ella. Y a través de ella.

Me gustaba saber y Elisa me dio algunas claves que luego siempre funcionaban cuando conocía a una nueva mujer...

—¡Nunca pongas la lengua dura y mucho menos al principio! —me aconsejaba cuando tenía mi boca entre sus piernas.

Eran lecciones sutiles, algunas que no entendía, pero que después de experimentarlas cobraban todo el sentido.

—A las mujeres en la cama se las descubre por su



respiración... Es más importante escuchar cómo respiran que lo que dicen porque hay muchas que no hablan en la cama.

Elisa conocía a las mujeres tanto como a los hombres, porque atendía a ambos sexos, aunque me llegó a decir que fuera de aquel piso de San Bernardo, cuando no ejercía, sólo se acostaba con mujeres. Me contaba experiencias, algunas muy grotescas, otras muy sucias, y algunas peticiones rarísimas que le hacían. Aunque para ella nada era raro y veía todo normal. No tenía límites en sus servicios, salvo que siempre lo hacía con preservativo y que nunca ejercía de sumisa.

—De ama sí que hago... Y les doy unas hostias a algunos que se relamen de gusto —decía riendo.

Elisa siempre me trataba con cariño. Y cada vez más. Alguna vez, fantaseé con que no me cobrase, pero siempre me pedía sus cinco mil antes de marcharme.

Eso sí, al final llegué casi a conocerla bien. Poco a poco yo iba aplicando fuera lo que ella me enseñaba, pero también ponía en práctica con ella lo que iba aprendiendo con otras. Un día la toqué durante un buen rato y se excitó de verdad. Llegó a estar muy mojada y se estremeció cuando le metí dos dedos. Por un momento llegué a controlar la situación con Elisa que, era cierto, me estaba enseñando el camino con su respiración.

—¡Qué cabrón! ¡Mi niño! —exclamaba con aprobación lo que yo le hacía—. ¡Joder!

Aquella vez fue la primera que me sentí poderoso sexualmente. Estaba haciendo disfrutar nada menos que a Elisa, que decidió tomar la iniciativa. Me tumbó sobre la cama, me cogió la polla y se la metió sentándose encima de mí. Apoyó sus manos en mi pecho y se movió a su antojo. Suena ridículo, pero en aquel momento me sentí mayor, grande, importante. Siguió moviéndose y se corrió gritando «¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!», tres o cuatro veces antes de tumbarse sobre mí.

Creo que me llegué a enganchar a Elisa como me enganché a muchas más mujeres después de dejar de verla. Sé que a veces mi relación con el sexo no ha sido sana, incluso me ha generado problemas, y me los sigue generando, pero en una época de mi vida las mujeres eran mi única relación con el éxito. Con ellas llegué a sentirme valioso, lo que hacía estaba bien y siempre querían volver a verme. Era aceptado y querido y deseado por ellas. El sexo era el único lugar donde las cosas me salían bien. En eso no necesitaba a ningún hermano, ni a nadie que me salvara del fracaso.

Tardé algunas semanas en contarle a mi padre que estaba trabajando en el periódico porque me daba vergüenza que finalmente no me saliera aquella aventura como periodista. Influyó que cuando le hablé de la idea que tenía no reaccionó demasiado bien. Es verdad que lo que yo pretendía era descabellado y hoy, cuando recuerdo aquello que hice, pienso que había una posibilidad entre mil de que saliera bien... Después de que me echaran del trabajo, mi padre volvió a la carga para que retomara los estudios de todas las maneras posibles. Matriculándome en un instituto o a distancia o en alguna academia que me permitiera examinarme y sacarme como mínimo el bachillerato. Para mi padre los estudios eran una obsesión y la única esperanza de tener una buena vida. Él empezó siendo botones con trece años y se jubiló en la misma empresa en la que prosperó gracias a estudiar después de que nacíéramos sus tres hijos. Hizo el bachillerato después de los treinta años y se matriculó en

empresariales, donde acabó algunos cursos hasta que no pudo más muy pasados los cuarenta. No debió de ser feliz trabajando y no quería para nosotros una vida como la suya. Hasta ahí, creo que como la mayoría de padres de aquella generación que deseaban ver a sus hijos donde ellos no pudieron estar. Nada raro...

—He pensado escribir sobre toros en algún periódico —le dije, ilusionado.

—¿Y por qué te van a coger a ti en un periódico para escribir sobre toros?

—No sé, por lo menos lo voy a intentar...

—Eso que estás diciendo es una estupidez, no sé si lo sabes. —Supongo que mi proyecto no se sustentaba en otra cosa que la ilusión, así que no supe contradecirle—. Claudio —continuó contundente—, yo lo que haría es volver a estudiar y dejarme de gilipollices que no te van a llevar a ninguna parte.

Y mi padre tenía razón, pero se equivocó...

\* \* \*

No tenía nada, ni siquiera algo que perder. Me gustaban los toros y solía ir a Las Ventas los domingos a la andanada más barata, luego leía las crónicas de la corrida que se publicaban en los diarios y veía semanalmente el programa taurino que había en Televisión Española. Eso era todo. No conocía a ningún

periodista de ningún ámbito y tampoco a nadie que se dedicase profesionalmente al mundo de los toros. Un lunes me fui a un kiosco y compré los seis diarios que se editaban en Madrid. Apunté el teléfono que venía en la contraportada, después abrí por la página de toros y anotaba el nombre de la persona que había firmado la crónica del día anterior en la feria de Valdemorillo, que era la primera del año. Uno a uno fui llamando a los seis.

—*¡El Independiente, dígame!*

—¡Hola, buenos días! Quería hablar con Antonio Moreno, el crítico taurino.

—Sí, ¿de parte de quién?

—Mi nombre es Claudio Valcárcel, pero él no me conoce. Soy un estudiante de periodismo y quería comentarle una cosa...

Y se pusieron los seis. Y no todos, pero la mayoría atendieron con respeto lo que les contaba...

—... Soy estudiante de segundo de periodismo y me gustaría conocer cómo se trabaja en un periódico, mientras lo compagino con la universidad... Y como me gustan los toros y, si me permite que se lo diga, a usted le admiro mucho, me gustaría aprender de usted y si es posible ayudarle redactando algunas noticias...

A todos les soltaba el mismo discurso y a todos les decía que los admiraba especialmente. Y sí, tres de ellos me citaron esa misma semana en cada una de sus redacciones para conocerme. No me lo podía creer, pero

estaba sucediendo... Estaba comenzando en ese momento la temporada taurina y al parecer no les vendría mal algún redactor joven, y allí estaba yo ofreciéndome...

Puede que fuera suerte o el destino o valentía por mi parte o necesidad por la suya, pero mi vida estaba a punto de cambiar y estaba siendo consciente de ello...

—¡Muchas gracias por recibirme, don Antonio!

—Llámame Antonio, mejor.

\* \* \*

La sección taurina pertenecía a la de cultura. Hoy todavía sigue siendo así, pero en aquellos años los toros no eran un espectáculo tan polémico como lo son ahora. Había antitaurinos, pero era ése un movimiento residual. Actores, escritores, gente guapa se peleaban por ir a Las Ventas en San Isidro, donde había que tener contactos para conseguir entradas. Cuánto ha cambiado todo, ahora los famosos se esconden si van a los toros y la mayoría prefieren no ir para que no los acribillen en las redes sociales. En esta época es casi un estigma social ser aficionado a los toros, pero en el año noventa el toreo era un espectáculo boyante y el taurino un género periodístico como cualquier otro...

—¿Y qué tal llevas la carrera?

—Muy bien. La verdad es que me gusta mucho y de momento he aprobado todo. Por las mañanas voy a clase,

así que tengo las tardes libres...

—Espero que si empiezas a colaborar aquí no te afecte a los estudios.

—Seguro que no.

Ya me advirtió de que, si me quedaba, no me podían hacer contrato de momento y que sólo se me pagarían las piezas publicadas. Como si eso fuese un problema... Aquel hombre, al que yo estaba mintiendo, me estaba hablando de la posibilidad de publicar en un diario de tirada nacional y yo estaba siendo capaz de mantener la conversación sin la necesidad de confesar que estaba mintiendo. Y es que yo no creía que aquello fuese mentira. Lo de los estudios, sí, pero mis ganas no. Mi deseo de que algo me saliera bien por fin era una enorme verdad. Mi necesidad de demostrarme que mi único lugar no estaba manejando una carretilla repleta de hormigón no era mentira. La emoción que sentía en ese momento era tan cierta que era imposible no transmitirla...

—El domingo empieza la temporada en Las Ventas y torea Pepín Fernández. Estaría bien hacerle una entrevista para el previo...

Ésa fue la propuesta de Antonio Moreno, que yo acepté sin dudar, con una seguridad un tanto inconsciente.

—Toma el teléfono del apoderado y dile que trabajas en *El Independiente* conmigo...

Antonio Moreno tenía prisa, así que me dijo que nos veíamos al día siguiente otra vez en la redacción.

—Si hablas con Pepín, redacta la entrevista y vemos a ver qué es lo que os enseñan ahora en la facultad...

Conseguí el teléfono de aquel torero y preparé a conciencia la entrevista. Me hice una lista de unas veinte preguntas sobre el previo de la corrida. Ilusiones, objetivos, los compañeros de cartel, la ganadería, el resto de temporada... Esperé a quedarme solo en casa para llamar por teléfono a Pepín Fernández, un torero modesto de Murcia, con los mismos nervios que si hoy tuviera que entrevistar para la CNN al presidente de los Estados Unidos...

—¿Qué tal fue la entrevista con Pepín? —me preguntó Antonio Moreno al día siguiente nada más llegar al periódico.

—Muy bien, ya la tengo redactada.

—¿Dónde? —me preguntó con extrañeza.

—Aquí —contesté enseñándole un par de folios doblados escritos por las dos caras.

Me miró con compasión, me acompañó hasta una mesa que quedaba libre y encendió un ordenador.

—Transcríbela aquí... y no te pases de cincuenta líneas.

Aquellos ordenadores tenían el fondo de la pantalla negro y las letras eran naranjas, casi siento que estoy golpeando aquellas teclas en este instante. De una en una, lentamente. Ésa era la primera vez en mi vida que me sentaba delante de un ordenador y no tenía ni idea de



dónde estaban las letras y el porqué de aquel orden tan extraño.

—Lo primero, la firma en mayúscula —me indicó Antonio desde su mesa.

Y yo busqué la C y la golpeé con mi dedo índice de la mano derecha y después la L y después la A y después la U... Tardaría unos tres minutos en escribir CLAUDIO VALCÁRCEL. Y después tecleé la entrevista entera entre ilusión, sudor y vergüenza por mi torpeza.

—Yo es que siempre escribo a mano —me justifiqué.

—Ya, pero con ese ritmo no se puede hacer nada —dijo Antonio Moreno con indisimulada desesperación.

Daba igual, no me iba a dejar vencer. No sé por qué lo sabía, pero lo sabía. Aquella oportunidad que me había inventado no se me iba a escapar. Nunca he estado tan seguro de algo, aunque ahora, pasados los años, no sé de dónde saqué tanta fuerza, tanta voluntad y tanta determinación.

—¡Está muy bien! —me reconoció Antonio cuando terminó de leerla en la misma pantalla donde la escribí.

—¡Gracias!

—La metemos el domingo.

Tal cual. El siguiente domingo iba a publicar como periodista una entrevista e iba a aparecer mi nombre en el periódico. En ese momento me pareció que había llegado más lejos de lo que jamás podría haber imaginado. Claro que era una entrevista corta a un torero modesto en una

página par, que decían que eran las menos leídas, pero éstos eran detalles sin importancia.

Al día siguiente me fui a casa de mi abuelo y le pedí prestada su máquina de escribir. Me dirigí luego a la facultad de periodismo para enterarme de las asignaturas que se daban en segundo de carrera y del nombre de algunos profesores, no fuera a ser que saliera el tema en algún momento, y me compré en El Corte Inglés un libro de redacción periodística... Y me puse a teclear páginas completas de aquel libro a medida que me lo iba estudiando. Así me pasé días enteros hasta que logré cierta soltura en el teclado con mis dos dedos índices. A aquella primera entrevista con Pepín Fernández le siguieron otras, a otros toreros y ganaderos. Redacté algunas noticias breves, seleccionaba los teletipos y aprendí cómo se construía una página en maquetación. Llegaba al periódico después de comer y me iba después del cierre de madrugada, aunque la página de toros se cerrase horas antes o incluso cuando no había página de toros. No tardé mucho en ser uno más en el periódico, el chico de toros era yo, y además lo hacía bien.

—¡Mira! —le dije a mi padre, enseñándole los recortes de los primeros artículos que publiqué en *El Independiente*.

—¡Y esto! —se sorprendió como el que ve ante sus ojos un milagro.

—Estoy trabajando en *El Independiente* desde hace

algunas semanas...

—¿Y cuánto te pagan? —preguntó mientras miraba, todavía incrédulo, los recortes.

—Dos mil pesetas por cada uno que publico. No es mucho, pero bueno...

—¿Y hasta cuándo vas a estar ahí?

—No lo sé. Espero que mucho tiempo.

—Pero tú no eres periodista.

—Ya, pero lo hago bien. De verdad, puedes leer los recortes...

Sé que se alegró por mí y seguramente se sintió orgulloso, aunque no me lo dijera. Es posible que la sorpresa de la noticia que le estaba dando no le dejara reaccionar de otra manera.

—Está bien, pero si no tienes el título, te acabarán echando.

Soy un yonqui de la alegría. La necesito para que mi vida tenga sentido, para poder hacer cosas que merezcan la pena. Nunca me he desenvuelto muy bien en la tristeza, en la pesadumbre. Ni siquiera cuando tenía motivos. No sé si tiene esto algo de científico, pero creo que me volví loco por ser incapaz de tolerar la tristeza, por el pánico que me daba estar triste. Todavía me resulta extraño escribir que yo estuve loco porque no existe ninguna prueba irrefutable para saber si lo estuve o no. Nadie sabe definir con precisión lo que es un loco y los grados de la locura son muy poco objetivos. Hay informes que determinan que algo no está bien y diagnósticos que le ponen a cada cosa un nombre. Neurosis, narcisismo, depresión... Nunca me interesé por los nombres de todas las cosas que me pasaban, pero una vez leí el informe donde los psiquiatras le ponían nombre a mi dolor. Se decía en ese papel que yo tenía, entre otras cosas, personalidad con rasgos esquizoides. Es de lo que más me

acuerdo. De eso y de que tenía dificultades para dar respuestas sociales coherentes, algo que se determinó después de algunos test psicológicos... No estaba loco, o sí. Qué más da.

Recuerdo una enorme presión en el estómago durante muchos años; recuerdo asimismo que a partir de los catorce o quince años no podía estar con la gente de manera normal. Sentía pánico en casi todas las situaciones. No podía comer en una mesa si había más de tres personas. Me ponía nervioso, me sudaban las manos, tenía que levantarme constantemente buscando cualquier excusa. A veces, incluso con mi propia familia. Cuando había celebraciones como una boda, un cumpleaños o una comunión, era para mí un suplicio. No sé por qué y de qué, pero me moría de miedo cuando estaba con gente. Y como había que justificar aquel comportamiento, fui construyendo un personaje que mostraba poco interés por los demás, al que casi todo el mundo le parecía imbécil y muy pocos le caían bien. Y no era verdad, juro que no lo era. A mí me gustaba la gente, quería estar con la gente. Había veces que ese pánico desaparecía, de pronto, sin saber por qué, y la presión en el estómago me daba una tregua y podía hablar con normalidad y reír y escuchar a los demás sin miedo a nada. Yo quería estar bien, pero no podía. Era doloroso. Y agotador.

—Si fueras mi hijo, te recomendaría que te trataras.  
—Cosme se refería a comenzar una psicoterapia

continuada dos veces por semana—. A lo mejor — continuó— no tienes por qué volver a tener ninguna crisis como las que has tenido, pero existe el riesgo de que todo se desmorone.

—¿Qué tengo? —le pregunté.

—No es sencillo responder a eso...

Cosme pasaba consulta en el barrio de Chamartín en un piso grande que tenía en unas torres muy altas marrones cuyo salón daba a la M-30. Tenía una mesa de despacho con dos sillas, en las que estábamos hablando, y una biblioteca llena de libros y muchos más libros que se esparcían por el salón de una manera caótica. Más cerca de la ventana tenía un sillón de cuero en la cabecera de un diván, en el que yo todavía no me había sentado.

—Ven conmigo —me dijo de repente, levantándose de la silla. Le seguí hasta la ventana y descorrió las cortinas—. ¿Qué ves? —me preguntó.

—¿Cómo que qué veo?

—Sí, dime lo que ves ahí abajo...

—¡Coche! —respondí un poco dubitativo.

—¡Coche! ¡Muy bien! ¿Pero qué ves? —insistió.

—¡Camiones...! ¡Y una moto! Allí va una moto.

—¡Cierto! —corroboró—. ¿Y todo eso qué es?

—No sé... —dudé—. El asfalto y el puente...

—¡Muy bien! ¿Pero qué es el conjunto de lo que ves?

Me pasé un buen rato dando detalles sobre los coches y sobre algunos camiones cuya carga intentaba adivinar e

incluso dónde iban algunas personas que cruzaban el puente hasta el otro extremo...

—¡Claudio, lo que hay delante de ti es la M-30! —sentenció.

La primera respuesta de cualquier persona delante de la M-30 cuando le preguntan lo que está viendo hubiera sido la M-30. Es una obviedad indiscutible, como todas las obviedades.

Tardé mucho en entender aquel ejemplo, del que hablamos muchas veces después en la consulta: aquella ventana daba a la M-30 y era imposible no verla... pero yo no la veía.

\* \* \*

Es difícil determinar qué día dejaste de estar loco, qué día te curaste, qué día dejaste de sufrir sin motivo. Fueron muchos años de psicoanálisis, de reconciliación conmigo mismo. No se sabe el día concreto porque no hay una nada más, pero de repente, casi sin darte cuenta, empiezas a vivir sin miedo.

—¡El mundo es maravilloso! —le dije a Cosme nada más entrar en la consulta.

—¿Qué ha pasado?

—Vengo conduciendo. Estoy feliz, venía cantando en el coche... —Cosme me dejó hablar como era su costumbre—. La vida es un lugar maravilloso —insistí

para enfatizar lo que quería decir—. He descubierto que el mundo funciona de puta madre.

—¿Y eso? —preguntó sonriente.

—Vas a pensar que estoy loco...

—¡Estás tumbado en un diván y yo soy tu psiquiatra! —me interrumpió, bromeando.

—¿Te acuerdas de cuando me preguntaste hace años lo que veía por la ventana? —le dije, señalándola.

—Sí, me lo recuerdas muchas veces.

—¡La M-30 es fascinante!

—¿Estás bromeando? —me preguntó, confuso.

—En absoluto. Unos van en una dirección y los otros en otra. Nadie va en sentido contrario. Aunque haya atasco en una de las dos direcciones, nadie se mete en dirección contraria por mucha prisa que lleve... —Como su sillón estaba detrás de mi diván, no podía verle la cara, pero supongo que sería de cierta preocupación al comprobar que su paciente estaba desvariando. Yo continué—: Ayer iba andando por la calle y reparé en eso cuando tenía que cruzar. Los coches pararon porque se les puso el semáforo en rojo y dejaron paso a otros coches que venían por la calle perpendicular que arrancaron cuando se puso su semáforo en verde... Y me fijé en que los peatones cruzábamos por el semáforo sin peligro y que la gente esperaba el autobús en fila, sin que se colase el más fuerte...

—¡Sigue! —me pidió Cosme.



—Si te asomas por esa ventana, verás algo maravilloso... Claro que hay gente que va en dirección contraria o se salta los semáforos, pero son una excepción. Todo funciona bien, los coches no chocan entre sí y cuando lo hacen es un accidente. Las personas, casi siempre, se respetan unas a otras.

—Claro, eso es lo normal.

—Lo normal es que nadie quiere agredirte ni hacerte daño. A mí me parece extraordinario.

Casi todas las mujeres llevan bragas negras en la primera cita. Me refiero en la primera cita en la que están casi seguras de que se las vas a ver, cuando se queda con la intención de terminar la noche en una cama. Suele ser una constante, aunque hay algunas excepciones de bragas de otros colores, como granate, verde o azul, pero casi siempre oscuras. Si luego quedas más veces con esa mujer, suele ampliar su repertorio a colores más claros como el rosa palo, el azul cielo o incluso el blanco, aunque éste es más raro. A mí me gustan mucho las bragas baratas. Las de algodón, las que no se ponen para enseñar, las normales, las de *packs* de tres, las que se utilizan para dormir... ésas me ponen cachondísimo. También me gustan las bragas caras, las más sofisticadas, los encajes y las transparencias, pero no son siempre mis preferidas. Creo que uno de los momentos más excitantes de una relación sexual es quitarle las bragas a una mujer. Y especialmente quitárselas cuando está de pie, cuando

metes los dedos por la cintura y las bajas hasta que pasan las caderas y luego caen solas hasta los pies. Me encanta que las bragas se queden en el suelo y me fascina ver a una mujer buscarlas después de terminar.

Los sujetadores me dan más igual, no me fijo tanto. No me gustan las tetas grandes y, puestos a elegir extremos, prefiero las muy pequeñas a las muy grandes. Será porque las tetas no son mi parte preferida de una mujer. Es más, tengo que reconocer que a veces se me olvida que están ahí, a pesar de que tocándolas bien hay mujeres que se excitan muchísimo. Si ella está arriba y yo tumbado, me gusta tocarlas y si se sienta encima de mí, me gusta buscárselas con la boca mientras se mueve conmigo dentro. Me encanta el culo, los muslos, el vientre y el pubis de las mujeres. Y me gustan los defectos... La carne suelta, la piel sin una tersura total, los culos no demasiado duros. Debe de ser que me voy haciendo mayor y es una suerte que los gustos vayan evolucionando según las posibilidades. No es que ya no pueda estar con mujeres de cuerpos espléndidos, mucho más jóvenes que yo, que a veces algunas todavía se muestran dispuestas, sino que mi forma de mirar ya no es la misma. Hay mujeres que se cuidan para gustarse y mujeres que quieren estar buenas para competir con otras mujeres. Siempre huyo de estas últimas. Las mujeres más libres son las que se aceptan desnudas frente al espejo.

Amalia es la mujer más mayor con la que he estado.

No sé su edad exacta, pero estará muy cerca de sesenta. La conocí en Sevilla una noche en la que mi plan era otra mujer. Amalia es una directiva del Banco del Sur que estaba en un grupo de compañeras de trabajo de María Jesús, la chica con la que yo había quedado de manera furtiva ese viernes en Sevilla. María Jesús es una periodista con la que me lle hace muchos años y cuyo contacto había retomado tres o cuatro veces en el último año en una habitación que se alquila por horas en la calle Goya. Desde hace algunos años lleva desde Madrid la comunicación del Banco del Sur, del que Amalia es una destacada directiva. El plan era coincidir en un bar concreto de la calle Betis y hacernos los encontradizos, María Jesús con sus compañeras, y yo con Luis Alfonso, un viejo amigo sevillano con el que de vez en cuando quedo allí para hablar de toros, de música, de Nueva York, de otros tiempos, de futuro, de mujeres y de sexo. Horas para charlar de todas nuestras pasiones comunes.

Aparecimos en el bar de la calle Betis y, después de mostrar nuestra sorpresa por la casualidad del encuentro, nos pedimos unos *gin-tonics* para celebrarlo. Amalia le sacaba unos veinte años al resto, pero de espaldas nadie lo hubiera dicho. De cara su edad se hacía evidente por unas arrugas que exhibía sin complejos. Conectamos nada más vernos, sin la más mínima expectativa sexual por parte de ninguno de los dos. Nos reímos mucho al principio analizando al resto del grupo y más tarde a todos los

habitantes del bar. Sé que le gusté y muy poco después de darme cuenta de eso me empezó a gustar ella a mí. Y la conversación tomó otra dirección, nos provocamos, nos divertimos, nos excitamos. Era inteligente y su conversación exigía recursos. Me contó que llevaba separada veinte años del padre de su hijo y que hacía un año que había roto con su última pareja. Hablamos de sexo y nos contamos secretos. Ella a mí muchos más y más interesantes, como que no había tenido orgasmos hasta después de separarse, con casi cuarenta, que había tenido una relación muy apasionada con un taxista, que fue con quien realmente descubrió el sexo, y que desde hacía más de un año no tenía otra relación con el sexo más que con un vibrador, que me describió con detalle y naturalidad.

—Según está el mercado —me dijo—, es la mejor opción.

Esa noche acabé en mi hotel con María Jesús, que al día siguiente se marchó pronto para coger el Ave hacia Madrid, donde la esperaban su marido y sus hijos.

—¿Cuándo nos vemos? —le pregunté al despedirnos.

—¿A ti te apetece volver a verme?

—¡Claro! ¿Por qué me preguntas eso?

—Desde luego anoche no lo parecía. Yo diría que estabas pensando en otra.

\* \* \*

Esa frase de María Jesús fue la primera que le conté a Amalia cuando quedamos para vernos en Madrid.

—Y era verdad, porque estaba pensando en ti —le confesé.

—Tranquilo, María Jesús nunca imaginaría que tú y yo pudiéramos estar juntos.

—¿Por qué?

—Ella cree que soy demasiado mayor para ti.

—Menuda tontería. Tú estás estupenda.

—Te voy a pedir un favor... —me cortó contundente.

Se tomó lo que le quedaba de su copa de vino blanco, se metió las manos por detrás de su nuca para colocarse en su sitio la melena y continuó.

—¡No me consueles!

—¿Qué quieres decir? —pregunté sorprendido.

—Estoy nerviosa, insegura... —se echó más vino—, me siento mayor para ti, tengo que admitirlo. Así que lo último que necesito es que seas condescendiente conmigo.

—Yo estoy aquí porque quiero. He sido yo el que te he llamado... ¿Qué te preocupa?

—Que no te guste lo que hay debajo de mi ropa. Estarás acostumbrado a estar con mujeres mucho más jóvenes...

Eso era verdad, pero en ese momento no habría cambiado a Amalia por ninguna mujer. No se lo dije para que no pensara que era una manera de «consolarla», como

ella decía, pero me moría de ganas de estar con ella.

Estaba alojada en el hotel Miguel Ángel. No sólo ganaba bastante dinero, sino que venía de buena familia. Era una señora de exquisitas formas y andaba con una naturalidad pasmosa encima de un zapato de tacón de aguja de doce centímetros... Era de día, así que era imposible dejar la habitación completamente a oscuras como ella pretendía. Iba vestida de negro. Pantalones de pinzas y jersey de cuello vuelto. Nos desnudamos de pie mientras nos besábamos. Me ayudó a quitarle el jersey mientras yo me desabrochaba la camisa. Estaba tensa al principio, pero poco a poco se fue relajando, ella misma se desabrochó el sujetador y dejó su pecho al aire. Le desabroché el pantalón, le bajé la cremallera y vi sus bragas. Eran claritas, de color rosa muy pálido. Le bajé sus pantalones y me quité los míos. La acaricié despacio. Me tomé mi tiempo para meter la mano en sus bragas y bajárselas lo suficiente para que cayeran al suelo, donde se quedaron.

—¿Te gusto? —me preguntó desnuda frente a mí.

Le cogí su mano y se la acerqué hasta mi polla, que estaba dura como cuando está a punto de estallar.

—¿Tienes dudas ahora de que me gustas?

Amalia me tumbó en la cama y con su boca se ocupó de mí, entero. Intenté tomar alguna iniciativa pero no me dejó. Se mantuvo arriba moviéndose el tiempo que necesitó hasta correrse. Después volvió a comerme hasta

que yo terminé. Fue al servicio y yo la esperé desnudo en la cama. Cuando volvió, buscó sus bragas rosa clarito entre el resto de la ropa y se las puso lentamente a los pies de la cama. Amalia es una de las mujeres más bellas con las que he estado.



Fue una sorpresa cuando me llamaron para encargarme la biografía de Alejandra Brunis. Hasta ese momento había escrito en periódicos y distintas revistas, pero enfrentarme a escribir un libro era otra cosa. La propuesta me la hizo Marisa Alcántara, una compañera que había trabajado conmigo y que había dejado hacía algunos años el periodismo taurino para irse a una editorial de la que en la actualidad era la responsable del departamento de «no ficción», es decir, la que se ocupa de los libros que no son novelas. Alejandra Brunis era una estrella desde hace años, que además en ese momento volvía a estar muy de moda porque se había convertido en la absoluta protagonista de un programa donde se buscaban talentos musicales. Su participación como jurado en ese programa de enorme éxito la había vuelto a colocar en primera fila. Quedé con Marisa Alcántara para que me contara el proyecto. Era la primera vez que entraba en una editorial y el primer contacto que tenía con

los libros. Marisa me dijo que había pensado en mí por mi forma de escribir, que era perfecta para lo que buscaban.

—Es casi igual que escribir un reportaje, aunque mucho más largo —me explicó.

Habían llegado ya a un acuerdo con Alejandra Brunis y con su discográfica y lo único que faltaba era el escritor. La editorial me iba a proponer a mí, si yo aceptaba las condiciones.

—Marisa, me hace muchísima ilusión —le reconocí—. Así que no te preocupes por el dinero.

Me dijo la cifra y me resultó irrisoria. Efectivamente, era sólo un poco más de lo que se pagaba en una revista por un buen reportaje. Me dio igual. Yo quería publicar, así que acepté sin negociar.

—La otra cosa —me comentó— es que hay que llegar para que la biografía se pueda publicar de cara a Navidad, que es cuando se venden más libros. Así que tiene que estar escrita dentro de dos meses.

Me iba a resultar difícil porque en ese momento tenía bastante trabajo, pero me hacía tanta ilusión que también acepté.

—No te preocupes, llegaré a tiempo. Tengo que conocer a Alejandra Brunis para empezar lo antes posible.

—Es muy maja —me contó Marisa— y le apetece mucho contar su vida en un libro. Así que colaborará sin problema.

—Pues organiza una cita lo antes posible...

—Una cosa más, Claudio, la biografía tiene que estar escrita en primera persona.

—¿En primera persona? —me sorprendí.

—Claro, ella es la protagonista.

—Pero va a resultar un poco raro que yo escriba en primera persona la vida de una mujer.

—Es que tú la escribes, pero tu nombre no aparece en la portada.

Marisa me contó que ésa era una práctica habitual. No es relevante el nombre de quien lo escriba. Era un libro ideal para regalar a los fans de Alejandra Brunis, que estaba tan de moda.

Yo no creo especialmente en el destino, pero sé que hay decisiones capaces de cambiarlo. Valoré que los dos próximos meses tenía que dedicar muchísimo tiempo a escribir esa biografía con todo el trabajo que tenía. Además, económicamente tampoco compensaba y para colmo ni siquiera iba a aparecer mi nombre. No había ninguna duda de que había que decir que no, pero tuve el presentimiento de que aceptar aquella propuesta me iba a cambiar la vida.

Los primeros años con Silvia fueron los mejores. Cuesta definir lo que es amor, por lo menos a mí. Creo que el amor es el sentimiento que más se confunde con otros, pero pasados los años no me equivoco afirmando que quise muchísimo a Silvia.

Dos días después de nuestro encuentro en el asiento trasero de mi coche, le propuse tomar algo en algún bar apartado del periódico.

—¡Vamos al Archy, si quieres! —me contestó.

—¿No te importa que te vean?

—¿Por qué me iba a importar?

—Por tu novio —dije dudando.

—Le he dejado.

—No lo sabía... Lo siento.

—¿Lo sientes? —preguntó sonriendo.

—Es lo que hay que decir en estos casos, ¿no? —contesté, riendo yo también.

—Si no lo hubiera dejado, no habría estado contigo.

No soporto la infidelidad.

Silvia llevaba en Madrid apenas un año. Había venido junto con sus hermanas y su madre desde su pueblo asturiano, de donde se alejaban huyendo de una vida con menos oportunidades. El padre de Silvia era pescador y ella era la mayor de tres hermanas. Una mañana, cuando estaba en el instituto, la avisaron para que fuese urgentemente a su casa. Al llegar se encontró la casa de su pueblo repleta de gente que la consolaba antes de que supiera lo que había ocurrido. Su hermana pequeña era todavía un bebé que no paraba de llorar en la cuna y a su otra hermana, de cinco años, se la había llevado su abuela. Su madre estaba desencajada en medio de los vecinos que se agolpaban entre el pasillo y el salón de su casa. Su madre no podía hablar por el llanto y fue un tío suyo quien le dio la noticia.

—Han encontrado ahogado a tu padre esta mañana.

Todo se partió en esa casa a la misma vez que el casco de la barca que se golpeó contra unas rocas a consecuencia del temporal. Su madre quedó deshecha durante demasiado tiempo y Silvia, con quince años, se tuvo que hacer mayor de un día para otro. Ella y yo nos encontramos porque así tenía que ser. Pasa casi siempre, la mayoría de relaciones son fruto de una necesidad. A menudo parecen la misma cosa amor y necesidad y no es fácil distinguir dónde acaba uno y empieza la otra. Los dos veníamos de un sitio que queríamos dejar atrás para

alcanzar otro más luminoso. Ambos huíamos de nuestra pena, de nuestra vida con poco espacio para la alegría, y estábamos ansiosos por descubrir que todo lo que nos iba a suceder tenía que ser mejor que lo anterior. Nos reíamos mucho, nos gustaba estar juntos, nos enamoramos.

Se cerró *El Independiente*, pero los dos encontramos trabajo muy pronto. A mí me llamaron de Radio Nacional y casi al mismo tiempo de una revista taurina para trabajar por las mañanas. Además, empecé a hacer reportajes y entrevistas escritas para dos revistas no taurinas. De esa manera, tenía la oportunidad de conocer a otros personajes que no tuvieran nada que ver con el mundo de los toros. Ella encontró otro trabajo de recepcionista en las oficinas de una marca deportiva. Todo marchaba.

—¿Y si nos casamos?

—¿Me lo estás pidiendo?

—Sí.

—Pues pídemelo bien.

—¿Te quieres casar conmigo?

—Sí, quiero.

Yo tenía veinticuatro años y ella uno menos. Yo seguía en psicoterapia, pero todo parecía bajo control; a ella le gustaba su trabajo y además quería matricularse para hacer bellas artes por las tardes. Su familia se iba recuperando del drama, su madre había conocido a un grupo de amigas con las que se había apuntado los viernes a bailes de salón y sus hermanas pequeñas crecían sin ser

conscientes de la ausencia de su padre.

Nos casamos en los Jerónimos una mañana del mes de diciembre porque era la única hora disponible en esa iglesia tan importante y gracias a que mis padres conocían a alguien que nos hizo un hueco.

—¡Es la iglesia donde se casan los reyes! —decía mi madre orgullosa.

A la boda fueron los que tenían que ir, como a todas las bodas. Familia, amigos, compañeros... De todas formas, habíamos previsto que fuera más gente que por la hora o por la fecha, tan cerca de navidad, falló y el salón donde lo celebramos estaba algo desangelado. Había mesas enteras libres y algunas llenas sólo a la mitad. Se notaba un ligero eco en el local y se oía en primer plano el ruido de los cubiertos cortando los entremeses.

Quienes no faltaron fueron Arancha, Mar y Minerva. Las dos primeras, compañeras mías, una de la radio y otra de la revista, y Minerva, compañera de trabajo de Silvia. Con las tres me había acostado, aunque las tres pensaban que había sido con ella con la única que había sido infiel a Silvia.

Mi madre me dijo una vez que yo tenía una tendencia natural a estropear las cosas. Me lo soltó un día en el que estaba enfadada, pero es posible que llevase razón. Silvia y yo estábamos bien juntos, ella seguramente con menos expectativas y yo con ganas de comerme la vida. En la revista mensual en la que escribía entrevisté a modelos,

cantantes, escritoras, actrices, presentadoras y una vez a una pintora de éxito llamada Julia Ferrer. Y si me gustaban, intentaba conquistarlas, quedar de nuevo y acostarme con ellas. Y como periodista taurino, mi trabajo era también viajar a las distintas ferias en las que había toros. Valencia, Castellón, Sevilla, Córdoba, Santander, Bilbao, Málaga, Zaragoza... Desde marzo hasta octubre salía de casa casi una semana por mes a visitar ciudades en fiestas, con el hotel pagado, con poco trabajo que hacer, con dinero y con contactos en cada ciudad. Fueron años en los que no renuncié a nada y menos que a nada, a las mujeres...

Estaba viviendo, me estaba divirtiendo, me gustaba lo que hacía y había perdido el miedo. Qué lejos el hormigón, la tierra, las carretillas, la lluvia en la obra, el barro. A la vida empezaba a pedirle todo lo que me podía ofrecer. Silvia vivía ajena a esa vida y yo no tenía ningún cargo de conciencia. Era capaz de darle lo que ella quería y cuando estábamos juntos, estábamos bien.

—¡Quiero ser madre!

—¡Sí, qué ilusión!

Me apetecía tener un hijo. Y yo sí que lo educaría bien. Además, tener un niño sería la mejor forma de demostrar que lo había dejado de ser yo. Por qué no buscarlo y formar una familia.

\* \* \*



Una chica morena se vino conmigo a la habitación del hotel después de tomarnos unas copas en la feria de Albacete. Yo llevaba allí cuatro días cubriendo las corridas para la revista y desde el día anterior que me la presentaron estaba intentando que subiera conmigo a la habitación. Siempre era el mismo juego, alguien te presentaba a una chica que estaba en algún grupo, la mayoría de las veces de feria, siempre contentas en esos días de fiestas en los que en cada ciudad todo el mundo parece desinhibirse.

—¿Qué haces en Albacete? —me preguntó la chica morena.

—He venido a la feria.

—¿Y te gusta?

—Mucho, es muy divertida.

—A mí me encanta, si no fuera por los toros —me dijo, elevando el tono.

—¿No te gustan los toros? —pregunté.

—Los odio.

—Yo también. A ver cuándo se acaba ese espectáculo de salvajes.

—Bueno, ¿y tú a qué te dedicas?

—Abogado, soy abogado.

—¡Qué interesante! ¿Y tienes novia?

—No. Vivo con dos perros. Los adopté de una perrera cuando estaban a punto de sacrificarlos... Son mi familia.

Adoro los animales.

Qué más daba lo que le contase si lo más probable era que no la volviera a ver. Me encantaba la sensación de conquistar, era divertido. Durante el juego que establecía con las chicas había momentos en los que parecía que no iba a conseguir acabar la noche con ellas, después se reconducía la situación, algunas dudaban y en la duda yo me lo pasaba de maravilla. A veces se marchaban y a veces se quedaban, pero nunca estaba seguro hasta que no estaban dentro del ascensor del hotel. Ese momento en el que se cerraban las puertas, le daba al botón del piso en el que estaba y nos besábamos era uno de mis preferidos. Me divertía, hacía lo que me daba la gana.

—¡Disculpe, tiene usted la visita de Silvia Sánchez!  
—me dijo el recepcionista nada más descolgué el teléfono.

—¡Hostia! —grité a la chica morena—. Vete de aquí echando leches.

—¿Qué pasa?

—Mi mujer está en la recepción.

—Todos sois iguales, maldito hijo de puta.

Me insultó hasta el límite, pero se portó bien. Recogió su ropa y se marchó de la habitación a toda prisa. Respiré hondo y fui a abrir cuando llamó Silvia.

—¿Por qué me haces esto? —me reprochó desde el umbral de la puerta.

Y rompió a llorar en cuanto terminó la frase.

Pasó a la habitación y se sentó en una silla delante de la cama deshecha.

—La he visto salir de la habitación —afirmó, antes de que yo hiciera el ridículo negándolo.

—¡Lo siento!

—¡Claudio, estamos buscando un hijo! —me dijo con la cara escondida tras sus manos.

En ese momento tuve la tentación de enfadarme con ella por haber venido a mi hotel sin avisar, pero no tuve valor para reprocharle nada.

\* \* \*

A veces parece lo contrario, pero estamos mejor educados para sufrir que para admitir que podemos hacer daño a los demás. En mi juego con las otras mujeres no tuve jamás conciencia de estar haciendo nada mal, pero contemplar delante de mí el sufrimiento que había ocasionado me provocó una tristeza angustiosa. En ese momento me hubiera cambiado por ella sin dudarlo, aunque, por supuesto, tampoco se me ocurrió decirlo.

Nos llevó muchos meses reponernos de aquello, meses en los que dejamos de plantearnos lo de ser padres, entre otras cosas, porque Silvia tardó una eternidad en dejarme volver a tocarla. Cada uno dormía en una habitación y nos comunicábamos lo justo, pero tal vez lo más sorprendente fuese que en ningún momento de todo

aquel distanciamiento nos llegamos a plantear la separación. Yo tenía la esperanza de que ella me perdonase y ella simplemente esperó el tiempo suficiente para volver a sentirse bien. Al principio recuperamos el comer juntos, después fuimos un par de veces al cine, luego nos comenzamos a contar nuestro día a día y, de repente, no recuerdo de qué, nos empezamos a reír juntos. Como siempre. Nos volvimos a sentir bien, a querer besarnos y a desearnos. Recuerdo la noche en la que me dijo que me quedara a dormir en su cama, que volvía por fin a ser de los dos. Los besos fueron emocionantes y acelerados y, después de tanto tiempo sin tocarnos, fue casi como la primera vez. Desnudos en la cama, abrió la mesilla de noche y me dio un condón.

—¡No! —le dije. Se quedó quieta un instante mirándome a los ojos—. ¡Te quiero, Silvia!

Volvió a dejar el preservativo en la mesilla y nos besamos durante todo el tiempo que estuve dentro de ella hasta que terminé. Seguimos abrazados un buen rato hasta recuperar la respiración. Fui yo el que rompió el silencio.

—¡Te juro que no volverá a ocurrir!

Me han dejado K.O. dos veces en mi vida. Una de ellas de un puñetazo en la cara y la otra de uno en el hígado. Las dos fueron en el gimnasio de Luis en Zarzaquemada. Aunque había distintos niveles, allí se guanteaba en serio y, a pesar de que estábamos entrenados, había piques y los golpes terminaban haciendo daño. Los profesionales permanecían en el *ring*, mientras los que no lo éramos subíamos a hacer dos o tres asaltos cada uno. Además de no querer, yo jamás he tenido condiciones para dedicarme al boxeo. Entre otras limitaciones, la principal era la falta de valor, porque incluso entrenando siempre he sentido miedo cuando me subía a un cuadrilátero. Nunca hubiera llegado a nada porque no era bueno, pero también es cierto que con menos de veinte años tenía algunas virtudes para boxear. La principal era ser alto y rápido, por lo que de *sparring* era solicitado en el gimnasio por algunos boxeadores, casi todos más bajitos. El tipo más «enano» con el que yo me

he metido en un *ring* fue el primero que me dejó K.O. de un golpe al hígado a los treinta segundos de empezar el primer asalto. Tuvo algo de humillante, pero así es el boxeo. En realidad, lo que sucedió ese día entrenando es que yo creía que él era peor de lo que era y él pensó que yo era mejor. Yo me lo tomé un poco a broma y él más en serio de lo que requería un entrenamiento. Salí vacilándole un poco, imitando el juego de piernas de Alí, le tiré un directo jugueteando y seguí bailando ante aquel tío tan bajito creyéndome que en cuanto yo quisiera le golpearía y que él no tendría muchas opciones de darme a mí. Ese planteamiento me duró pocos segundos, hasta que la primera «hostia» me retumbó en la cabeza sin saber ni de dónde venía. Antes de descubrirlo, me metió un gancho al hígado que me dejó tirado en la lona retorciéndome de dolor y sin respiración. Entre Luis y el bajito me ayudaron a quitarme los guantes y a salir del *ring*.

La otra vez que sufrí un K.O. fue aún peor, aunque yo no me enteré hasta que me lo contaron. Estaba guanteando con Medina Rodríguez, un dominicano que preparaba una pelea importante porque, de ganar, tendría opciones a pelear por el título mundial del peso wélter. Yo en esa época estaba fuerte, rápido, y Luis me decía que algún día debería debutar en alguna velada para quitarme la espina, aunque luego no volviera a boxear. Me daba miedo, pero no descartaba la idea de pelear con

público aunque sólo fuese una vez en la vida. Medina Rodríguez llevaba esa tarde ocho o diez asaltos con dos o tres rivales distintos cuando me tocó subir al *ring* para que hiciera contra mí otros dos o tres más. Me motivó estar delante de un boxeador tan bueno, y aunque él comenzó a medio gas, como era normal, yo aquella tarde me empleé en exceso para sentir la posibilidad de hacer realidad aquella idea remota de debutar en una velada de verdad. Él jugó conmigo en el primer asalto y yo intenté alcanzarle sin conseguirlo casi nunca. Su superioridad era evidente, como no podía ser de otra manera. Él era un boxeador con reconocimiento internacional y yo, un simple aficionado con pocas virtudes. Al inicio del segundo asalto, le alcancé con la izquierda y después con la derecha. Sé que le hice daño, aunque no dio aparentes muestras.

—¡Niño, cuidado! —me advirtió Luis desde la esquina.

Medina me devolvió con una facilidad insultante los dos golpes que yo le había dado y otros dos de propina que me atontaron por un momento.

—¡Eh, bajad el ritmo! —nos amonestó otra vez Luis.

Medina lo hizo, porque no tenía ninguna intención de hacerme daño, pero yo quise sacar ese día todo lo que llevaba dentro. Otra vez solté la izquierda con toda la fuerza que pude y le alcancé con un directo, di un pasito atrás y le metí una derecha impecable en todo el mentón.

La mejor combinación que había hecho en toda mi vida, que llegó perfecta a la cara de un boxeador que tenía posibilidades de disputar un campeonato del mundo ese mismo año. Quedó un poquito aturdido y durante unos segundos yo me sentí poderosísimo.

—¿Niño, tú estás gilipollas? —me regañó Luis desde fuera del *ring* muy enfadado.

Medina Rodríguez, por supuesto, no iba a dejar aquello así y comenzó a boxear en serio. Tres izquierdas y dos derechas son las que yo recuerdo. También recuerdo que Luis se metió en el *ring* para parar aquello, aunque al parecer llegó tarde porque Medina me alcanzó de una manera perfecta y poderosísima en la barbilla, «la punta de la pera», como la llamaba Luis, y toda mi visión se convirtió en negro absoluto. El K.O. fue tan bestia que, según me contaron, me quedé con los ojos vueltos en blanco colgado de una de las cuerdas del *ring*, inerte, como un pescado secándose al sol. Todos se asustaron hasta que unos minutos más tarde fui poco a poco recobrando el conocimiento.

Medina y yo nos tomamos después unas cañas juntos y alguna que otra vez volvimos a hacer guantes, aunque no se me volvió a ocurrir querer ser quien no era. Cualquiera que se haya subido a un *ring*, aunque sea para entrenar, sabe que el boxeo te ayuda a saber cuál es tu sitio. Medina llegó a disputar aquel campeonato que tanto ansiaba, pero perdió por puntos contra un argentino.



Yo dejé de practicar boxeo cuando mi vida comenzó a ser otra y estuve años sin ponerme unos guantes.

\* \* \*

Me alejé de aquel deporte y de lo que significaba y perdí el contacto con Luis. Tuvo que pasar mucho tiempo para recuperar aquella parte de mi vida, el suficiente para que me dejase de dar miedo recordarla. Justo entonces decidí reencontrarme con una parte de mi pasado para sacarme esa espinita clavada.

—¡Coño, Claudito! ¿Qué ven mis ojos? —me dijo al verme entrar por la puerta de su gimnasio.

Me dio alegría volver a ver a Luis, que estaba enseñando a un chico morenito unos pasos laterales y unas esquivas. Ya no estaba en el mismo gimnasio, sino en otro en el que ya no entrenaba apenas a boxeadores profesionales. Nos dimos un largo abrazo y me quedé mirando el rato que quedaba hasta cerrar.

—Ya te veo triunfar por ahí, Claudito, ¡parece mentira! —afirmó mientras nos tomábamos la primera caña en el bar de al lado del gimnasio.

Hablamos de los viejos tiempos y de todos los boxeadores que pasaban por aquel gimnasio de Zarzaquemada con los que yo hacía guantes. Ninguno estaba ya en activo y a muy pocos les fue bien. Alguno había pasado por la cárcel, otros andaban buscándose la

vida como porteros de discoteca y trabajando para gente con dinero que de vez en cuando necesitaba algunos tipos duros para dar escarmientos. Lo que más me impresionó fue cuando me contó que Medina Rodríguez había muerto.

—No andaba bien —me confesó—. Ya sabes, las malas compañías, demasiadas aficiones malas y un día cogió el coche cuando no debía y se mató. ¡Es la vida, Claudito!

—¿Oye, cómo ves tú si me animo a debutar en alguna velada? —me atreví por fin a preguntarle.

—¡No jodas! —exclamó—. ¿Cuántos años tienes?

—Treinta, pero será sólo una vez.

—¡Qué *güevos* tienes, Claudito! —exclamó sonriendo—. Pues venga, si quieres, lo hacemos.

—¿Estás seguro? —pregunté nervioso.

—¿Estás seguro tú?

—Creo que sí.

—Pues a entrenar, que yo te lo arreglo y en tres meses debutas.

—¿Cómo que me lo arreglas?

—Tú déjame a mí —concluyó.

Entrené muy duro con Luis durante unos meses y llegué a recuperar parte de las pocas virtudes que tenía diez años antes. Volví a guantear con algunos chavales del gimnasio a buen nivel, aunque a medida que se acercaba la velada me veía más inseguro y el miedo se iba

apoderando de mí.

—¡Tú tranquilo, que estás fenomenal! —me animaba Luis los días previos—. No tienes de qué preocuparte.

Y llegó el día en el que estaba en los vestuarios de un polideportivo en Alcorcón donde a los pocos minutos me iba a subir a un *ring* contra un rumano como combate previo a otros, entre los que estaba el campeonato de España del peso gallo. El pabellón estaba lleno de gente a la que jamás hubiera invitado a una fiesta y sería el miedo el que me impedía contestarme a la pregunta de por qué estaba allí cuando me subía al *ring*. Ya estaba arriba mi rival, más bajito que yo y bastante más corpulento.

—¡Estate tranquilo y haz lo que sabes! —me recomendó Luis, antes de que sonase la campana que daba comienzo al primer asalto.

Empecé con dos izquierdas, que le llegaron claras porque apenas se cubría. Tampoco me atacaba. Lanzó una izquierda seguida de otra derecha sin intención, como sin ganas de hacerme daño. Eso se nota. Yo seguí a lo mío y le lancé una izquierda arriba y otra abajo y el rumano se fue a la lona. A la cuenta de cinco se levantó y seguí de nuevo con un directo de izquierda, le doblé con la derecha y el rumano se fue otra vez al suelo. Gané por K.O. en el primer asalto y todo el mundo me felicitó efusivamente por ese espléndido debut. En el vestuario había mucha gente, algunos amigos que me habían acompañado, otros chavales del gimnasio y hasta un periodista de una radio

de Alcorcón que cubría la velada me hizo una entrevista para conocer mis impresiones.

—¡Joder, Claudito, qué máquina! —me dijo Luis, cuando estábamos empezando a cenar después de la velada.

—Sí, he estado bien, ¿verdad?

—Claro. Y no sé por qué no te has traído a tus colegas para celebrarlo. ¡Menudo debut, Claudito!

—¿Por qué lo has hecho? —le pregunté muy serio.

—¿Por qué he hecho el qué?

—¡Joder, Luis! —me enfadé—. ¡Ese tío se ha dejado ganar!

Se puso serio él también. Miró hacia su plato, cortó un trozo más de filete y se lo comió antes de contestarme.

—¡Sí, se ha dejado ganar! Por doscientos euros. ¿Y qué?

—Yo quería una pelea auténtica.

—No hubieras tenido ninguna posibilidad contra un boxeador de verdad.

—¡Pero yo no quería esto! —le grité.

—Tú querías boxear para seguir yendo de tipo duro por la vida —me contestó desesperadamente tranquilo.

Me enfadé muchísimo, le grité, le insulté y hasta golpeé la mesa con el puño, haciendo sonar los platos y llamando la atención del resto de las mesas... Supongo que me enfadé tanto porque sabía que Luis tenía razón.

—¡Claudio —continuó sin inmutarse—, tú ya no

perteneces a este mundo! Vienes a entrenar en un coche que vale más que la casa donde vive el rumano que se ha dejado ganar hoy.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Tú ya no eres el chico de dieciocho años que yo conocí. Has tenido suerte, te ha ido bien. Éste ya no es tu mundo.

—Me lo deberías haber dicho —me intenté justificar.

—¡Y tú no deberías haberte hecho el tonto!

La pelea en el *ring* había sido una farsa, pero Luis me estaba golpeando en serio. El boxeo, una vez más, me volvía a dejar en mi sitio.

—Tú venías buscando un vídeo y unas cuantas fotos del combate para presumir de chico malo con alguna de las pijas a las que te tiras. Así que déjalo estar.

Yo nunca he creído que era marica, pero siendo adolescente tuve alguna duda. Más que dudas, lo que tenía era miedo a serlo porque que te gustasen los chicos era una desdicha por mucho que en mi familia se respirase tolerancia.

—¿Qué le vas a hacer si tienes esa desgracia? —oí decir a mi padre alguna vez hablando de un chico de mi barrio.

—¡Te tendrás que aguantar con lo que el Señor te mande! —le contestaba mi madre, en un alarde de comprensión.

Antes era así. Los hombres eran hombres y las mujeres, mujeres. Y cada uno hacía las cosas propias de su género.

A mí, desde que era niño, me encantaba estar con mujeres. Siempre he tenido una fascinación por ellas más propia de la adoración que de la lógica atracción sexual. Es más, las mujeres me gustan mucho desde antes de

tener ninguna pulsión sexual. El primer recuerdo que tengo de esta fascinación es el de mi madre haciéndole vestidos a mi hermana. Las dos juntas en el diminuto cuarto de estar de la casa mirando el *Burda*, dibujando los patrones con papel de seda, marcando las telas con una tiza azul antes de cortarlas y unir las con alfileres para fabricar un esbozo que mi hermana se probaba con cuidado de no pincharse. A veces se unían más mujeres del bloque para cortar vestidos a sus hijas adolescentes. Me encantaban esas tardes de sábado de mujeres cosiendo. Las risas, los olores de las telas y el sonido de las tijeras cortándolas y el de la máquina de coser para terminar el proceso. Yo me quedaba mirando sin que nadie pareciera advertir mi presencia.

—¡Yo quiero aprender a coser para hacer vestidos! —le dije a mi madre una vez, supongo que con cinco o seis años.

—¡*Cucha*, la tontería! —me dijo con cariño—. ¿Cómo vas a coser tú si eres un chico?

La contundencia del argumento me hizo imposible volver a plantearme tal cosa.

Jamás he querido ser una mujer, ni me he vestido como ellas, ni siquiera como fantasía sexual. Eso de ponerse unos tacones o una peluca es algo que atrae a muchos hombres, también a los heterosexuales, pero no es mi caso. Soy lo opuesto a un hombre amanerado o afeminado, a pesar de mi atracción por todo lo femenino,

lo que hacen y lo que son las mujeres. No es sólo una atracción sexual, se trata de algo puramente estético.

Me encanta su ropa, su piel depilada y brillante, sus formas, sus pintalabios o la manera en la que buscan cualquier cosa dentro de su bolso. La frivolidad con la que miran unos zapatos de tacón y se comen una ensalada porque están a régimen. A mí no me gustaría ser una mujer, pero soy el hombre más femenino que he conocido. Esto le sorprenderá a los que me conocen un poco, pero no a las que me conocen mucho...



Creo que se escribe para que te lean. Esa frase sería una obviedad si no fuera por cierta pose intelectual de algunos autores que han reivindicado la escritura como un ejercicio de introspección cuyo fin último no es ser compartido con el público. Los más pedantes dicen eso de «Yo escribo para mí», que personalmente considero una falta de respeto a los lectores, además de una falsedad. Claro que la escritura es un ejercicio íntimo y que escribir pensando en si lo escrito va a gustar o no a los lectores es un error, pero creo que la escritura nace para ser compartida, y si no es así, pierde buena parte de su sentido. Desde que comencé a escribir la biografía de Alejandra Brunis, tal vez por inseguridad, he necesitado que gente de la editorial, amigas y algunas compañeras leyeran a medida que iba escribiendo para que me dieran su opinión. A veces cada cinco o diez o quince folios. Hay otros autores que prefieren no dar a leer nada a nadie hasta que han terminado, pero a mí me ayuda conocer la

opinión de otras personas a medida que voy cerrando capítulos.

—¡Me encanta! —me dice Marisa, la editora, nada más entrar en la editorial.

—¡Menuda pinta tiene esto! —añade Cristina Burgos, la editora de ficción.

Marisa Alcántara y Cristina Burgos son las dos personas que me padecen cada vez que me enfrento a una novela. Ellas dicen que me disfrutan, pero reconozco que a veces soy insoportable mientras estoy escribiendo. Es una exageración creer que sin Marisa y Cristina yo no sería capaz de escribir libros, pero seguramente éstos serían peores.

—Me gusta mucho cuando cuentas tu parte femenina, la escena de las mujeres cosiendo en tu casa es maravillosa.

—Y todo el principio, lo del manicomio y eso... también es bastante sobrecogedor.

—Lo del boxeo también está muy bien, aunque a lo mejor te ha quedado un poco largo.

—Es verdad, eso a nosotras nos interesa menos.

—Lo que sí me ha gustado mucho es Elisa, la puta...

—Y lo de tu *cuñao* es muy gracioso. Me he reído mucho con eso...

Estoy seguro de que Marisa y Cristina están diciendo su opinión sincera en ese mano a mano en el que están repasando los pasajes que más les gustan de la novela y al

que yo asisto como mero espectador.

—¿Y ya sabes hacia dónde vas a ir? —pregunta Marisa, después de un rato de halagos.

Yo escribiendo jamás he sabido dónde quería ir. Es algo que, por lo visto, no es muy frecuente en los autores de novelas, que saben cómo empieza y cómo va a terminar su libro. Yo no sé ni siquiera lo que voy a escribir cada día que me levanto. Empiezo a escribir y, a medida que aprieto teclas, la escritura me va llevando hasta el punto de que yo mismo me sorprendo cuando se me ocurre algún giro argumental. Muchas veces me acuerdo de la santera cubana cuando me decía que alguien en el más allá me dictaba lo que yo tenía que escribir. Menos mal que yo no creo en el más allá. Esta novela es diferente a las anteriores porque, salvo cambiar algunos nombres y alguna situación, no me tengo que inventar nada. De todas formas, no sé contestar con exactitud a Marisa.

—¿Qué quieres decir con eso de si sé adónde voy?

—Que si sabes cómo vas a acabar, lo que va a pasar, en qué momento de tu vida vas a terminar...

—Pues claro. ¿Cómo no lo voy a saber?

—Pues cuenta, cuenta...

—Prefiero que os vayáis sorprendiendo a medida que avanzo.

Yo aquella historia la conté de otra manera, pero es momento de contar lo que realmente sucedió. A veces la verdad es simple, pero afrontarla asusta y yo no fui capaz. He de admitir que ya no quería estar con Silvia. Había sido mi gran amor, la persona a la que más había querido hasta ese momento, pero desde hacía algún tiempo no quería vivir con ella. Hubiera sido honesto decírselo, pero lejos de eso convertí mi matrimonio en una farsa en la que falté al respeto de una manera cobarde a la mujer a la que tanto había querido. Fui un mentiroso. A veces me sorprende mi eficacia a la hora de mentir. A ella la engañaba con otras y a éstas les contaba mentiras sobre ella, cualquier cosa valía para que estar casado no fuera un obstáculo para acostarme con cualquiera. Mentiras. Y entonces apareció Julia, que ya no era como las demás. Después de aquella entrevista en el aeropuerto que lo cambiaría todo, las mentiras se convirtieron en traición. Y eso fue mucho peor. A partir de aquella entrevista, mentí

a Silvia sobre lo que sentía, sobre lo que quería, fingiendo estar ilusionado con tener un hijo cuando nada me podía hacer menos ilusión. Silvia quería quedarse embarazada y yo deseaba que eso no sucediera. Cada mes su disgusto al tener la regla era para mí una liberación, sin que ella tuviera la más mínima sospecha de mi alegría cada vez que me daba la noticia de que este mes tampoco había podido ser. Silvia no se merecía eso, nadie se lo merece, pero ella menos que nadie. Escribo estas líneas avergonzado, pero siento la necesidad de hacerlo. Tal y como sucedió.

Ella estaba en pijama viendo la tele. Yo estaba escribiendo una entrevista a un presentador que tenía que entregar en la revista al día siguiente.

—¡Voy a preparar algo de cena! —me dijo cuando llegaron los anuncios.

—¿Quedan albóndigas?

—Sí, las voy a calentar, que a mí también me apetecen. ¿Te queda mucho?

—No. Mientras se calientan me da tiempo.

—¿Nos abrimos un vino?

—¡Vale, me apetece!

Terminé la entrevista mientras se calentaban las albóndigas y Silvia ponía la mesa. Nadie que nos viese pensaría que éramos una pareja en crisis y seguro que la que menos lo sospechaba era ella. No discutíamos, a menudo nos reíamos y nos acostábamos con frecuencia.

Quizá esa noche lo íbamos a hacer después de cenar. A veces la simpleza de las cosas es inexplicable, porque todo eso pasaba entre nosotros, pero yo ya no quería estar con ella... Cenamos bebiendo vino y comentando el programa que daban en la tele. Me llevé la copa al sofá después de quitar la mesa mientras Silvia fue al servicio. El programa de la tele me estaba haciendo gracia.

—¿De qué te ríes tanto? —me preguntó al regresar del baño.

—El tío ese es bueno —comenté, señalando la tele en la que salía un imitador de Isabel Pantoja.

—¡Este mes tampoco! —me dijo sin mirar la tele.

—¿Este mes qué? —respondí más pendiente de la tele.

—¡Que me acaba de bajar la regla!

Dejé de mirar la tele y bajé el volumen.

—¿Estás segura?

—¿Cómo que si estoy segura? ¡Menuda pregunta más tonta! —contestó sonriendo.

—¡Es verdad!

—No te preocupes. Lo seguiremos intentando —anunció, creyendo que me consolaba.

—¡Sí, claro!

—Sube el volumen de la tele, que yo también me quiero reír —me pidió, contenta.

Eso hice. A ella también le estaba haciendo gracia el imitador de la Pantoja. Yo rellené la copa de vino y me

quedé un rato viéndola reír.

—¡Quiero dejarlo!

Lo solté tal cual, y nada más pronunciar la frase sentí un escalofrío. Y miedo, creo recordar. Pero logré pronunciar la frase.

—¿Dejar qué? —me preguntó despreocupada.

—¡Quiero dejarte!

Tardó en creerme, tardó en empezar a llorar.

Sé que tardó años en recuperarse de la mentira y yo en asumir que podía ser un miserable. Silvia no quiso volver a verme jamás, pero nunca le habló mal de mí a nadie.

Días después de que me marchara de su vida para siempre, fui a contárselo a mis padres, que, a pesar de que no entré en detalles, se lo tomaron muy mal. De aquella conversación recuerdo la frase con la que mi madre me despidió en la puerta.

—Eres especialista en hacer sufrir a las personas que te quieren.

**L**a biografía de Alejandra Brunis fue un éxito. Vendió mucho más de lo previsto y lo que tenía que haber sido un libro para regalar a los fans de la cantante durante las Navidades se acabó convirtiendo en una de las obras más vendidas hasta la primavera.

Sorprendió mucho que ella hubiera contado su vida de una forma tan atractiva y tan valiente. Aquel libro ayudó a Alejandra a ser admirada aún más por sus seguidores y considerada como una mujer mucho más interesante por el público en general. La biografía era casi una novela y ella y yo sabíamos que todo lo que se atrevió a contar tuvo mucho que ver con la forma en la que yo lo escribí. Había episodios de su vida de mucha crudeza que yo convertí en digeribles. Observé el éxito de aquel libro desde un segundo plano, pero sabía que el mérito era mío. A veces me hubiera gustado compartir la satisfacción que me producía que al público le hubiera gustado tanto la vida de Alejandra Brunis, pero me era suficiente el



reconocimiento íntimo de las personas que lo sabían, entre ellas Julia. Era importante para mí que me admirase y a ella le gustaba mucho mi forma de escribir. También le gustaba a mi madre y, al parecer, también gustó bastante en la editorial.

—¡Hola, Claudio, soy Marisa! ¡La directora quiere conocerte! —me dijo mi editora.

—Ya me conoce. Nos presentaste un día en la editorial.

—Me refiero a que quiere comer contigo —me insistió—. Creo que tiene para ti una propuesta interesante.

\* \* \*

No sé en qué momento descubrí que me gustaba estar en un segundo plano. Supongo que serían las circunstancias, pero ha habido algunos años de mi vida en los que decidí hacer cosas sin que constase que era yo el artífice. Hubo momentos en los que me arrepentía, pero casi siempre estaba encantado con que nadie supiera lo que hacía.

\* \* \*

A la comida con María Teresa Ortiz, la directora de la

editorial, vino Marisa, que era la editora que me conocía, y con ellas llegó Cristina Burgos, la responsable de ficción.

—¿De ficción? —pregunté con todo el desconocimiento que tenía sobre el funcionamiento de una editorial.

Me lo explicaron brevemente. Entre otros, los departamentos principales en una editorial son no ficción, que se encarga de los libros de biografías, ensayos, autoayuda, cocina..., y ficción, que se ocupa esencialmente de las novelas.

—Y por eso está aquí Cristina —me explicó María Teresa—. Queremos proponerte que escribas una novela.

Me argumentaron que en la biografía de Alejandra Brunis se notaba la mano de un escritor. En la manera de describir situaciones, en los diálogos, en el estilo ágil y directo... Me gustó mucho oír aquella opinión, cómo no, y me sentí importante comiendo con aquellas mujeres que me estaban considerando un escritor. Fue la primera ocasión en la que escuché a María Teresa un halago que me ha repetido varias veces y que cada vez que me lo dice me dan ganas de plantarle dos besos, aunque, por supuesto, me contengo.

—Escribiendo se tiene mano o no se tiene mano. Y tú la tienes.

Naturalmente que ya había pensado en escribir una novela, pero si la biografía de Alejandra me daba vértigo

teniendo un argumento, un inicio y un final reales, inventarme una trama entera me provocaba muchísima ansiedad. Aun así, era imposible decir no.

—Me encantará escribirla —les agradecí.

—¿Tienes alguna idea de lo que quieres contar? —me tanteó Cristina.

—Escribiré sobre una familia de mujeres.

Fue una frase que improvisé en ese mismo instante. No tengo ni idea de por qué, simplemente fue lo primero que se me ocurrió.

—¡Qué interesante! —dijo Marisa—. En realidad, son las mujeres las que compran novelas.

—La relación de las hijas con su madre —continué— y de las hermanas entre sí. El amor, la envidia y la complicidad entre ellas.

—¡Es una buena premisa! ¡Tiene buena pinta! ¡En la biografía de Alejandra describías muy bien a las mujeres...! —observó María Teresa y las otras dos coincidieron con cierto entusiasmo.

—Espero ser capaz —me sinceré.

—Después de leer el libro de Alejandra, pienso que escribirás una buena novela —me animó María Teresa.

—¿Y qué le pasaría a esa familia de la que quieres hablar? —preguntó Marisa, más pragmática.

—Ya lo iréis viendo, pero ya os digo que será un libro de mujeres —insistí.

—Hay pocos hombres que escriban bien sobre las

mujeres —dijo Cristina.

—Yo soy muy femenino. —Se rieron todas creyendo que era un chiste, aunque no lo era—. La verdad es que me gustaría ser una mujer —continuó. Creyeron que les estaba tomando el pelo—. Me refiero a firmar como una mujer —aclaré.

—¿Con un seudónimo? —preguntó María Teresa.

—Eso tiene algunos inconvenientes —se adelantó Marisa a mi contestación—. Si no hay autor, no puede haber promoción.

—¿Y por qué quieres firmar con seudónimo? —se interesó Cristina.

La respuesta más sincera hubiera sido que por inseguridad o miedo o una manera de protegerme, pero la idea de no firmar la novela con mi nombre me hacía sentirme mucho más libre a la hora de escribir. Este último me pareció un buen argumento.

—Cuando te dije que no iba a figurar tu nombre en la portada de la biografía de Alejandra Brunis te sentó mal —me recordó Marisa— y ahora eres tú el que no quieres aparecer.

—Le he cogido el gusto a no salir.

—Bueno, si te parece, comienza a escribir y más adelante decidimos qué es lo mejor. Es pronto para hablar de este tema —concluyó María Teresa.

No hizo falta. Esa misma noche comencé a escribir mi primera novela, que acabaría siendo un éxito editorial de

una escritora llamada Patricia Allen.

Mi hermana me ha dejado de hablar definitivamente. Dice que estoy humillando a su marido todo el tiempo. Yo creo que no es verdad, pero qué más da. Mi hermana y Juan José tienen la necesidad de creer que yo no soy una buena persona y por tanto no puedo serlo. Así que interpretan cada gesto que hago de la manera que mejor les convenga para convertirme en lo que ellos necesitan que yo sea. Y si es preciso, se lo inventan. Es el mecanismo que muchas personas tienen para sobrevivir. Mi hermana y Juan José están bien, precisamente porque no les va demasiado bien. Hay personas que se desenvuelven mejor en la queja porque la queja tiene sus ventajas. La principal es que te libera de la culpa de lo malo que te sucede, porque siempre es otro el responsable. El compañero, el profesor, el jefe, el gobierno, el amigo, el sistema, el destino... Mi hermana hace tiempo que tomó la decisión de mirar el mundo de la misma manera que lo hace Juan José. De esa manera en la

que la felicidad es sospechosa y la alegría, una frivolidad.

Y siento pena. Yo adoraba a mi hermana, nadie me hacía sentir tan bien en algunos momentos como ella cuando era niño. Mi hermana me tocaba el pelo, y es uno de los recuerdos más maravillosos que tengo, no sólo de ella, sino de toda mi vida. Nadie me ha tocado el pelo como lo hacía ella. Hay gente que odia que le toquen la cabeza, pero a mí me encanta. Eso sí, como lo hacía ella no lo ha hecho nadie.

—¡Porfa, Mari, si me tocas el pelo, soy tu sirviente toda la semana!

Me sentaba en el sillón y me acariciaba la cabeza mientras veíamos la tele a cambio de que durante días le trajera el café de la cocina, fuera yo el que se levantara a abrir la puerta o a coger el teléfono o bajase a la farmacia a comprarle cosas suyas que yo no sabía lo que eran, *taponés* o algo así. Yo era su juguete cuando era niño y siempre me decía que era guapísimo gritándome: «¡Qué cosa más bonita!» y dándome besos. El cariño verdadero cuando eres niño se construye a base de risas y besos y de cosas insignificantes como que te acaricien el pelo mientras ves el *Un, dos, tres*. Mi hermana se reía mucho conmigo y yo lo sabía, y me hacía feliz. Cuando fui más mayor, le hacía mucha gracia que imitase a los profesores del colegio y a algunos vecinos del barrio. Recuerdo que después de comer me pedía que le hiciera un *minishow* parodiando la manera de andar o de hablar de medio

barrio... A veces también me burlaba de mi hermano, sin que se diera cuenta, porque era un bruto que nos pegaba cuando no se hacían las cosas como él quería. Y ella se reía, éramos cómplices y yo era más feliz cuando estaba mi hermana.

Hace demasiados años que elegimos, de forma consciente y voluntaria, dos maneras opuestas de entender la vida. La mía fue una necesidad imperiosa de ver el mundo como un lugar maravilloso lleno de oportunidades y ella eligió —imitando a su «bonachón» esposo— mirar la vida como un lugar hostil en el que defenderse es mejor que entregarse. Seguramente yo tampoco tenga razón, ya lo sé, pero tener razón no tiene tanta importancia. Me parece más importante lo mucho que la quiero, al menos a aquella hermana que recuerdo, y a ésta es imposible dejar de quererla. La de ahora no me habla y todavía no sé muy bien por qué.



Era una entrevistada más, aunque tuve que ser muy insistente para que me concediera la entrevista. Estaba muy ocupada.

No me gustan las personas que están ocupadas a todas horas, las que no tienen tiempo para nada. O eso dicen. Yo no me lo suelo creer del todo, porque nunca es para tanto. Lo sé porque me he hecho el ocupado muchas veces para librarme de compromisos que no me apetecían, supongo que como todo el mundo. Julia me aplazó la cita para la entrevista tres o cuatro veces, pero en la revista tenían mucho empeño en ella como personaje y a mí también me apetecía hablar con ella. La había visto en fotos de varios reportajes que le habían hecho en algunos suplementos semanales y en un vídeo que me pasaron de un programa en el que la entrevistaron. Julia era una mujer guapísima. El tipo de mujer que siempre me ha gustado, pero sin posibilidad de mejora. Entiendo que puede parecer una exageración, pero eso era lo que

pensaba, no había visto a ninguna mujer más bella. Así que estaba dispuesto a admitir los plantones que hiciera falta con tal de conocerla. Un día en la redacción de la radio, que compartíamos con la sección de cultura, me encontré una convocatoria para un coloquio sobre jóvenes talentos en el que participaban profesionales de distintas disciplinas que habían alcanzado reconocimiento internacional antes de haber cumplido los treinta. Junto a algunos nombres que no me sonaban de nada, aparecía el de Julia Ferrer, la pintora que con veintiséis años había expuesto en algunas de las galerías más importantes del mundo. Eso decía textualmente la convocatoria. Miré la fecha del coloquio y era ese mismo día. De hecho, faltaba menos de media hora.

—¿Podrías hacer tú los boletines esta tarde? —le pedí a mi compañero Carlos mientras me ponía el abrigo—. Tengo una cosa muy urgente.

—¿Otra tía?

—Que no, te lo juro, que es una cosa de trabajo...

No merece la pena ponerse a pensar en el destino, en lo que habría pasado si aquella tarde a mí no me hubiera tocado ir a la radio, o si el redactor de la sección de cultura hubiera guardado aquella convocatoria en un cajón, o simplemente si yo no la hubiera visto perdida en aquella mesa. No sé lo que habría sucedido de no verla, pero el caso es que la vi.

Cuando llegué al salón de actos, hablaban en una

mesa sobre el escenario un cocinero, un físico alemán al que había que traducir todo el rato, una chica gorda que escribía libros y a la que habían dado un premio muy prestigioso, un moderador y, en una esquina, vestida con una camisa blanca y un pantalón gris, la pintora Julia Ferrer. Me senté en una de las primeras filas y me pasé todo el acto observándola. Creo que sentí fascinación por ella nada más verla, hasta ese día yo no creía en eso de enamorarse a primera vista. Creo que es algo demasiado recurrente y un poco cursi, pero a mí me pasó. Yo me enamoré de Julia en cuanto la vi. No me habría importado que aquel coloquio hubiera durado un siglo si podía seguir mirándola desde mi asiento. El moderador agradeció a los protagonistas su intervención, despidió el acto, el público aplaudió y, nada más levantarse de la mesa, Julia se escabulló por una puerta que había en la parte de atrás del escenario del salón de actos. Yo salí abriéndome paso entre el público para intentar alcanzar antes que ella la puerta de la calle. Llegué pronto, pero temí que ella se hubiera marchado ya.

—¿Hay alguna otra puerta por donde salir? —le pregunté un poco acelerado a un conserje.

—Pero si ya está usted en la calle. ¿Para qué quiere salir? —Se rio de su ocurrencia.

—¡Ya lo sé, joder! —exclamé con malas formas—. Estoy buscando a alguien.

—A mí no me hable usted así, que tenemos un

disgusto...

—Vale, sí, pero dígame si hay otra puerta por la que salir.

—Ah, bueno, si lo pregunta usted con educación, se lo diré.

—¡Por favor!

—No, ésta es la única puerta.

Esperé un buen rato hasta que ya no quedó nadie dentro y temí que se hubiera marchado antes de poder verla.

—Yo creo —añadió el conserje— que quien usted esté buscando se ha debido de ir ya.

—Me temo que sí. Quería hablar con Julia Ferrer, pero se habrá marchado.

—¿La pintora? —se sorprendió el conserje.

—Sí, la pintora.

—Ah, haberlo dicho antes. Los que hablan en el acto salen por la otra puerta.

—¿Qué puerta?

—La otra puerta, la de la calle de atrás. Pensé que se refería usted a la puerta por la que salen las personas normales...

Dejé a aquel imbécil con la palabra en la boca y salí corriendo a dar la vuelta a la manzana en busca de la puerta de atrás... Y al doblar la esquina a toda prisa no pude esquivar a una mujer que bajaba por la acera con una bolsa de viaje en la mano. Casi chocamos y, al

levantar la vista, descubrí que era ella.

—¡Hola, Julia! —dije con el habla entrecortada por el esfuerzo de la carrera.

—¡Hola! —se sorprendió.

—¡Soy Claudio Valcárcel! —continué mientras seguía recuperando el aliento.

Ella puso cara como de que le sonaba el nombre, pero no sabía de qué.

—Soy el periodista que te quiere hacer una entrevista para la revista *Hombre*. ¿Te acuerdas?

No sé si realmente se acordaba o sólo contestó que sí para quedar bien. Le dije que había estado en el coloquio y que me había encantado. Hacía tiempo que mirar a una mujer no me ponía tan nervioso. De cerca era aún más guapa.

—¿Y cuándo podríamos hacer la entrevista? —insistí.

—¡A ver! —dijo, metiendo la mano en su bolsa de viaje en busca de una agenda negra gordísima.

Se puso a pasar hojas y más hojas buscando un hueco libre mientras yo la observaba alucinado en aquella esquina en plena calle.

—¿Y por qué no la hacemos ahora? —me atreví a proponer.

—¿Ahora? —se sorprendió.

—Sí, ahora mismo.

—Imposible. Me voy al aeropuerto a coger un vuelo para Barcelona.

—Pues yo te llevo.

—¿Cómo? —dijo sonriendo.

—Yo te llevo y mientras llegamos te voy haciendo la entrevista.

—¡Estás loco! —exclamó, sin dejar de sonreír.

—No lo sabes tú bien —repliqué, muy seguro de lo que decía.

Y aceptó. Y yo no me lo podía creer. Nos montamos en mi Ford Fiesta plateado, que hacía unos seis meses que no lavaba.

—¿Te importa que pase por mi casa a por la grabadora? Será un minuto.

—¡Bueno! —aceptó con escaso convencimiento.

Es verdad que me pillaba de camino al aeropuerto y no nos íbamos a entretener.

—¿Quieres subir? —le propuse en el portal de mi casa.

—¡No! —me contestó un poco alarmada.

—¡Tranquila, está mi mujer! —le dije para que no pensase mal—. No te vas a quedar ahí sola en el coche.

Subió conmigo a mi casa y le presenté a Silvia, que la saludó cortésmente en el recibidor mientras yo cogía la grabadora de la mesa del escritorio.

—¡Eres muy joven para estar casado! —me soltó cuando bajábamos en el ascensor de mi casa.

Durante el trayecto le iba preguntando sobre su trabajo y su vida y ella iba contestando con una

naturalidad que a mí me resultaba impropia de alguien con tanto reconocimiento. Yo estaba nervioso y creo recordar que excitado. Durante ese trayecto en coche me pareció una mujer absolutamente fuera de mi alcance, como una actriz de Hollywood a la que jamás te acercarás si no es con una pantalla de por medio. Pero ella estaba allí, en mi Ford Fiesta sucio, hablando como si fuéramos dos amigos camino del aeropuerto.

La entrevista continuó con la grabadora de por medio en la terminal de Barajas mientras esperábamos la hora de que ella entrase para embarcar. Se acabó la cinta de casete por las dos caras y se interrumpió la grabación, pero Julia y yo seguíamos hablando. No quiso coger el siguiente vuelo, ni el siguiente tampoco...

—Tranquilo —me decía—, todavía queda uno más.

Esperó hasta media hora antes de que despegase el último. Cuando se marchó hacia el control que daba acceso a las puertas de embarque, nos despedimos con dos besos y yo le prometí que le enseñaría la entrevista cuando la hubiera redactado, antes de publicarla.

—No es necesario.

—Pero es que me encantaría volver a verte —le confesé.

—Ya veremos.

No me gustan las verdades absolutas y menos aún cuando se escribe de amor. Tuvo que pasar tiempo para saber que no me equivocaba, pero yo ya fui consciente de

ello desde el mismo instante en que me encontré con ella en aquella esquina, cuando se subió a mi coche y cuando me miraba delante de aquel café eterno en el aeropuerto. Aquella era una tarde más en la que descubrí por casualidad la convocatoria de un coloquio. Una tarde en la que no hacía ni demasiado frío ni demasiado calor. Una tarde que cambiaría todas las demás tardes.



Tenía unos diez años cuando me empeñé en hacer las pruebas de acceso al Real Madrid. No había ni el más mínimo motivo que hiciese sospechar que yo podría pasar aquella criba con algún éxito, pero me empeñé y mi padre se fue a por los impresos para satisfacer mi deseo. Con esa edad yo jugaba bien al fútbol. Había días de mayor inspiración en los que era la estrella del partido y otros en los que las cosas no salían tan bien y aun así siempre había algún momento de aquellas tardes en el que mi calidad afloraba muy por encima de algunos de mis amigos del barrio. Y ahí estaba el problema, en los amigos con los que jugaba. Salvo alguna excepción, la mayoría de los que recuerdo no reunían las condiciones mínimas para la práctica del deporte. Toñín había tenido aparatos de hierro en las piernas cuando era más pequeño y de aquello se le quedó cierta incapacidad para flexionar las rodillas, lo que le obligaba a correr con las piernas como si fueran de madera dando zancadas muy cortitas. Y

claro, no llegaba a tiempo a ningún balón. Angelito era muy gordo y se ponía rojo como un tomate en cuanto se echaba dos carreritas. Era muy gracioso ver correr al pobre Angelito por la banda con aquel culo tan gordo y los muslos rozándose por la entrepierna. Lo de José Juan era aún peor porque no veía nada. Después de haberse roto tres veces las gafas de otros tantos balonazos, su madre le prohibió jugar si no se las quitaba. Se confundía siempre entre el rival y el compañero, las piernas con el balón y naturalmente no distinguía si la pelota se había ido fuera. Tampoco mejoraba la alineación Arturo, que no podía correr porque tenía asma y se ponía en el centro del campo para darle a algún balón que pasara por allí sin que se supiera a veces ni siquiera con qué equipo iba. El resto de niños éramos normales, pero es fácil de entender que destacar con ese panorama no era difícil.

Donde ahora están las cuatro torres más altas de Madrid, en la parte de arriba de la Castellana, estaba en aquella época la Ciudad Deportiva del Real Madrid, donde me citaron para hacer la prueba que tanto deseaba. En los vestuarios repartieron los dorsales y un señor decidió, a su antojo, darme el número dos y ponerme de defensa derecho. Mis padres estaban, como el resto de los padres, en una banda, expectantes, y dispuestos a aplaudir a su hijo. Nada más salir, reparé en lo enorme que era aquel campo de tierra cuyas dimensiones resultaban para mí totalmente desconocidas y eso me hizo venirme

bastante abajo. La otra diferencia, y la principal, eran los compañeros y los rivales. Ninguno de los veintidós tenía ningún problema físico aparente y desde el calentamiento comprendí que la mayoría de aquellos niños eran buenos de verdad. Allí no estaba Toñín con sus patas tiasas, ni el gordo de Angelito, ni el cegato de José Juan...

La prueba fue un auténtico fracaso. No la toqué bien en todo el partido, me regatearon cada vez que quisieron y cada intervención era una pifia. Empecé mal y fui cada vez a peor, sintiendo vergüenza por la vergüenza que debían de estar sintiendo mis padres. Al terminar aquel partido que se me hizo eterno, un señor sacó una lista y nombró en voz alta el nombre de los más destacados para que se quedaran un rato más, supongo que para una segunda prueba. Yo, obviamente, no estaba entre ellos y volví al vestuario cabizbajo. El camino de regreso a casa en el metro con mis padres fue duro, a pesar de que mi madre no parase de consolarme. Aquellas palabras de aliento hacían más daño aún a mi orgullo. En ese momento no tenía ni idea, porque bastante tenía yo con superar semejante ridículo ante mis padres, pero creo que fue ese día cuando descubrí que el mundo es mucho más grande que tu barrio. Tan grande como aquel campo de tierra enorme en el que yo no sabía ni dónde estaba. También aprendí que no tiene demasiado valor ser el más guapo de tu casa, ni el más listo de tu familia, ni el más gracioso de tu clase... El mundo está lleno de gente mejor

que tú.

Lo mío con Julia había empezado a ser una obsesión. La había visto una vez en mi vida y no pensaba en otra cosa que no fuese ella. Recordaba su cara a todas horas. Y su cuerpo y, sobre todo, su boca. Pensaba en ella en las canciones, en las películas, en todo lo que hacía. Dejé de interesarme por otras mujeres, todas me parecían poco. Me daba vergüenza estar en ese estado a mitad de camino entre la ilusión y la estupidez. Tuve el teléfono en mi mano mil veces con la intención de marcar su número, pero las mismas veces colgué sin darle a la tecla de llamada hasta que por fin me atreví... Mientras escuchaba el tono, pensaba ansioso qué decirle cuando descolgase. Había pasado apenas una semana, pero lo más probable es que ni se acordara de mí.

—¡Hola, Claudio! ¿Cómo estás? —me saludó.

—¡Hola, soy Claudio!

—¡Sí, ya lo sé! —Pensaría que era estúpido.

—Soy el periodista que te hizo el otro día la

entrevista, Claudio Valcárcel, el que...

—¡Que sí, que sí! —me interrumpió antes de que siguiera haciendo el ridículo—. Te tengo guardado en la memoria del teléfono.

—¡Ah!

—¿Qué tal todo, cómo estás? —me preguntó con tono muy amable.

—Muy bien, gracias. Quería quedar contigo para enseñarte la entrevista y comentarla, si te parece.

—No te preocupes, ya te dije que no era necesario.

—Ya lo sé, pero prefiero enseñártela. Estoy contento de cómo ha quedado.

—Bueno, como quieras. ¿Cuándo tienes tiempo?

Ella no sabía lo innecesario de su pregunta. Hubiera quedado con ella a cualquier hora, cualquier día. Lo habría dejado todo para quedar con ella. Era lo que más me apetecía en el mundo.

—Dime tú y yo me adapto —le dije, poniéndoselo fácil.

—Mañana tengo que ir a Madrid y tengo la tarde bastante libre. Si puedes, nos vemos para tomar café sobre las seis.

—¡Puedo, puedo!

—Yo en Madrid siempre me quedo en el hotel Conde Duque. ¿Lo conoces?

—Lo conozco, lo conozco.

—Si te parece nos vemos en una cafetería que está

justo al lado.

—Me parece, me parece.

—Pues hasta mañana a las seis.

Pensar que al día siguiente iba a encontrarme con Julia me hizo pasar el resto del día completamente acelerado. Y, por supuesto, no pude pegar ojo en toda la noche.

Cuando llegué a la cafetería diez minutos antes de las seis, ella ya estaba allí. La vi al otro lado del cristal leyendo un libro muy gordo. En la taza tenía un té que todavía no había empezado a beber porque casi rebosaba. Llevaba un jersey de lana blanca de cuello alto y el pelo suelto. Cuando entré en la cafetería le di dos besos tocándole los brazos. Me sorprendió que no fuese maquillada. Era imposible ser más guapa sin una gota de pintura. Hubiera jurado que ella también estaba un poco nerviosa.

Hablamos de su trabajo, de lo que sentía cuando pintaba. De la misma manera que ya lo habíamos hecho durante la entrevista en el aeropuerto. Después conversamos sobre música y le conté que a mí me encantaba el flamenco. Ella me habló de libros y yo me perdí cuando mencionó novelas de las que no me sonaba ni el título. Le insistí en lo mucho que me gustaban los toros y ella se extrañó bastante. Ya me había mostrado el día que nos conocimos su indiferencia por aquello que a mí tanto me apasionaba. En una especie de afán por

resultar honestos, hablamos de soslayo de mi mujer y de su novio, aunque no nos apetecía a ninguno. Llevaba con él desde que era adolescente, su chico de toda la vida, desde mucho antes de que ella comenzase a triunfar en su profesión.

Hacía tiempo que había anochecido y a ninguno de los dos nos apetecía que aquel encuentro acabase. Esas cosas se saben.

—¡Bueno, pues cuando tú quieras! —soltó de repente.

—¿Cuando quiera qué? —le dije, sinceramente sorprendido.

—¡La entrevista! Te recuerdo que habíamos quedado para que me enseñaras la entrevista.

Hasta ese momento ni me había acordado. Es evidente que yo mismo me había descubierto.

—¡Dios! —exclamé avergonzado.

—¿No me digas que se te ha olvidado?

Afirmé con la cabeza encogiéndome de hombros. Y ella rio.

—¿Y entonces a qué has venido? —me preguntó un poco provocadora.

—A besarte —dije la verdad.

—Pues hazlo.

Me incorporé y ella también se inclinó levemente para buscar mi boca. Nos besamos lento con aquella mesa de por medio. Duró poco porque la posición era demasiado incómoda, pero lo suficiente para excitarme de manera



evidente. Me alegré de que hubiera una mesa entre ambos. Me volví a sentar en el sillón y tardamos un rato en hablar.

—Eres la mujer más guapa que he visto en mi vida.

—¡No digas tonterías!

—¡Te lo juro! —lo dije porque de verdad lo pensaba —. Y encima sin maquillar.

Se rio con la picardía de quien sabe más de lo que tú sabes.

—No te fíes de lo que parece. Sí voy maquillada.

—Ah, pues no se nota nada.

—De eso se trata.

Teníamos hambre y pedimos unas raciones. Yo propuse jamón y ella queso. Fue la primera vez que comprobé la afición de Julia por ese alimento. A mí no me gustaba, pero le conté que una vez conocí en el manicomio a un hombre llamado Pascual que estaba obsesionado con que todo el mundo comiera queso. Le conté mi vida, buena parte de ella al menos. La obra, los toros, el boxeo, hasta las chicas... Se sorprendió, se asustó y se rio con mis historias. Tomamos casi una botella entera de vino con el queso, el jamón, las bravas y el pulpo que nos comimos mientras charlábamos...

—Me gusta escucharte —dijo de repente.

Me gustó el halago. Yo estaba feliz con Julia en aquella cafetería en la que el tiempo parecía no transcurrir. Llevábamos horas hablando y parecía que

acabábamos de empezar. De repente me di cuenta de algo que me provocó una sensación de felicidad que se debió de notar.

—¿Por qué sonríes ahora?

—Por nada, cosas mías —respondí, queriendo cambiar de conversación.

—No fastidies —soltó en buen tono—, dime lo que estás pensando.

—Que hacía mucho tiempo que no me sentía tan bien diciendo la verdad.

\* \* \*

Esa misma noche subí por primera vez a su habitación en el hotel Conde Duque. La primera de muchas noches y tardes y mañanas en las que quedábamos en aquella habitación que comenzó a ser un universo al margen del mundo que la rodeaba. Los dos solos, escondidos, casi furtivos... Nadie sabía que estábamos allí y esa sensación nos encantaba. No existía el mundo fuera de aquellas paredes. Cada instante que teníamos quedábamos en el hotel y todo el rato que no estábamos juntos lo vivíamos como tiempo perdido. Me resulta muy difícil escribir lo que pasaba en esas cuatro paredes sin ponerme cursi como en una comedia romántica o explícito como en una película pornográfica: lo que sucedía detrás de aquella puerta era una mezcla de los dos géneros.

\* \* \*

Julia iba a exponer en Madrid junto a otros dos pintores y el banco que patrocinaba la exposición le pagó el hotel durante dos meses. Ésa fue la primera gestión que hice por ella, mucho antes de ser pareja. Hice las veces de representante de la artista en la negociación con una persona de comunicación del banco y logré que éste asumiera todos los gastos de Julia en el Conde Duque, comidas y cenas incluidas.

Todo lo que pasó después sorprendió a todos, menos a nosotros mismos. Yo dejé a Silvia, ella a su novio de toda la vida y se vino a vivir a Madrid. Nadie en su sano juicio hubiera apostado por que aquella relación tuviera algún futuro. A nosotros nos daba igual el futuro, porque la potencia de cada instante en aquella habitación de hotel no dejaba espacio para pensar en nada más. Hablo en plural porque sé que a los dos nos pasaba lo mismo, sentíamos igual. Ahora, pasados los años, todo tiene sentido. En aquel momento nadie pensaría que esa relación pudiera durar, nosotros sabíamos que nunca podría terminar... A veces escribir es frustrante, hay que asumirlo. En ese empeño de contar parte de mi vida, necesitaría una entera para contarla a ella. A los dos meses nos marchamos del hotel y nos alquilamos un piso. Poco después conocí a sus padres y los míos vinieron a

casa a tomar café. Todo, poco a poco, se volvía a colocar. Parece que la vida empieza sólo el día que nacemos, pero no es verdad. De vez en cuando todo empieza de nuevo.

Tardé algunos años en confesarlo. No se lo conté a mis editoras Marisa y Cristina hasta que les entregué mi cuarta novela y me sentí con seguridad para hacerlo. La seguridad me la dio saberme escritor porque los libros de Patricia Allen no sólo se vendían de buena manera, sino que además recibían críticas estimables. Nunca de los críticos más sesudos, pues éstos no se dignaban a leer novelas que consideraban menores, pero sí de los que lograban romper la barrera de los prejuicios y las disfrutaban sin complejos. El caso es que con cinco novelas publicadas y a punto de entregar la sexta me apetece contarle para que todo el mundo lo sepa: yo no leo.

No tengo el hábito de leer, ni siquiera demasiado interés. No estoy orgulloso de ello, simplemente es la verdad. Cuando me «colé» como un intruso en el periodismo hice el esfuerzo de leerme algunos libros, casi todos de toros, y desde entonces no he llegado a la media

de un libro al año y creo que estoy exagerando. Me lo he pensado mucho a la hora de desvelar que soy un escritor que no lee, porque soy consciente de que esto puede molestar a otros colegas y que alguno lo utilizará en mi contra. Y quizás tampoco le guste a buena parte de los lectores, sobre todo a esos que creen que cuanto más se lee, mejor se piensa. A la gente le acompleja no leer, a mí me ha pasado durante mucho tiempo. Pero el caso es que conozco lectores empedernidos que como personas carecen de interés. Es más, las que continuamente explican el mundo a través de referencias literarias me provocan cierto rechazo. Es una manía que reconozco. La lectura es una afición más, una forma de entretenerse como otra cualquiera. Yo veo la tele, escucho mucho la radio y veo películas y series con frecuencia. He visto mucho cine y de todo tipo, salvo de ciencia ficción y de miedo. Ninguno de esos dos géneros me interesa lo más mínimo. Las de ciencia ficción porque me dan igual los meteoritos, que se acabe el mundo, las naves espaciales, que en el futuro vayamos a otros planetas o que seamos capaces de teletransportarnos. Me aburre. Y las de miedo no me gustan por el simple motivo de que me dan miedo... La lectura está sobrevalorada, iba diciendo. Y los escritores, os confieso, son en general gente bastante aburrida. Es una obviedad decir que no todos, pero muchos de los que conozco viven siempre demasiado pendientes de su ego como para tomarse en broma.

También están los escritores que interpretan todo el rato el papel de escritores, tan tópicos y previsibles. Impostando una falsa profundidad, representando el papel de seres sensibles, aunque no sean más que unos cursis. Se inspiran bajo la lluvia de París y son tan pedantes que les gusta más Brooklyn que Manhattan. Se los reconoce porque suelen hacerse fotos apoyando su barbilla en dos dedos de su mano engañando a la cámara con una falsa mirada penetrante. Me hacen muchísima gracia.

Yo no podría ser escritor todo el tiempo, no puedo producir material constantemente. Admiro a los que lo hacen, a los que tienen la literatura como su única ocupación, pero yo no puedo. Yo me vacío escribiendo, me entrego hasta quedar exhausto y al terminar tengo que ponerme a vivir... Y así tener algo que contar.

Nunca he sido demasiado competitivo y la mayoría de las ocasiones me ha dado igual ganar que perder. Es una parte de mi personalidad que me he empeñado en cambiar repetidas veces sin lograrlo. No le he visto nunca gran aliciente a ganar, ni me he llevado muchos disgustos por perder. Eso tiene algunas ventajas, aunque en ocasiones te impide mejorar. Especialmente en el deporte. Soy un deportista raro, porque he hecho muchísimo deporte, sin que el deporte me haya interesado demasiado. Sé que no se entiende. A mí, al menos, me cuesta. No me reconozco como ese tipo que ha logrado tantas metas. Si no tuviera la certeza de que era yo, habría asegurado que era otro.

Mi currículum deportivo es espléndido para presumir en cualquier tertulia de gente corriente, en el trabajo, con las mujeres, con los amigos, en cualquier bar en el que salga el tema del deporte. He terminado más de treinta medias maratones, diez maratones, cinco medios Ironman



y tres Ironman completos. Así escrito, todo de seguido, me impresiona hasta a mí, que soy el que los he hecho.

Todo comenzó, tal y como conté, el día que dejé de fumar y salí a correr por el parque del Oeste con aquellas zapatillas que me estaban pequeñas.

—¿Qué tal te ha ido? —me preguntó Julia al verme entrar desfondado por la puerta.

—He corrido seis minutos y cuarenta y dos segundos. —Se aguantó la risa hasta que me entró a mí—. ¡Una mierda! —concluí.

—Hombre, ten un poco de paciencia, que es el primer día.

La paciencia no fue nunca una de mis virtudes. Todo lo que no conseguía en poco tiempo suponía un fracaso. Eso era así siempre y con todo hasta que el deporte me cambió. No en todo, pero sí en lo esencial. Es cierto que cuando yo dirijo las reuniones en la radio, éstas tienen que ser obligatoriamente cortas, no me gusta esperar demasiado en los restaurantes, me desespera la gente que no concreta las historias que te cuentan... Esto me sigue pasando, pero son anécdotas en el día a día. En lo esencial, el deporte me ha enseñado a disfrutar de los logros a largo plazo, me ha mostrado las virtudes de la paciencia... Es una paradoja, pero correr me ha enseñado a saber llegar tarde.

—¡Mira, es en abril! —dije en voz alta tras mirarlo en internet pocas horas después de aquella primera carrerita

en el parque del Oeste.

—¿Qué es en abril? —me preguntó Julia, que estaba leyendo una revista.

—El maratón de Madrid.

—¿De qué hablas?

—Que en abril voy a correr el maratón de Madrid. ¡Cuarenta y dos kilómetros!

—¡Serás capaz! —exclamó con indiferencia antes de devolver su mirada a la revista.

Y lo fui. Lo hice porque me lo propuse y porque me gustó hacerlo. Si hay una condición necesaria para acabar un maratón es la paciencia. Paciencia para prepararlo y paciencia para entender desde el principio que el objetivo está muy lejos... Escribir novelas es muy parecido. Mi paso de los artículos a los libros se produjo al mismo tiempo que comencé a correr maratones. También se tarda mucho en terminar una novela desde que empiezas a pensarla.

Acabé aquel maratón en Madrid y después llegaron Nueva York, París, Londres, Florencia... Así hasta diez. Y así hasta que me cansé. El último que hice fue en Valencia y lo pasé fatal. Tuve problemas en el estómago y estuve muy cerca de deshidratarme. Lo terminé en malas condiciones, pero no quise abandonar porque en la meta me esperaban mis tres hijos y no quería darles un disgusto.

—Yo creo que ya deberías parar con esto —me dijo

Julia al verme entrar en meta completamente exhausto.

Le di la razón en ese momento, pero yo tenía en mente algo muy distinto... Quería terminar un Ironman, que es correr un maratón después de nadar casi cuatro kilómetros en aguas abiertas y hacer ciento ochenta kilómetros en bicicleta. Todo seguido. Pensarlo me motivaba y más teniendo en cuenta dos limitaciones. No había montado en bici desde que era niño y no sabía nadar.

—¿Cómo que no sabes nadar? —me preguntó Izan.

—Lo que oyes.

—Será que nadas mal —insistió.

—No. Lo que te estoy diciendo es que no sé nadar.

Llamé a Izan porque entendí que para proponerme hacer un Ironman necesitaba a un entrenador y me lo recomendaron a él, no recuerdo quién.

—¿Y por qué quieres hacer un Ironman?

—No tengo ni idea —le contesté con sinceridad—. Sólo sé que sería la leche entrar en la meta de un Ironman.

—¿Ya estás pensando en la meta?

—¿En qué quieres que piense?

—De momento, en no ahogarte.

Izan y yo comenzamos aquella aventura y nos hicimos amigos. Me ayudó a disfrutar sufriendo, a superar el miedo al agua, me enseñó una técnica muy básica y poco a poco fui sumando largos en la piscina. Primero dos, luego cuatro, luego diez... Paciencia. Había que tener paciencia. Y la tuve. Nadando, corriendo y montando en

bici. Horas y horas encima del sillín o corriendo antes de meterme en la cama, con lluvia, con frío o con calor...

Soy un hombre al que le da igual ganar a otro hombre. Me parece relevante insistir en esto. He convivido muchas horas con otros hombres haciendo deporte, «alumnos» de Izan, como él los llama, y a menudo tenía la sensación de estar fingiendo ser uno más. Te encuentras con hombres muy interesantes haciendo deportes extremos y el Ironman es uno de ellos, pero todos tienen un carácter competitivo que a mí me abrumba hasta empequeñecerme y me aburre hasta tener ganas de huir. Corriendo, nadando o en bici soy mejor que algunos y peor que la mayoría, pero eso me da igual... Podría pensarse que describo ese desinterés por ganar al rival como una virtud, pero es todo lo contrario. Diría que mi indiferencia por la competición entre hombres es una consecuencia de mi enorme ego, de un complejo de superioridad hacia otros hombres, de una actitud algo condescendiente. Es más, una cierta falta de respeto hacia ese que sí se esfuerza en ganarme.

Y es que mi ego no está en cuestión frente a otros hombres, ni en el deporte ni en la vida. Los hombres, amigos, compañeros, guapos, feos, más fuertes, más débiles, más inteligentes, más torpes, teniéndola más grande o más pequeña que yo, nunca me han motivado para ser mejor. Son las mujeres las que me dan y me quitan el valor, las que me hacen feliz con su admiración, las que me hacen daño con su desaprobación, las que me

hacen grande cuando tengo una noche buena, las que me hacen dudar si las defraudo...

Seis meses después de comenzar aquella aventura, entraba sonriente en la meta del Ironman de Austria después de doce horas nadando, montando en bici y corriendo. Abracé a Izan y a otros amigos, con los que yo nunca competí, y que también habían logrado terminar aquel reto excepcional. Me comí a besos a mis hijos, que me acompañaron hasta allí y corrieron a mi lado los últimos metros. Y abracé a Julia, que no paraba de llorar de la emoción. La abracé, la besé y le dije cien veces que la quería. Julia estaba orgullosa de mí... Y ése es el reto que más me gusta alcanzar.

Lo pactamos para las dos de la tarde porque Julia estaba a punto de cumplir y el niño venía de nalgas. Era una revisión rutinaria y en el mismo momento lo decidieron entre Julia y don Sergio, su ginecólogo. Ya no daría tiempo a que el niño se colocase para nacer de parto natural.

—¡Si quieres, nacerá hoy mismo!

Julia y yo decidimos no llamar a nadie hasta después de que naciera, ni siquiera a nuestras madres, para poder vivir el momento sin tener que prestar atención a nadie. Ya sabemos lo que son una madre y una suegra en esas circunstancias. La suya, la mía, todas son muy parecidas. La mía seguramente volvería a contar su miedo a que yo naciera subnormal.

Julia y yo siempre nos cogemos de la mano cuando algo inquietante va a suceder. Es un paso previo al beso, una especie de código, de superstición. Cuando va a despegar un avión, un momento antes de tener que hablar

en público, cuando alguno de los dos está esperando alguna noticia importante... Pasamos la mañana cogidos de la mano en la habitación del hospital hasta que un celador vino a por ella para llevarla al quirófano y se la solté después de besarla.

—Te veo ahora abajo —le dije, entre emocionado y nervioso.

En aquella época —no sé si ahora sigue siendo igual — los padres entraban al paritorio si era un parto natural, pero tratándose de una cesárea no te lo permitían. La insistencia de Julia y la mía hizo que don Sergio me dejara.

—Siempre y cuando no te vayas a marear —me advirtió.

—No te preocupes. Seguro que no me mareo —le prometí, aparentando más seguridad de la que tenía.

En un cuarto diminuto contiguo al quirófano me puse una bata, un gorro y unas calzas verdes, de esas desechables que nunca sé si son de tela o de papel. Cuando abrí la puerta, Julia ya estaba en la mesa de operaciones esperando a que le hiciera efecto la epidural. Nos besamos, me senté al lado de su cabeza y nos cogimos de la mano de nuevo. Hacía frío.

Una enfermera se acercó, apartó la sábana que cubría a mi mujer y dejó su cuerpo completamente desnudo, iluminado como un estadio por los focos del quirófano. A la altura de su cuello elevaron una sábana para que ella no

podiera ver lo que sucedía más abajo.

—¿Nerviosa? —le preguntó, cariñosa, la enfermera.

—Un poco —contestó Julia, asustada.

Yo la besaba en la frente e intentaba transmitirle seguridad, aunque también me moría de miedo.

—¡Mi padre tiene uno de sus cuadros! —le dijo un celador que pasaba por allí.

—¡Qué casualidad! —contesté yo por Julia, que no se sintió cómoda al ser reconocida en aquella situación.

Digo que el celador pasaba por allí de manera textual... Enfermeras, celadores y médicos iban y venían preparando todo mientras hablaban de sus cosas o de las de Julia, expuesta desnuda en aquella mesa metálica a la mirada de todos.

—¡Vaya tripón! —exclamó un enfermero muy joven mientras la tocaba.

—¿Y tú eres el padre? —me preguntó uno que creo que era el anestesista.

—Sí, lo soy.

—Pues tranquilo, que en un momento está fuera.

—¿Es niño o niña? —curioseó el celador.

—Niño —dije yo.

—¿Y cómo se va a llamar? —quiso saber la enfermera.

—Claudio —contestó Julia, que no tenía muchas ganas de hablar.

—¿Le queda mucho a don Sergio para llegar? —



pregunté, un poco inquieto ante tanto ajetreo.

Nos sudaban las manos a Julia y a mí, que seguían juntas desde que llegué al quirófano. Le di otro beso y cerró los ojos para no tener que seguir contestando preguntas. Había carritos con monitores, una mesa auxiliar con bisturís, tijeras, pinzas, artilugios irreconocibles por mí a los pies de la mesa, me llamó la atención que hubiera también muy cerca un cubo de basura.

—¿Cómo estás, Julia? —dijo don Sergio, simpático, nada más entrar al quirófano cuando ya estaba todo dispuesto.

Verle me puso más nervioso porque ahora sí que había llegado el momento. La cara de Julia estaba detrás de una sábana, pero yo veía perfectamente su cuerpo rodeado por don Sergio y sus ayudantes.

—¡Vamos! —exclamó, con el bisturí en la mano antes de comenzar a cortar la piel de Julia a la altura de su pubis.

\* \* \*

Cuando mi padre me regañaba desesperado porque no aprobaba ni gimnasia, siempre me hacía una pregunta demoledora: «¿Y tú cómo piensas mantener a tu mujer y a tus hijos?». Quizás me la decía para motivarme, para hacerme reaccionar, pero esa frase me dejaba paralizado

de miedo. Menuda responsabilidad hacerte cargo de una familia cuando tienes catorce o quince años. Yo no sabía qué contestar a mi padre y, por tanto, asumía que aquella pregunta tendría una respuesta dramática. Mi ruina se extendería a mi mujer y a mis hijos, a los que condenaría a una vida de pobreza y privaciones. Ahora parece casi un chiste, algo que me resulta demasiado lejano, pero recuerdo con nitidez aquel miedo que no tenía ninguna gracia. Había algo que me abocaba al desastre. No sólo eran los estudios, era aquella forma de ser apasionada y con una tendencia natural a buscar emociones. Sólo me interesaba lo que me apasionaba y era incapaz de centrarme en nada que no me provocara alguna emoción que me afectase para la risa o para el llanto. Desde la honestidad, creo que esa sensibilidad era una virtud, pero esa manera de sentir no se interpretó bien... Se podría haber fomentado incluso, pero de repente se me empezó a colocar fuera del camino. En el colegio y en casa. Comenzaron a compararme con aquellos a los que no les iba bien. Mi tío, aquel que era mujeriego y jugador. Guapo y buena persona, al parecer, pero con una vida desastrosa. Y con el abuelo, al que también le gustaba mucho el juego y las mujeres y las seducía con engaños. En el instituto comencé a ser ese con el que hay que tener precaución. Con catorce años, una profesora le dijo a la madre de mi mejor amigo que yo era una mala influencia. No supo argumentarle por qué, pero le recomendó que no

se juntase conmigo. Fue de las primeras veces que alguien veía en mí a una persona que causaba temor a primera vista, sin el más mínimo argumento que sostuviera esa sensación, salvo mi físico, la manera de hablar o las formas. Ahora ya soy consciente de eso y hasta le saco partido, pero con catorce años me hacía mucho daño. Mi físico, mis formas, mi manera de ser imponía, atraía y provocaba rechazo a partes iguales. Y algunas personas antes de conocerme ni siquiera un poquito ya no me soportaban. Después de contarme mi amigo lo que aquella profesora le dijo a su madre, me fui a casa llorando y tuve que sentarme en un banco a terminar de llorar para que nadie se diera cuenta. Así era yo de peligroso...

Detesto los roles. Esa tendencia endemoniada a definir nuestra personalidad de una manera inamovible desde el día en que nacemos. Así eres porque así te ven, porque así quieren verte. Y no se hable más.

\* \* \*

Tuve que dejar de mirar en el momento en el que don Sergio abrió a Julia con su bisturí. Me escondí yo también detrás de la sábana que se elevaba para impedir la visión de Julia. Los médicos hablaban con normalidad, bromeaban incluso, pero los sonidos eran espantosos. Yo creía escuchar cómo movían los órganos de Julia y veía cómo caían compresas y gasas enormes llenas de sangre

que tiraban a la papelera que había a la espalda de don Sergio.

—¡Es muy moreno este señorito! —dijo el médico.

—¿Ya ha nacido? —pregunté ansioso.

—No, todavía queda un poco, le estamos viendo la espalda —me contestó una enfermera.

—¿Pero va todo bien?

—Todo fenomenal —me tranquilizaban.

No es tan fácil sacar a un niño por cesárea, por lo visto. A mí se me hizo eterno entre el miedo y la emoción. Julia estaba un poco ausente, supongo que con el mismo miedo y la misma ilusión. La besaba en la frente y seguíamos cogidos de la mano.

—¡Esto ya está!

—¡Qué preciosidad!

—¡Y cuánto pelo!

Al escuchar al médico y a sus ayudantes, no me resistí a asomarme para verle, intentando no mirar la tripa abierta de Julia. Lloró muy pronto y se me antojó un llanto débil, muy agudo, distinto al de las películas. Ensangrentado y con un color que a mí me pareció grisáceo, se lo mostraron también a Julia por encima de la sábana, antes de que una enfermera se lo llevase para hacerle lo que le tuviera que hacer.

—¿Está bien? —pregunté.

—Todo de maravilla —me confirmó el doctor—. Van a limpiarlo y enseguida os lo traen.

De fondo se le oía llorar, ahora con más fuerza. Julia y yo nos besamos y nos dijimos lo mucho que nos queríamos. Era un momento perfecto para emocionarse y ponerse a llorar, pero a mí no me entraron ganas. A veces pasa que cuando toca llorar es cuando no se llora. Don Sergio se quitó los guantes, me dio a mí la mano y un beso a Julia.

—Luego subo a verte a la habitación —se despidió de ella y dejó a otro médico cosiéndola y a las enfermeras ayudándole.

De fondo se oía llorar a Claudio sin parar y Julia y yo empezamos a estar ansiosos por verle.

—¡Menudos pulmones tiene la criatura! —señaló alguien del equipo que estaba cosiendo a Julia.

—¿El niño es normal? —pregunté.

—¿Qué quieres decir? —se extrañó una enfermera.

—Que no es subnormal, ¿verdad?

—¿Qué tonterías dices? —me reprochó Julia, que conocía mi historia.

—¡Yo qué sé! —me defendí.

—El niño está fenomenal —nos aseguró una enfermera.

—¿Tiene todos los dedos de las manos y los pies? —preguntó Julia esta vez.

—¡Y luego me dices a mí! —le reproché yo.

Por fin una enfermera lo trajo envuelto en un arrullo blanco y con un gorrito que le cubría la cabeza. Le

acercaron la cara a los labios de Julia, que lo besó por primera vez. Ella no podía cogerlo todavía porque seguían cosiéndola, así que me lo dieron a mí. Lo cogí y en el momento en que le hablé despacito al oído dejó de llorar.

—¡Se te van a dar bien los niños! —pronosticó una enfermera.

Le tuve en mis brazos hasta que terminaron con Julia y subimos los tres a la habitación. Llamamos a las familias, que llegaron al poco rato felices, haciendo ruido y buscando parecidos. Mis hermanos y los de Julia, mis padres y los suyos. Y mi cuñado, que también vino a aportar.

—Es lo que yo digo siempre, en estos casos hay que decir que se parecen a la madre, porque nunca se sabe —bromeó con su gracia habitual.

Me gustan los niños. Me hacen sentir bien. Me gusta ser padre. Después de Claudio vinieron Juan y Bruna.

No sé cómo es ninguno de los tres, porque me empeño en no saberlo. No pienso decir que no se les dan bien las matemáticas porque tarden un poco más de lo normal en aprender a contar; ni voy a asegurar que se les dan mal los deportes por un mal partido, ni que tienen mucha gracia porque algún día cuenten un buen chiste, ni siquiera que son muy sensibles porque les dé pena una película, ni vagos porque no les apetezca hacer los deberes... Cada vez que alguien los define, corto por lo sano. Me niego. No pienso sacarles parecidos con ningún tío jugador,

ningún abuelo mujeriego, ninguna prima brillante en los estudios.

No sé cuál es el más sensible, ni el más guapo, ni el más inteligente, ni el más trabajador. Ni lo sé yo, ni lo sabe nadie. Ni tampoco sé cuál de los tres se parece más a mí o a su madre en la forma de ser. Físicamente está más claro, pero ni en eso me gusta incidir. Quisiera que algún día fuesen ellos los que me contasen a mí cómo son.

Tengo tres hijos, dos perras que se llaman Violenta y Pepita y una coneja de nombre Trini. Y ya conté que desde hace muchos años vive con nosotros Carlota, que es una más de la familia y que canta por Marifé de Triana verdaderamente mal, aunque ella siga engañada.

—Tooorre de areeeena... que mi cariiiiñoosupoolabraaarrrr.

—Deja la Play, que es mía...

—Pues saca tú el juego, que es mío.

—¡Bruna, deja de chincar a Violenta, que no para de ladrar!

—Tooorre de areeeena... dondee mi viiiidaaquiseeeencerraaaarr.

—Coged a Pepita, que va a morder a Trini.

—¡Bajad la radio, joder!

—¡Pero, papá, si es Carlota!

—Digo el partido que suena por la radio.

—Pero si es la Play...



—Lo que sea, por Dios, que estoy escribiendo.

—Papá, ¿podemos cenar hamburguesas?

—Creo que Carlota ha hecho pescado.

—Mamá, ¿podemos cenar hamburguesas?

—Sí.

—Vaya, yo digo que no y tú dices que sí... Los malcrías.

—Por un día no pasa nada...

—Toodooo es meeennttiiraaaa... toodooooo es quimeeeraaa... toodooooeeessssdeliiiiiriiooodeee miii dolooooorrrr.

—Bruna, ¿qué has hecho, que Pepita se ha caído a la piscina?

—¿Otra vez?

—Yo la saco...

—¡Cuidado, Juan, no te caigas, que está el agua helada!

—Carlota, ¿usted también quiere hamburguesas?

—Una doble... Coomooounaaaa flooorrrqueeee deeeessshooojaaeeeelllvieeenntoooo... seeevaaaamuuriieeenndoooo miiicoraaaazooooonnnn.

Mucho antes de tener la vida que tengo había tomado una decisión. No la tomé en un momento concreto, porque cuando se decide cambiar no se hace de repente en un día y una hora exacta. Eso pasa en las novelas o en las películas, los cambios reales no son así. Poco a poco vas cambiando las cosas sin darte cuenta de que lo haces.

Me hizo daño lastimar a Silvia. Aquella frase, injusta pero certera, de mi madre fue definitiva para que las cosas comenzasen a ser distintas: «Eres especialista en hacer sufrir a la gente que te quiere». La frase era falsa, pero demoledora. Yo sé que a ella le salió gratis decirla y seguro que ya la habrá olvidado porque ni siquiera la pensó. Simplemente la dijo. Mi madre me golpeó con aquellas palabras violentas y secas que me hicieron dudar. No hay nada peor que dudar de ti mismo, de tu esencia como persona, de tu bondad, de tu incapacidad para hacer feliz a la gente. Aquella frase era mentira e injusta, pero

me ayudó a cambiar. O mejor dicho, me ayudó a no mentir. Mejor aún, me ayudó a no mentir diciendo que iba a cambiar.

**J**ulia es una artista reconocida, a veces con rachas fabulosas de venta de cuadros y otras en las que se dedica al diseño, tanto de espacios como de logotipos para distintas marcas. Hay épocas mejores y otras menos buenas, pero gana bastante dinero. Siempre ha ganado mucho más que yo. Nunca he tenido que «mantenerla», como temía mi padre. Casi desde el principio trabajamos juntos, es una manera distinta de decir que durante años he trabajado para ella. La he representado, he negociado sus contratos, la he aconsejado sobre los trabajos que debía aceptar y los que no, y la mayoría de veces me ha hecho caso. Hemos desarrollado juntos muchas ideas que luego se convirtieron en un éxito. Me gustaba estar en segundo plano, tapado. También llevaba su agenda, los coloquios y las entrevistas que hacía... Aquella que hizo en TV3 con Fede Mistral también la gestioné yo y, aunque a menudo la acompañaba, precisamente a aquélla prefirió ir sola...

Patricia Allen emocionó a muchas lectoras con esos personajes con los que las mujeres se sentían tan identificadas. Eso que los cursis llaman universo femenino estaba retratado con precisión y sentido del humor. Patricia Allen describía las dudas de las mujeres, sus miedos, sus pasiones y su deseo de una manera en la que la mayoría se sentían reflejadas. Se destacaba la manera en la que escribía las escenas de sexo y recibió decenas de cartas en las que muchas lectoras le decían que parecía que sus personajes eran ellas mismas. Al principio hizo algunas entrevistas por mail, pero cuando la primera novela comenzó a convertirse en un éxito dejó de hacerlas y el misterio sobre la identidad de la autora contribuyó incluso a que las ventas aumentasen. La mayoría de las lectoras creían que Patricia Allen era una escritora anglosajona afincada en España desde niña, sin prestar mayor interés al personaje. Sin embargo, en el mundillo editorial se supo que ése era un seudónimo y se especuló

con que detrás había una famosa periodista que no quería exponerse como profesional de prestigio al contar en sus novelas tantos capítulos sexuales. También se rumoreó que podía ser una actriz, pero eso era insostenible, porque cualquiera que haya conocido a una sola actriz sabe que su egocentrismo les impide hacer algo de forma anónima. Incluso se publicó que tras Patricia Allen estaba una política conservadora. Se dijo de todo, pero muy pocos intuyeron que Patricia Allen era un hombre.

Llevo muchos años observando a las mujeres. Mi fascinación por ellas ha sido obsesiva y mi deseo por agradarlas ha sido tal que mi placer ha estado vinculado al suyo. Digamos que siempre he sido un amante muy servicial. No sumiso, más bien generoso... Gustar a las mujeres y darles placer no ha sido para mí algo lúdico, sino una necesidad... Mi psicoanalista dice que para mí era muy importante la aprobación de mi madre hasta el punto de que mi felicidad dependía de ello. Ya se sabe que desde Freud los psicoanalistas buscan las causas de todo en la misma raíz y creo que casi siempre aciertan... Da igual lo que me moviera a conocerlas, pero el caso es que he puesto mucho empeño en hacerlo. Creo que llevo más de media vida escuchándolas, incluso cuando no hablaban, y tanta observación me ha servido para escribir a las mujeres como si yo también lo fuera.

He probado casi de todo y lo que aún no he probado seguramente lo probaré algún día. Una de las cosas con

las que experimenté durante algún tiempo fue el tantra. Experimenté primero como receptor y descubrí mucho de mí, pero las mejores experiencias las tuve aprendiendo a ser yo el «terapeuta». Ésa es la denominación correcta, que no masajista como yo decía al principio. Irene fue mi maestra, primero a través de mi cuerpo y después de varias sesiones a través del suyo. Le saqué un enorme partido a saber tocar, a descubrir el poder de las manos.

Una de las experiencias más espectaculares que he tenido en mi vida fue en una sesión de tantra con una mujer completamente desconocida. Irene me había hablado de una «paciente» suya que quería tener una sesión con un hombre. Ella se prestaba para que yo pusiera en práctica lo aprendido en todas las sesiones que llevábamos... Elena, que así se llamaba, había acudido a Irene recomendada por un psicólogo para tratar una anorgasmia. Después de un tiempo de terapia, los bloqueos fueron desapareciendo y con ellos su problema. Un día le dijo a Irene que quería probar con un terapeuta hombre y mi maestra pensó en mí. No sé por qué lo hizo, conociendo a otros más experimentados, pero el caso es que me lo propuso. Una tarde en la que llovía a cántaros quedamos Irene, Elena y yo en casa de Irene.

—¡Es mi primera vez! —le confesé.

—Me lo ha contado Irene.

—Yo estaré con vosotros al principio de la sesión — nos tranquilizó la maestra.



Elena era una mujer bajita, delgada, no especialmente guapa, ni siquiera atractiva. Más cerca de los cincuenta que de los cuarenta, de pelo corto muy negro y ojos grandes, muy vivos. Charlamos con un té, que era lo propio antes de vernos en la sala, y definimos la sesión: Elena sería la receptora y yo el terapeuta con la supervisión de Irene.

Los tres nos cambiamos de uno en uno guardando turno en el único baño de la casa. Yo fui el último, así que al llegar al futón ya estaban Irene y Elena esperando. En el inicio de la sesión siempre se lleva un pareo que cubre el cuerpo desnudo. Ellas por encima del pecho y yo por encima de la cintura. La caricia de la tela es el primer elemento placentero de una sesión tántrica. Irene nos ayudó a concentrarnos a través de la respiración, algo que tanto a Elena como a mí nos costó más de lo normal. Al quitarle el pareo, descubrí que el cuerpo de Elena era bastante bonito, con esa proporción tan asequible a las mujeres menudas, bajitas y delgadas. Poco a poco me liberé de la tensión mientras la masajeaba con mucho aceite estando ella boca abajo. La espalda, el cuello, los brazos, los glúteos, los pies, los gemelos, los muslos... Con una presión más fuerte a veces, acariciando otras. Al pasar mis dedos por la parte interna de sus muslos subiendo hasta rozar su sexo, Elena aumentaba la intensidad de su respiración. Irene comprendió que su participación era cada vez menos necesaria y, antes de

que Elena se diera la vuelta, se puso su pareo y se fue a otra parte de la sala, donde supongo que observaría sin ser vista... Cuando Elena se giró y se puso boca arriba frente a mí, me costó contener otro tipo de pulsión sexual, menos espiritual, pero me contuve y me centré en masajear su cuello y su pecho. Me situé de rodillas detrás de su cabeza y la masajeeé en círculos desde los muslos hasta sus hombros. Había momentos en los que se hacía evidente su excitación mientras la mía también era imposible de ocultar. Irene volvió en algún momento para recordarnos la importancia de la respiración para volver a desaparecer. Lo estaría haciendo bien. Después de casi dos horas de sesión, había que centrarse en el yoni. El yoni es la forma de denominar a la vagina y significa templo sagrado. Cosas del tantra.

Sentado frente a ella, abrí sus piernas y coloqué sus muslos encima de los míos, ella puso sus brazos detrás de la cabeza y cerró los ojos. Tal y como me habían enseñado, comencé a acariciar sus labios con mis dedos hacia arriba y hacia abajo, suave y lentamente. Notaba cómo Elena se iba excitando y abandonándose cada vez más. Sentía su entrega, percibía su placer en cada centímetro que acariciaba. Estaba suave por el aceite y la noté que estaba muy húmeda por dentro cuando decidí que era el momento de introducirle dos dedos. Busqué despacio el lugar exacto con las yemas de mis dedos, tal y como me había enseñado Irene, tal y como yo había

aprendido como un alumno aplicado... Lo que vino después fue simplemente colosal. Vaya por delante que en aquello que sucedió yo no tuve especial mérito, salvo el de estar allí como vehículo para aquella explosión tan maravillosa de placer. Con el simple movimiento de dos dedos, Elena comenzó a tener orgasmos. Lo digo en plural porque fue uno detrás de otro y de otro y de otro... Muy cortos algunos, algo menos otros, pero estremecedores todos. Había momentos en los que bastaba mover los dedos pocos segundos para que Elena se corriera. Después dejaba inmóviles mis dedos dentro de ella, respiraba profundamente y en cuanto a mí se me antojaba volvía a mover los dedos y se volvía a correr... Entonces sucedió algo que primero me desconcertó y después supuso una de las experiencias más intensas que he tenido. Elena comenzó a gemir de repente de una manera extraña, que no identifiqué sólo con el placer. Irene se acercó al futón, se arrodilló cerca de su cara y comenzó a respirar junto a ella mientras yo seguía tocándola por dentro. Entonces me di cuenta de que estaba llorando.

—¡Sigue, Claudio! —me pidió Irene.

Y seguí moviendo mis dedos mientras Elena no paraba de correrse, de gemir y de llorar, todo al mismo tiempo. Cada vez que yo quería y se me antojaba, tenía todo el poder en sólo dos dedos... A pesar de lo que pueda parecer, ver a aquella mujer llorando mientras tenía

orgasmos y empapaba por abajo el futón hasta casi encharcarlo fue algo mucho más espiritual que puramente sexual.

Hablamos después de la sesión y yo no me resistí a hacer alguna broma sobre lo que había sucedido. También se rieron ellas dos. Nos despedimos muy relajados, yo bastante menos que Elena, tengo que reconocer. No volví a verla nunca más y a Irene tampoco, ya que se fue a vivir a Dublín unos meses después. Lo que Elena me hizo aquella tarde fue un regalo y, aunque tardé en entender que yo tuve más suerte de estar allí que mérito en lo que sucedió, pocas veces me he sentido un hombre más poderoso.

—**D**ate prisa, que la reserva es a las nueve.

—Tenemos tiempo, no te preocupes —me contestó Julia con el secador de pelo en la mano.

Todavía no se había empezado a maquillar, ni a pintar, pero estaba guapísima. Llevaba un pantalón negro, una camiseta a rayas horizontales blancas y negras y unos zapatos de tacón alto y finísimo. Me acerqué y le toqué el culo antes de intentar besarla.

—¡Quita, pesado! —me apartó—. ¿No dices que vamos tarde?

Nos habíamos escapado cinco días a Nueva York y estábamos contentos. Julia y yo hemos ido muchas veces a Nueva York, al menos una vez al año y ha habido años en los que hemos viajado hasta en dos ocasiones. Nos encanta esa ciudad y la conocemos bastante bien. Dejar a los niños con alguna de las abuelas e irnos a Nueva York es una liberación para nosotros. Paseamos por Manhattan, hacemos compras, comemos y bebemos vino y tenemos

bastante sexo, mucho más que cuando estamos en Madrid entre niños y rutina.

—¿Tú qué te vas a poner? —me preguntó en un momento en el que dio tregua al secador.

—Había pensado ponerme la camisa nueva que me he comprado y un jersey.

—¿Y por qué no te pones la pajarita?

Esa misma mañana me había comprado una pajarita. Salvo las dos o tres veces que me he tenido que vestir de esmoquin para acompañar a Julia a alguna entrega de premios, nunca llevo pajarita. Esa mañana, en una tienda, mi mujer se empeñó en que me quedaría bien y me animó a comprármela definiéndola como «divertida». Y tanto. Se trataba de una pajarita estampada de flores de tonos azules y rosas. Cuando se viaja, y más a Nueva York, se compran cosas que allí te pones sin rubor, pero que de vuelta a Madrid te sientes absurdo al llevarlas. A mí me pasa sobre todo con los sombreros, que allí creo que me quedan bien y aquí me parece estar disfrazado.

—¿La pajarita? —me sorprendí.

—Si no te la pones esta noche, ¿cuándo te la vas a poner?

En eso tenía razón, así que le hice caso. Ella comenzó a maquillarse después de haberse secado el pelo y yo me empecé a vestir en el cuarto. Ya que me iba a poner la pajarita, me la jugué con una americana y unas zapatillas bastante coloridas. La combinación era arriesgada incluso

para estar en Nueva York, donde nadie te conoce. Esos *looks* que en otros te encantan, pero que, al llevarlos tú, sientes vergüenza.

—¿Qué te parece? —le pregunté desde la puerta del baño mientras ella se terminaba de poner el carmín.

—¡Anda! —exclamó sorprendida—. Estás...

—... un poco ridículo, ¿verdad? —terminé yo la frase.

—¡No, qué va! Me encanta.

Qué más daba. Efectivamente, yo me sentía bastante absurdo, pero estábamos contentos y estábamos en Nueva York. La esperé sentado a los pies de la cama mientras ella terminaba de arreglarse.

—Voy a llamar a los niños mientras acabas —le dije.

—Vale, habla tú con ellos y ahora me pongo yo.

—¡Mierda! No tengo batería, se me ha olvidado cargarlo.

—Coge el mío si quieres —me sugirió desde el baño.

Lo desbloqueé con su código y justo antes de marcar a mi hijo Claudio, en el móvil de Julia sonó la notificación de un nuevo WhatsApp.

Nunca he mirado su móvil, ni había tenido nunca la intención de hacerlo, pero no sé si por un acto reflejo, creyendo que se trataba de mi propio móvil, entré en la aplicación para leer ese mensaje que acababa de llegar: «¿Cuándo vuelves...? Tengo muchas ganas de volver a verte... Besos».

El mensaje era de Fede Mistral. El estómago se me

encogió y comencé a sentir un calor insoportable. Me fue imposible no entrar para ver la cadena de mensajes que Julia se mandaba con Fede, el presentador más popular de TV3, que la había entrevistado alguna que otra vez en su programa nocturno.

Sí. Julia y Fede Mistral se estaban viendo, como poco, desde hacía varios meses. Los mensajes no admitían ninguna duda y cada uno de ellos me dolía como un corte seco. Los había subidos de tono, en otros se concretaba una simple cita, y encontré incluso alguno bastante cursi. Permanecí un tiempo inmóvil con el teléfono en la mano, imaginando a Julia con Fede y sentí un sufrimiento tan grande que hasta dolía físicamente.

—¿No te lo cogen los niños? —me preguntó Julia, despreocupada, después de terminar de arreglarse, ya con el bolso colgado.

—No, no —contesté un poco aturdido.

—¿Te pasa algo?

—Nada, nada. ¡Vamos, que se nos hace tarde!

Hablé muy poco en el taxi. Tenía muchísimas ganas de llorar. Ya sé que no era demasiado relevante, teniendo en cuenta lo que acababa de descubrir, pero el ir vestido de aquella manera me hacía sentir completamente indefenso. Aquella ridícula pajarita de flores y esas absurdas zapatillas de colores me dejaban en una situación de inferioridad frente a Julia, frente a Fede Mistral, frente a todo el mundo... Julia estaba



deslumbrante. Guapa, *sexy*, irresistible. Llevaba el pelo suelto, se había pintado la raya de los ojos un poco más gruesa de lo normal y los labios de un rojo muy vivo. Nunca había sentido tantos celos. Jamás me había sentido más pequeño.

—¿Qué te pasa, Claudio? —me dijo muy seria.

—Nada —intenté fingir.

—Sé que te pasa algo —insistió preocupada.

Intenté contestarle, pero ya no me salió la voz y comencé a llorar sin poder evitarlo.

—He visto tu móvil —respondí entre sollozos.

La cara de Julia se descompuso al entrar en su propio WhatsApp y repasar lo que yo había leído. Yo saqué fuerzas y me recompuse para poco a poco dejar de llorar. Me quité la pajarita, me abrí un par de botones de la camisa y me sentí un poco más digno.

—¡Lo siento!

Fue la frase que dijo antes de cogerme la mano. La mano que ella y yo siempre nos cogemos cuando más nos necesitamos.

A mi madre le apetece muchísimo venir a casa a hacerles la comida a los niños. Les va a preparar el puré de verduras que tanto les gusta y de segundo el pescado rebozado, que es el único pescado que Claudio, Juan y Bruna se comen con agrado.

—Mamá, no es necesario que vengas a mi casa a cocinar.

—Bueno, pero es que a mí me hace ilusión.

—Vale —acepto porque me parece un buen argumento—. ¿Qué necesitas para hacer la comida?

—Nada, ya llevo yo las verduras y el pescado.

—No, mamá, ya lo compro yo.

—No, que no es lo mismo.

—Mamá, la pescadilla es igual en todas partes.

—De eso nada.

—A ver, ¿tú dónde la compras? —le pregunto.

—En el mercado.

—Por eso, yo también la compro en el mercado.

—Bueno, que no es lo mismo y ya está.

—Pero mamá...

—Que la llevo yo y se acabó lo que se daba.

Mi madre ya es una mujer mayor. Hace tiempo que lo es y ahora lo único que necesito de ella es quererla y que me quiera. Hubo una época en la que me nutrí de ella, en la que sobreviví gracias a ella, y hubo otra en la que tuve que desprenderme de ella para poder curarme.

Mi madre me salvó y fue la que creyó en mí. Mis hermanos siempre han dicho que yo era su favorito y, aunque ella lo niega, sí que lo fui. Y no porque fuera yo, sino porque mi madre siempre prefiere a los que más la necesitan.

Ella me enseñó que la única mirada posible es la mirada hacia delante. Mi madre hubiera sido capaz de tirar cualquier muro que se pusiera enfrente, así la veía yo. Ha hecho en su vida cosas extraordinarias. Mi madre nunca teorizó sobre nada, simplemente lo hizo y haciéndolo me lo enseñaba. Con más de cuarenta años y sin saber casi leer ni escribir, decidió cambiar su vida, dedicando buena parte de ella a los demás. Recuerdo a la perfección el día que me lo contó en la cocina nada más llegar yo del instituto.

—Esta mañana he estado en la cárcel visitando a un preso.

—¿A un preso? —No sabía de lo que me hablaba.

—Sí, se llama Marcos. Fue un niño abandonado, es

drogadicto y está en la cárcel por robar... El martes vuelvo a verle.

Marcos fue el primero, luego llegaron Germán, William, Luis, Juan Carlos... Montó una asociación, buscó financiación en bancos, en instituciones, en iglesias, en administraciones... Se hizo amiga de los jueces y funcionarios que ayudaban a «sus» presos y enemiga de aquéllos sin la sensibilidad suficiente para comprender que, dependiendo de las circunstancias, cualquiera de nosotros podría acabar al otro lado de las rejas. Tiene varios pisos de acogida y ha ayudado a rehabilitar a más de mil presos de los que sabe su nombre y conoce sus delitos, sus condenas y su trayectoria desde que estaban en prisión hasta que encontraron un trabajo, se independizaron y tienen vidas normales. Durante años han pasado por mi propia casa decenas de «chicos» que veían en mi madre a la suya.

—¡Yo creo que Juan Carlos se está poniendo otra vez!  
—le revelaba yo a ella.

—Ya lo sé, pero hay que tener paciencia.

Mi madre sabe más de drogas que la mayoría de los expertos en drogadicción y más derecho que la mayoría de abogados.

Muchos chavales se quedaron en el camino, seguramente la mayoría, pero con ella siempre tenían una nueva oportunidad. Recuerdo cómo lloró cuando, a la mañana siguiente de haber estado en mi casa, encontraron

a Juan Carlos muerto por sobredosis en el banco de un parque...

Ahora, aunque sigue trabajando en la asociación, la veo mayor, un poco cansada, un poco distinta, friendo la pescadilla para mis hijos. Mi madre tiene muchos defectos, uno de ellos es que no le gusta escuchar que los tiene, pero es una mujer enorme. Hace algunos capítulos escribí que soy un yonqui de la alegría. Y lo soy porque un día fui un yonqui de la alegría de mi madre, de su fuerza, de su incapacidad para lamentarse.

Nunca ha sido una mujer simpática, sus formas han sido más bien duras, pero tampoco he visto a nadie más capacitada para dar cariño, para dejarse el alma queriéndote, ayudándote. Era mi motor, el motor de todo el que la rodeaba.

Nadie sabe por qué somos como somos. Hay una carga genética, pero somos lo que vemos y, sobre todo, lo que nos dan. Y yo soy como soy, sobre todo, por ella.

Mis hijos quieren mucho a su abuela, que les hace el mejor puré del mundo y que fríe el pescado con algún truco extraño que lo hace irresistible. Le duelen los huesos, como dice ella, como si todos los huesos fuesen el mismo, y padece achaques que creo que no tiene. Alguna vez fue injusta conmigo y yo la hice sufrir mucho más de lo que se merecía.

Cuando alguien me reconoce que he logrado algunos méritos en mi vida, pienso en mi espejo y ahí siempre está

reflejada ella.

Algunos años antes de aquella noche en la que descubrí los mensajes de Julia con Fede Mistral y en esa misma ciudad, le había confesado a mi mujer que me estaba empezando a agobiar, que me estaba volviendo a precipitar hacia una mentira constante sobre lo que hacía y sobre lo que quería hacer. No quería mentirle, ni quería engañarme.

—Háblame claro —me pidió Julia.

Acababan de inaugurar aquel restaurante japonés en un barrio de Manhattan llamado Meatpacking. Conseguimos mesa gracias a que unos amigos que viven en Nueva York tenían algún contacto y además nos dieron un sitio de privilegio en el que estábamos rodeados de mujeres y hombres que eran guapos o estaban tan arreglados que lo parecían. Chicos rubios, mujeres negras, señoras elegantes, hombres altos y chicas con tipazo... Estábamos en el sitio en el que quería estar todo el mundo de la ciudad a la que todo el mundo quiere ir.

—Estoy cansado de renunciar, de mirar siempre para otro lado. No creo que el amor consista en eso.

—¿Y qué quieres hacer?

Sea japonés, sea marisco o sea pescado, Julia y yo siempre pedimos vino tinto. A ella no le gusta el blanco y a mí me da dolor de cabeza, así que en eso hay consenso.

—No lo sé. Lo único que tengo claro es que quiero estar contigo...

Julia sabe hablar inglés, así que es ella la que se comunica con los dependientes o los camareros cuando estamos allí. La que nos atendió era una chica oriental muy guapa a la que mi mujer estaba consultando la carta entera. Yo no sé inglés y tampoco me sé el nombre de los platos japoneses, así que me puse enteramente en sus manos.

—He pedido unos langostinos rebozados, *sushi*...

—Me da igual —la interrumpí—. Tengo mucha hambre, así que todo me parece bien.

—Yo también quiero estar contigo —retomó el tema mientras me propuso chocar las copas para brindar.

—¡Por nosotros!

Julia sabía mi biografía, sabía las cosas que hice con mis anteriores parejas. Es más, ella y yo nos conocimos en una infidelidad mía y también suya...

—El chalé, los niños, la perra, la compra en el súper, el coche familiar, cenar siempre con otras parejas para hablar de hijos, de trabajo, de política... A veces siento



que la rutina puede deshacer algo tan hermoso como lo que hemos creado.

—¿Estás agobiado?

—¿Y tú no lo estás?

—Sí, un poco.

—Julia, me gustas. Quiero estar contigo, reírme contigo, acostarme contigo, pero necesito espacio...

—¡Quieres acostarte con otras!

—Necesito emoción... de vez en cuando me gustaría estar donde no debo estar.

Estábamos empezando el último plato y ya casi no quedaba vino. Daba la sensación de que habían bajado la luz del restaurante y que había subido un poquito la música. El local se parecía cada vez más a un bar de copas.

—Te pedí que me hablastes claro —me recordó.

—No puedo ser fiel. Al menos, no puedo serlo siempre desde el día que te conocí hasta el día que me muera. Ni puedo, ni quiero serlo.

Bebió sin contestar. Hay veces que se dicen cosas que el otro también está sintiendo.

—Pero nos podemos hacer daño —dijo.

—Es verdad. Y me da miedo, pero también me hace daño engañarte.

Llamé a un camarero en cuanto terminamos los postres.

—Me voy a tomar un *gin-tonic* —le dije.

—Y yo un mojito —me contestó.

Julia le pidió al camarero las copas y éste las anotó en una agenda electrónica. Como todos y todas, el personal parecía salido de una sesión de modelos de fotografía. Llevaba unos pantalones azul marino con tirantes y una camisa blanca, bajo la que se intuía un torso y una espalda bien formados, que le favorecía su piel morena. Tenía unos labios gruesos, unos ojos oscuros y una barba de varios días.

—Es guapo, ¿eh?

—¡Uff! —suspiró—. Sí que lo es, sí.

No creo que haya nada malo en desear a otras personas. Nos han enseñado que si se quiere a alguien no puede apetecerte estar en una cama con nadie más. Me parece muy bien a quien le suceda, pero a mí no me pasa. Como teoría irrefutable nos la inculcan, pero yo aseguro que es falsa.

—Hubiera sido más fácil no hablar de esto —me justifiqué.

—Nunca te motivan las cosas fáciles —me dijo de buen tono.

—¿Y tú qué piensas?

—No lo sé.

—Ahora soy yo quien te pide que hables claro.

—En este momento estoy celosa... —se detuvo un instante para sorber un poco de mojito por la pajita—, pero te reconozco que a mí me pasa algo parecido.

Pedimos otro *gin-tonic* y otro mojito, que nos tomamos en la barra del restaurante que ya se había convertido definitivamente en un bar de copas. Antes de terminar las bebidas nos besamos como dos novios en las primeras citas. Nos fuimos al hotel metiéndonos mano en el taxi que conducía un negro comiéndose una hamburguesa y así llegamos hasta la habitación donde nos buscamos ansiosos, como hacía tiempo que no sucedía. No hablamos de las condiciones, ni siquiera de que si aquello que nos habíamos reconocido durante la cena era un pacto. Daba igual, sólo con el hecho de enfrentarnos a aquella verdad nos sentimos un poco más libres.

Hay una película de Woody Allen que no era de mis favoritas hasta que la he vuelto a ver mientras escribo esta novela. *Desmontando a Harry* trata de un escritor en cuyas novelas se ven reflejadas todas las personas que han sido importantes para él. Sus mujeres, sus amantes, sus padres, su hermana, su cuñado... Construye sus tramas variando nombres o situaciones, pero todo el mundo sabe que sus personajes son las personas que le han rodeado. Después de muchos avatares, todos los seres queridos en los que se inspira para escribir acaban muy enfadados con él.

María Teresa, la directora, y mis editoras Marisa y Cristina me están esperando en el despacho de la primera en la editorial. Es una reunión para hablar de plazos, de fechas para publicar la novela, de posible título, de ideas para la portada. Y de muchas cosas más.

—Menuda exposición —me alaba María Teresa— la que estás haciendo de tu vida.

—Mucha gente se va a preguntar lo que es verdad y lo que no lo es —comenta Cristina.

—Yo también me lo pregunto —cierra Marisa.

—Nos lo preguntamos todas —corrobora María Teresa.

—Casi todo es verdad, aunque parece mentira —les confieso.

—Cualquiera que te conozca sabe que Claudio eres tú —coinciden las tres.

—Espero que la novela la lea más gente de la que me conoce —bromeo.

—Y nosotras —sonríe Marisa.

Tenemos confianza, me tratan desde hace años y creo que me dejo preguntar cualquier cosa. Les hablo del argumento de *Desmontando a Harry* y les cuento que la película empieza cuando la cuñada de Harry, al que interpreta Woody Allen, va a su apartamento para asesinarle al verse reflejada en su novela. Afortunadamente, se trata de una comedia.

—¿Te preocupa lo que opine tu familia? —pregunta Cristina.

—Ahora ya no hay un seudónimo en el que escudarte —apunta Marisa.

—Me preocupa, pero no puedo pensar en eso. Si no, no escribiría esta novela.

—¿Y por qué lo haces?

—La escribo porque necesito escribirla.

—¿Y Julia? —se atreve a preguntar María Teresa.

—Como lectora, le está encantando... Como mi mujer, todavía dice que no tiene muy claro lo que pensar.

—Ella sabe que no es más que una novela —me intenta animar Cristina.

—Ella precisamente es la que sabe que no lo es.

**D**espués de algunos años volví a hacer psicoterapia. Y desde entonces para mí es algo recurrente cuando creo que estoy próximo a que alguna parte de mí se descontrole. Y eso me pasa muy a menudo cuando estoy escribiendo.

Cosme me enseñó que el tratamiento finalizaba siempre después de una lucha del paciente con la puerta. Es decir, después de un largo periodo en el que la pregunta más habitual es hasta cuándo seguir antes de abrir la puerta y marcharte. Parece ser que se trata de llegar a tener a un psicoterapeuta dentro de ti y sacarlo cuando haga falta. Cuando eso se logra, ya no es tan necesario pagarle a otro. Yo tardé cinco años de psicoanálisis y otro más de psicoterapia de grupo hasta que tuve el alta.

Pasé años sin sentarme en un diván, hasta que comencé a escribir mi primera novela y desde entonces acudo a Marcelo cada vez que empiezo una obra nueva.

No quise volver a la consulta de Cosme de manera premeditada, porque ésta ya era otra época en la que nada dolía tanto como dolía entonces.

Conocí a Marcelo a través de Cristina Burgos, la editora, que me lo recomendó porque desde hacía algún tiempo también la trataba a ella. Ahora ir al psicólogo o al psiquiatra, a terapia al fin y al cabo, es algo completamente normal y eso me parece un gran avance social. Es cierto que no a todo el mundo le va bien, pero a mí el psicoanálisis me salvó la vida. Puede que suene contundente, pero creo que, de no haber encontrado el camino que me marcó el diván, yo ahora no estaría vivo.

Marcelo es argentino de nacimiento y, aunque lleva muchos años en España, todavía conserva su acento casi intacto. Es un enorme conversador, aunque no sea ésta la principal virtud que deba tener un terapeuta, sino la de escuchar. Eso también lo hace bien, pero con Marcelo, al margen de lo meramente clínico, hay un diálogo intelectual que me reconforta.

No sólo voy a verle cuando estoy en el proceso de escritura, también tuve que llamarle nada más volver del viaje a Nueva York en el que descubrí que Julia se estaba viendo con el presentador Fede Mistral.



Cuando era pequeño, en los últimos años de la EGB y los primeros de instituto no era capaz de escribir más allá de la primera página de los cuadernos. Recuerdo aquello como una de las cosas más frustrantes que me han sucedido jamás. Y me da rabia que ningún profesor o tutor o mis padres no se dieran cuenta de que esa incapacidad para escribir debía de ser algún síntoma de que algo no estaba funcionando bien dentro de mi cabeza. Lejos de eso, concluyeron que lo único que me pasaba es que era un vago. No era verdad, ahora sé que no lo era y tal vez en ese momento también lo sabía, aunque no fuera capaz de expresarlo. Casi cada semana me decía a mí mismo que ésa iba a ser la del cambio. Iba a prestar atención en clase, a tomar apuntes y luego los estudiaría. Compraba recambios nuevos para el cuaderno de anillas, separadores, lápices y bolígrafos con la esperanza de cambiar, de ser uno más en la clase. Jamás lo logré. Empezaba, pero me resultaba absolutamente imposible

prestar atención, era como si los profesores no tuvieran volumen, como intentar entender un programa de televisión sin sonido. Me producía un agobio inmenso comprobar que, sin darme cuenta, en el cuaderno había escrito frases sin sentido mientras intentaba tomar apuntes sobre lo que se explicaba en clase. Tampoco era capaz de escribir las palabras del mismo tamaño y creo que la caligrafía podría hacer pensar que cada renglón era de una persona distinta. Peor aún era mirar alrededor y ver los cuadernos de los compañeros llenos de palabras ordenadas o con gráficos copiados de la pizarra. Yo ni siquiera era capaz de eso. Nunca pasaba de la mitad de la primera hoja del cuaderno con palabras sin sentido y de distintos tamaños. Me entraban ganas de llorar, pero lejos de mostrar tristeza, lo que hacía era burlarme de los profesores, de los compañeros de apuntes limpios y coherentes para fingir que aquello no iba conmigo.

Mantengo mi empeño de no culpar a nadie, pero alguien debería haber prestado atención a aquellos cuadernos, alguien tendría que haber entendido que aquellas hojas no eran las de un niño vago, sino las de un niño que necesitaba ayuda... Me gustó la reflexión de Marcelo cuando le conté en la consulta no hace mucho mi queja sobre que alguien debería haber leído lo que yo escribía en aquellos cuadernos.

—Y fíjate ahora que escribes libros la cantidad de gente que te lee.

Era otra época en la que en la enseñanza todo se explicaba de una manera tan simple como dañina y en la que era difícil habitar si no eras un niño como los demás. En alguna clase, no recuerdo si con once o doce años, nos colocaban según eran nuestras notas y nuestro comportamiento por orden de «listos». Los más «listos» delante y los menos «listos» detrás. Tal cual. En aquella siniestra disposición yo siempre estaba entre los últimos, alternando los tres últimos puestos entre mis amigos Mauricio y Héctor. No sé qué habrá sido de ellos, pero seguro que no tuvieron tanta suerte como yo. Apostaría a que no la tuvieron.

En la actualidad, hay corrientes que hablan de que en la nueva enseñanza se está perdiendo la cultura del esfuerzo, que hay una excesiva protección a los alumnos y se advierte del peligro de que los profesores hayan perdido la autoridad frente a los alumnos. Y yo estoy completamente de acuerdo con esa teoría, de verdad que sí. Sin embargo, y aun estando muy lejos de justificar la violencia de ningún tipo, tengo que reconocer que algunos profesores de los que tuve se hubieran merecido, como poco, un tortazo con la mano abierta por estúpidos, por simples, por ignorantes... Así, en toda la cara, de los que humillan más que duelen.

**E**nterarme de que mi mujer había tenido un amante —al menos uno— fue doloroso. Me pasé semanas en las que alternaba y mezclaba sentimientos encontrados. Tristeza, nostalgia, emoción, rabia... A veces me daban ganas de marcharme y otras de abrazarla y besarla con fuerza. Ella también lo estaba pasando mal, yo sabía cómo se sentía. La tentación de acabar la relación con Julia era poderosa, pero sabía que si eso sucedía, habría sido un hombre normal, alguien a quien yo hubiera podido comprender, pero al que jamás habría admirado. Habría sido simplemente uno más. A veces la vanidad también sirve para salvarte.

La casualidad quiso que Fede Mistral tuviera una buena racha profesional y empezase a salir por todas partes. Le dieron un programa en Antena 3 y comenzó una campaña de publicidad en la que anunciaba una marca de colchones. Precisamente de colchones. Aparecía en todos lados cuando veía la tele con los niños, en las

cuñas de radio, en unas enormes vallas publicitarias en las que salía tumbado en una cama de manera sugerente. Y es que Fede Mistral era muy guapo, encima.

Hubo un día que le di un puñetazo al volante cuando vi su cara en una marquesina del autobús al mismo tiempo que escuchaba su voz en la radio del coche hablando de lo placentero que era el colchón ese que anunciaba. Tardé días en poder mover la mano sin que me doliera. Otras veces se imponía la razón y sentía que lo sucedido en realidad no era tan importante.

—Yo también he sido infiel —le recordaba a Marcelo.

—¿Y por eso crees que te debe doler menos?

—No, pero no me puedo enfadar.

—Enfadarse no es algo voluntario.

—No estoy enfadado —le insistía.

—Creo que sí estás enfadado, aunque no estés enfadado con ella... —matizaba mi psicoanalista.

Era verdad, estaba rabioso por lo que había pasado, podía torturarme imaginándola con él, entristecerme o sentirme un poco ridículo. Todo eso me pasaba, pero yo nunca me enfadé con Julia. Y no porque yo también hubiera estado con otras personas, ni siquiera porque fuese algo que habíamos pactado, simplemente nunca sentí que Julia hubiera hecho nada mal.

A mí siempre me han atraído más las mujeres infieles, es la verdad. Mejor dicho, las que se atreven a serlo cuando lo desean. Las que nunca lo han deseado, no se lo

han planteado o no lo han imaginado me interesan menos. No digo que sean peores —ni, por supuesto, mejores, como muchas veces se cree—, simplemente a mí las mujeres que no dudan me provocan cierta indiferencia. Cada uno tiene su moral, pero detesto los dogmas. He visto mujeres fieles que no soportaban a su marido y hombres que humillaban a su mujer sin plantearse marcharse con otras. Hay gente que considera que estar vivo es respirar; yo creo que estar vivo es desear.

Julia pinta, tiene ideas, proyectos, ilusiones, me ama y es imposible querer más y mejor a mis hijos... Es una mujer maravillosa que siente y desea. A mí, a otro, o sola. No podía enfadarme con ella por ser la misma mujer de la que me enamoré. Había dos opciones, intentar superarlo amándola o dejarla por ser incapaz de aceptar que es imposible ser único.

Ya he mencionado que uno de los síntomas que más me afectaban de mi enfermedad era mi fobia a estar sentado en una mesa en la que había más de tres personas. No podía hablar, me bloqueaba hasta el punto de no poder ir más allá de unos cuantos monosílabos. De pie me era más fácil, siempre y cuando no estuviera en un grupo de personas que se situara en círculo: si la disposición era ésa, yo tenía que huir irremediablemente. El verbo es justo ése, huir. Ese miedo irracional a estar con gente comenzó también con catorce o quince años y me torturó durante demasiado tiempo. Los momentos más tremendos los recuerdo cuando tenía que comer con los compañeros de la obra. O si no me quedaba más remedio que acudir a un cumpleaños o a alguna boda... Muchas veces no podía ni tan siquiera comer con mi propia familia, mis padres y mis hermanos, así que los fines de semana me inventaba que me dolía algo para comer antes o después que ellos. Y si no podía evitarlo, me iba al sofá nada más terminar el

último bocado. Ellos se mantenían en la mesa para los postres y el café y yo los observaba fuera de ese círculo que me oprimía. Era agotador. Cuando no podía huir, tenía que ir al servicio constantemente porque sentía un miedo atroz. No tengo ni idea de a qué, pero me quedaba paralizado y me costaba hasta tragar saliva...

En mi último año de psicoanálisis, Cosme me recomendó asistir a terapia de grupo. Él organizaba reuniones con pacientes en la fase final de su tratamiento para compartir experiencias y, aunque a mí me resultaba un poco ridículo, me aseguró que me vendría bien. El grupo empezaba de cero, es decir, que ninguno había tenido antes esa experiencia grupal y todos la comenzamos a la vez. Era los lunes a las ocho y media de la tarde y terminábamos dos horas después. El primer día, después de los saludos, me vi sentado en círculo con ocho personas desconocidas mirándome a los ojos.

—Claudio, he pensado que seas tú el que te presentes primero —empezó Cosme la sesión—. Explícanos por qué estás aquí.

Había mejorado mucho de mi fobia en los últimos años, aunque sin tenerla del todo superada porque de repente aparecía algún episodio suelto en el momento menos esperado. De todas formas, aquella situación en la terapia de grupo era una prueba demasiado dura para mí.

—Cosme, yo preferiría —dije, tragando saliva con dificultad— que empezase otro.



—¿Por qué? —me preguntó el psiquiatra.

—Es que en este momento no me encuentro bien —le confesé mientras me sentía escrutado por los ocho desconocidos.

—¿Qué te ocurre exactamente? —insistió.

—Estoy muy nervioso —respondí entrecortado.

—Pues eso es lo que debes contarnos.

—¡Mira, Cosme, estoy nervioso y me siento un gilipollas delante de estas personas! —Eso me salió todo de corrido. Sonrieron todos y noté que el ambiente se relajaba. Así que continué—: Yo tengo fobia a estar en situaciones como ésta. Será por eso por lo que Cosme ha querido que empiece yo. Ya sabemos todos que nuestro psiquiatra es un poco cabrón —concluí con tono irónico.

Se rieron todos, creo que definitivamente nos relajamos con el murmullo.

—Me llamo Claudio, trabajo en la radio y escribo en varias revistas. Estoy casado y...

—¡Está bien! —me interrumpió Cosme con una sonrisa cómplice—. Ya nos seguirás contando. Ahora me gustaría que hablase Emilio...

Emilio lo había perdido todo por culpa del alcohol. Un negocio boyante con concesionario y taller de coches, su mujer le había dejado y pasó años sin ver a su hijo. Nos contaba que ahora estaba intentando que el chico le perdonara y recuperar su relación con él. También estaba Félix, un chico gay que había sido maltratado por su

padre y que se expresaba con dificultad. Un señor corpulento, creo recordar que se llamaba Carlos, que dirigía un bufete de abogados y tenía una extraña relación con el sexo después de recibir una educación ultracatólica. Luis, que había tenido problemas con drogas. Ignacio, que había pegado a su mujer sistemáticamente. Prudencio, que era un señor muy tosco en las formas, al que le gustaba vestirse de mujer. A Prudencio le pasaban más cosas y más importantes, pero sólo me acuerdo de ésa. El primer día que nos lo contó acabó llorando, pero al cabo de unos meses llegó a reírse ironizando sobre aquella afición. Pedro y Aurelio iban menos y, aunque llego a visualizar sus caras, no soy capaz de reproducir sus historias. Creo que Pedro nunca contaba la verdad, eso se notaba en aquel grupo, y de Aurelio sólo recuerdo que era *heavy*... Todos reímos y lloramos una o varias veces en aquella terapia semanal. Nos emocionamos, nos sentimos identificados con los problemas del resto, en algún momento nos enfadamos unos con otros, escuchamos cosas que no nos gustaron sobre nosotros mismos y dijimos algunas inconveniencias a los demás. Durante aquellas dos horas semanales tan intensas con personas tan distintas entendí lo mucho que nos parecemos todos. Fue un descubrimiento inesperado, emocionante... Es algo que me hubiera resultado más difícil de entender fuera de aquella consulta grupal. Tenemos casi los mismos miedos, parecida inseguridad, deseo, queremos

que nos quieran, necesitamos casi las mismas cosas y sufrimos por lo mismo. Unos más altos, otros más feos, más inteligentes o más tontos, más cultos, menos ignorantes, más sabios, menos experimentados, el que te cae bien o al que no soportas... No hay tantas diferencias entre unos y otros. Si sabes de ti, llegas a saber mucho de los demás.

Julia exponía en Sevilla para el Banco del Sur durante una semana en la que esta entidad patrocinaba distintas actividades culturales, entre ellas su exposición de pintura. Fue una casualidad que esa entidad se interesara por su obra y por tanto no estaba planeado que yo —que sigo llevando las cosas profesionales de mi mujer— tuviese que organizar con María Jesús, la directora de comunicación del banco, todas las entrevistas que los medios sevillanos le iban a hacer a Julia por este motivo. María Jesús y yo no nos veíamos desde la noche que me presentó a Amalia. A ésta sí la había visto un par de veces más, en Sevilla y en Madrid, después de nuestro encuentro en el hotel Miguel Ángel. Seguía siendo igual de maravillosa, pero cada vez más desinhibida, sobre todo después de unas cuantas copas de vino blanco. Supongo que también estaría en la inauguración de la exposición para la que se estaba preparando un evento de categoría que serviría para abrir esa semana cultural que

patrocinaba el Banco del Sur. Iba a cantar Alejandra Brunis —otra casualidad— y un cantaor de flamenco, que era la revelación en Sevilla. Estaba confirmada la presencia del alcalde, de cargos destacados de la Junta y estaba casi cerrada la asistencia del ministro de Cultura. Todo lo iba a presentar Mari Cruz Heredia, la presentadora estrella de Canal Sur, que además estaba muy de moda porque acababa de confirmar su relación con un torero muy famoso.

La noche era espléndida en Sevilla. Buen tiempo, sin calor, lo que a las mujeres les permitía poder ponerse tirantes, pero si se quería tampoco estorbaba un chal. Julia era una de las estrellas de la noche, así que había pedido un vestido a un diseñador famoso, que le había dejado uno azul marino de terciopelo que le marcaba la figura, todavía más *sexy* después de subirse en unas sandalias de tacón altísimo. Se dejó el pelo suelto y ondulado y los labios se los pintó de rojo. Era imposible no mirar a esa mujer y quedar fascinado, ni siquiera yo, que ya la tengo tan vista.

—Te deberías haber puesto pajarita —me dijo cuando entrábamos en el palacio donde exponía.

—No me dan buena suerte —le contesté.

Había muchísima gente y Julia era una de las invitadas más solicitadas. Le presenté a María Jesús, que estaba organizando todo para que no faltara detalle.

—Es muy mona la chica esa de comunicación —me

comentó Julia, en uno de los pocos momentos en los que nos quedamos solos.

—Sí, está bien —respondí, fingiendo cierta indiferencia.

—¿Y dices que fue compañera tuya en el periodismo taurino?

—Sí, pero hace ya muchos años.

A Julia se la llevaron más cerca del escenario con las autoridades que querían saludarla. Le dije que luego me aproximaría yo.

De lejos estaba viendo a Amalia, que estaba con el director del Banco del Sur, mientras a mí me estaba martirizando una señora que me conocía de mi época de crítico taurino y que estaba muy indignada porque los antitaurinos estaban intentando acabar con la fiesta.

—En la cárcel los metía yo a esa panda de piojosos.

—Mujer, a lo mejor eso es un poco excesivo...

—¿Excesivo? —me gritaba—. Los metía en la cárcel y tiraba la llave al Guadalquivir para que se pudrieran ahí dentro.

Me rescató María Jesús, que estaba pendiente de todo, y me llevó a otro lado de la sala.

—¿Te acuerdas de Amalia? —me preguntó antes de llegar hasta ella—. Es mi jefa, te la presenté una noche en Sevilla.

—¿Amalia? —disimulé—. Creo que sí.

—¡Éste es Claudio! —le dijo cuando la tenía delante

—. Os conocisteis una noche en un bar de la calle Betis.

—Me acuerdo perfectamente —contestó Amalia—. ¿Qué tal te va?

—Muy bien. ¿Tú qué tal?

—Muy bien también... Tengo que darte la enhorabuena por tu mujer. No sólo es una gran artista, sino que es muy guapa.

—Muchas gracias. Luego te la presento.

—Os deajo, que esto va a empezar —nos interrumpió María Jesús—. Voy a decirle a Fede que salga al escenario.

—¿Fede? —me sorprendí.

—Fede Mistral —me aclaró Amalia—. El presentador de televisión que va a conducir este evento.

—¿Pero no lo presentaba Mari Cruz Heredia?

—Esta mañana nos han avisado de que a su novio le ha cogido un toro entrenando en el campo y está con él en el hospital...

—¿Es grave? —me interesé.

—No, es poca cosa, pero prefería quedarse con él. Ya sabes, están empezando la relación.

—Claro, claro.

—Menos mal que Fede Mistral estaba disponible y esta mañana ha cogido un AVE para presentarlo él.

—¡Vaya mierda!

—No te preocupes, ya te he dicho que lo del torero no es grave.

—Ya...

—¿Conoces a Fede? —se interesó Amalia.

—No tengo el gusto.

—Es un amor... Y además, es guapísimo.

Fede salió a presentar y pronto se metió a todo el público en el bolsillo con un par de chistes nada más empezar. Vi que Julia me buscaba con la mirada para que fuese al grupo de las autoridades donde estaba ella, así que me abrí paso entre la gente para acercarme hasta allí mientras que el presentador hacía su monólogo. Ella tampoco sabía que Fede Mistral iba a ser el presentador de la gala y supongo que estaría incómoda por mí. Cuando me puse a su lado, le di un beso en la mejilla y le agarré de la mano. Fede Mistral terminó la presentación y dio paso a la primera actuación de la noche, un par de canciones de Alejandra Brunis, que desde el escenario me guiñó un ojo después de poner una enorme cara de sorpresa al verme allí. Antes de que saliera el cantaor, el presentador dio paso a un breve discurso del director del Banco del Sur. Después le tocaba al ministro, para cerrar la parte más institucional del evento, pero antes Fede Mistral tuvo unas palabras muy amables para Julia, de la que alabó su talento para el arte y su belleza. Después de decir lo guapa que era, hizo la típica broma de: «Mejor me voy a callar, que me han soplado que está el marido y que es un Ironman». La gente se rio, Julia hizo lo propio y yo, cómo no, me reí un poquito más. Después del discurso



del ministro y de un par de canciones del cantaor y dos más de Alejandra Brunis comenzaron las copas que amenizaba un DJ que llevaba un gorro de lana como si estuviera en una estación de esquí en Andorra.

—¿Cómo estás? —me preguntó Julia en referencia a la presencia de Fede Mistral.

—Muy bien —respondí.

—¿En serio? —insistió.

Con esa pregunta me estaba diciendo que no se creía que yo estuviese bien, pero sinceramente sí que lo estaba. Superada la sorpresa inicial de encontrármelo, había algo en todo aquello que me atraía poderosamente. Puede que fuese morbo, el reto de enfrentarme a una situación tan incómoda o esa sensación de tener una información que el otro no tiene.

—Si te resulta violento, podemos irnos —propuso Julia.

—De verdad que no. ¿Tú cómo estás? —le pregunté.

—Bien —me dijo muy segura—, pero si me pongo en tu lugar...

—Preséntamelo —le pedí.

—¡Cómo eres! —exclamó, creo que con admiración.

Julia ya me había contado lo que Fede suponía para ella. Me dijo que su primer encuentro fue la primera noche que la entrevistó en su programa y después mantuvieron encuentros puntuales, tanto en Madrid como en Barcelona. Sé lo que eso significaba y lo cierto es que

no significaba mucho. Yo le pedí a Julia que nunca le contase que yo lo había descubierto y tengo la certeza de que así lo hizo. También estoy seguro de que no habían vuelto a verse.

Alejandra Brunis y yo nos saludamos con cariño y se extrañó de que no hubiera vuelto a escribir. Naturalmente, no le desvelé lo de las novelas que firmaba con seudónimo, pero le conté que estaba dándole vueltas a escribir una muy pronto.

—¿Y de qué irá? —se interesó.

—A lo mejor cuento mi vida.

—Si te atreves a escribir todo lo que me contaste, no me la pierdo.

Alejandra y yo hablamos mucho de su vida mientras me la contaba para que yo la escribiera, pero en todas aquellas conversaciones también le conté buena parte de la mía. Me servía para que se abriese y se atreviera a desvelarme muchos de sus secretos. Entre Alejandra y yo llegó a haber tanta conexión durante aquellas conversaciones que pronto olvidamos la tentación de pasar a mayores. Al menos yo, porque creo que ella nunca la tuvo. Yo no la atraía físicamente y, aunque en los primeros días fantaseé con ella, pronto comprendí que lo mejor de nuestra amistad iba a estar en la palabra. Las mujeres a las que yo no les atraigo sexualmente dejan de gustarme muy pronto. Hay personas que creen que esto es un exceso de vanidad, pero yo creo que es simplemente

respeto. Nunca me gustaría estar con quien no quiere estar conmigo.

—Pues no entiendo cómo habiendo sido usted crítico taurino puede defender a esa gentuza...

—Señora, yo no los defiendo. Lo único que le decía es que meterlos en la cárcel me parece un poco excesivo...

—Sí los está defendiendo.

—Lo que usted diga, señora...

—Bueno, o los metemos en la cárcel o nos acabarán metiendo ellos a nosotros por ir a los toros...

Creo que en eso último llevaba un poco de razón la señora pesada, pero no tuve la más mínima intención de dársela.

Fede Mistral se acercó a hablar con Julia y yo los observé un rato antes de aproximarme a ellos. Ella estaba incómoda y me dio la sensación de que para él esta situación no era demasiado nueva. Es un seductor con un gran éxito entre las mujeres y quizás no era la primera vez que hablaba con algún marido engañado. La diferencia es que yo ya no lo era.

—¿No me vas a presentar? —me dirigí a Julia.

—Sí, claro. Éste es Fede Mistral. Claudio, mi marido.

—¡Encantado! —exclamamos al unísono.

—Enhorabuena —me adelanté—. Has estado brillante en la presentación.

Julia bebió un trago grande de vino mientras él me agradecía el cumplido.

—¿No te habrá molestado la broma del «marido Ironman»?

—¿Por quién me tomas? —dije sonriendo—. Somos gente civilizada.

—Yo monto mucho en bicicleta, pero lo del Ironman me resulta un imposible.

—No creas, todo es ponerse. Con tu físico no tendrías problemas. Se te ve dotado para el deporte.

Él sonrió y yo también, aunque yo lo hice maliciosamente. Él creía tener un secreto, pero en realidad no lo tenía. Julia seguía bebiendo, ahora más relajada. Había en ese momento una complicidad fabulosa entre ella y yo. Era una enorme paradoja que ahí el engañado fuese Fede Mistral. En realidad, me estaba encantando la situación porque ahora sí tenía la seguridad de que la herida ya no estaba abierta.

—Bueno, algún día a lo mejor me animo a intentarlo —me dijo.

—Merece la pena —le confesé.

—Pues si lo hago, ya me darás algún consejo.

—Se trata de superarte a ti mismo, nada más. Nunca compitas contra los demás.

—Me lo apunto.

—Créeme, sé de lo que hablo.

Otra de las películas de Woody Allen de las que más me he acordado últimamente es *Midnight in Paris*. Trata de un escritor —como es habitual— que añora la época del París de los años veinte. Por alguna razón inexplicable, cada medianoche, Gil, que así se llama el protagonista, se transporta mágicamente a aquella época y conoce a todos los personajes que siempre ha admirado. Se codea, entre otros, con Scott Fitzgerald, con Dalí, con Buñuel, con el torero Juan Belmonte, con Cole Porter, con Picasso y con Hemingway. Con este último mantiene un diálogo que se me quedó grabado y que empieza con una pregunta de Hemingway a Gil:

—¿Y qué escribes?

—Una novela.

—¿Sobre qué?

—Sobre un hombre que trabaja en una tienda de nostalgia.

—¿Y qué coño es una tienda de nostalgia?

—Un sitio donde venden cosas viejas... ¿Le suena muy horrible?

—Ningún tema es horrible si la historia es veraz y si la prosa es limpia y honesta y manifiesta valor y elegancia bajo presión.

—¿Le importaría leerla? —se atreve a preguntarle Gil.

—¿Su novela? —se sorprende Hemingway.

—Sí, busco una opinión.

—Mi opinión es que la odio.

—Pero si ni siquiera la ha leído.

—Si es mala, la odiaré porque odio la mala literatura y, si es buena, la envidiaré y la odiaré más aún. Nunca le pida una opinión a otro escritor.

Antes de empezar a escribir esta novela, volví a ver esa película y me detuve en esta escena, que vi varias veces en bucle. Creo que no se puede explicar mejor con sólo tres palabras la responsabilidad de un escritor cuando crea una historia y más si es la suya propia. No importa si caes mal, no importa lo que opinen de ti, no importa que el peor parado seas tú, no importa que te juzguen, que te admiren o que te desprecien. O la escribes o no la escribes, pero si lo haces ha de ser veraz, limpia y honesta. Aunque duela.

La nostalgia es una trampa que impide avanzar, pero la memoria es imprescindible para no dejar de emocionarse con lo que se logra. Durante mi infancia recuerdo perfectamente todas las veces que nos fuimos de vacaciones en verano a algún otro lugar que no fuese el pueblo de mi madre. Y no es que tenga una memoria privilegiada, sino que no es difícil de recordar porque eso ocurrió dos veces nada más. Una a Torremolinos, cuando yo tenía seis años, y la otra, dos veranos más tarde, a Alicante, donde un tío mío había alquilado un apartamento. De Torremolinos apenas tengo recuerdos, salvo el viaje en autocar, y de Alicante aún soy capaz de describir las colchas de flores que tenía mi habitación en la que dormía junto a mi primo. La memoria es muy caprichosa. El siguiente viaje en verano ya me lo pagué yo, con dieciocho años, después de estar trabajando, y fue a Ibiza durante cinco días. A decir verdad, yo no echaba nada de menos y no tengo la conciencia de haber vivido

jamás con ninguna carencia. Las cosas eran así para mí y para cualquier chico de mi barrio o de mi colegio, por tanto no deseaba aquello que no conocía. Yo salí de España por primera vez cuando tenía veinticuatro años. Fue a París y recuerdo la emoción que sentí cuando estaba acercándome a la Torre Eiffel. Para mí aquello era llegar muy lejos, en todos los sentidos. Y la primera vez que estuve en Nueva York —ya viviendo con Julia— parecía un niño paseando por un plató. Mirar hacia arriba y contemplar ese mundo que no estaba hecho para que yo lo viese me producía la misma emoción que se siente cuando te cueles sin invitación en una fiesta de chicas guapas. Tengo memoria, y cada vez que me veo en algún lugar privilegiado, me visualizo llevando una carretilla repleta de hormigón con las manos heladas.



—Me falta una última escena para acabar la novela —le confieso a Marcelo—, pero no me sale.

—¿Qué escena?

—Se me han quedado muchas cosas sin escribir.

—Ya las escribirás en otra novela.

—Pero me gustaría una gran escena para terminar.

—Tendrás la fantasía de que en esa última escena que no te sale estarán todas las escenas que te faltan...

En ese momento recuerdo a un personaje que aparecía en una de mis novelas, que era un escritor y que se suicidaba porque ya no tenía nada más que escribir.

—Yo también lo recuerdo —me dice Marcelo.

—Se llamaba Carlos Pacheco.

—Carlos no tenía nada más que escribir porque no le quedaba nada por vivir. A ti te quedan muchas novelas por escribir.

Creo que el mejor halago que puede decirse a un escritor sobre su libro es que no quieres que se acabe. Algunas de las personas que han ido leyendo a medida que iba escribiendo me han descrito esa sensación, pero estoy llegando al final. Ando un poco roto ya. Vacío. Feliz porque he podido contar lo que quería contar, aunque algunos ya no vuelvan a verme como antes, seguramente me vean peor. O no. Me da igual.

Al principio escribí que seguramente, al final de esta novela fuese yo el que descubriera realmente quién soy. No sé si ha sido así, pero a medida que he ido avanzando, me he dado cuenta de que me debía esta novela.

Mi vida ahora es mejor de lo que lo ha sido nunca, pero a veces tengo la tentación de volver a ser el chaval que besaba por primera vez a aquella chica de los pantalones blancos, ese niño al que su hermana tocaba el pelo, el que toreaba en el salón con una toalla junto a su padre, el que tanto admiraba a su hermano y el que

necesitaba tanto a su madre. Y en ocasiones, aunque me asuste recordar, prometo que me gustaría volver a ser aquel chico al que todo le dolía y que de tanto dolor se volvió loco. Me encantaría consolar a ese chaval que vivía con una bola de fuego en el estómago, que explotaba con violencia en cualquier calle, pero que se moría de miedo. Desearía poder abrazar a ese niño y decirle que la vida le daría una oportunidad.

# Agradecimientos

A Sara, porque cada «me encanta» de tus whatsapp me hacía feliz y por ser «la taxista» más guapa del mundo a las cuatro de la mañana. A Rocío, por tu generosidad, tu criterio y por dedicarme tanto tiempo conversando sobre Claudio. A Paola, por convertirme en su nuevo Valmont. A Carmen, por ser mi mejor amiga y emocionarte cuando te leía por teléfono. A Augusto, por guiarme... Y a Nuria, porque ya sabes que sin ti nada es posible.

*Parece mentira*

Juan del Val

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,

ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión

en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,

mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,

sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción

de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito

contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)

si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com)

o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño  
Ilustración de la cubierta: © Andrea de Santis

© Juan del Val, 2017

© Espasa Libros, S. L. U., 2017  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones,  
agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al  
departamento editorial por correo electrónico:  
[sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es)

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre  
de 2017

ISBN: 978-84-670-5068-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: MT Color & Diseño,  
S. L.  
[www.mtcolor.es](http://www.mtcolor.es)

¡Encuentra aquí tu  
próxima lectura!

NARRATIVA  
**CONTEMPORÁNEA**

---



¡Síguenos en redes sociales!

